

# AMERICA



74

GASOLINA Y KEROSENE

MARCA

**"CHIMBORAZO"**

INSECTICIDA

**"CHIMBA"**

ACEITES LUBRICANTES

**"CHIMBOL"**

Y

**"ANCONOIL"**

PRODUCTOS NACIONALES

DE ALTA CALIDAD

AGENTES:

**SOCIEDAD COMERCIAL**

**Anglo-Ecuatoriana Ltda.**

GUAYAQUIL

QUITO



## LA CASA IDEAL

ESPECIALIZADA EN LA IMPORTACION DE  
MAQUINAS Y EQUIPOS PARA OFICINAS  
UTILES DE ESCRITORIO DE LA MEJOR  
CALIDAD Y PAPELERIA EN GENERAL  
PLUMAS FUENTE WATERMAN'S

RADIOS "ERLA 1943"

máquinas de calcular  
máquinas de escribir  
muebles para oficinas

**Luis de J. Valverde**

Importador - Exportador

Almacenes: García Moreno N° 53  
Frente a la Universidad Central  
Apartado N° 495, Quito, Ecuador

## LA LIBRERIA MONTALVO

OFRECE A LOS INTELLECTUALES DEL ECUADOR Y DE AMERICA EL MAS COMPLETO SURTIDO DE OBRAS ECUATORIANAS

POESIA: Olmedo, Juan León Mera, Luis Cordero, Remigio Crespo Toral, Remigio Romero y Cordero, Jorge Carrera Andrade, etc., etc.

NOVELA: Juan León Mera, Luis Martínez, Quintiliano Sánchez, A. Baquerizo Moreno, Fernando Chávez, Jorge Icaza, Humberto Salvador, E. Gil Gilbert, Alfredo Pareja, Demetrio Aguilera Malta, etc., etc.

### ENSAYO — CRONICA E HISTORIA

Obras completas de: Juan de Velasco, Juan Montalvo, Ilustrísimo González Suárez, Pedro Moncayo, Roberto Andrade, Manuel J. Calle, Nicolás Jiménez, Benjamín Carrión, etc., etc.

EN LIBROS EXTRANJEROS OFRECE A PRECIOS SIN COMPETENCIA DE LAS MEJORES EDITORIALES AMERICANAS.

LIBRERIA MONTALVO compra libros y bibliotecas a buenos precios.

Dirección local: Esmeraldas y Montúfar.

Dirección Postal: Juan J. Concha.—Librería Montalvo Apartado 4-6-8.—Quito-Ecuador.

Pregunte el secreto a la mujer que ostenta su cutis hermoso, su aspecto juvenil y de la hermosura encantadora y ella le dirá que la aplicación constante de la

## CERA MERCOLIZADA

mantiene el cutis joven e inmaculado Compre esta cera mercolizada en el

## BAZAR DE NOVEDADES

Situado en las calles Vargas y Manabí  
Su teléfono 6-8-2

En los Almacenes "El Globo", en las Boticas Alemana, Americana, España, Norte, Pichincha, Sucre y 24 de Mayo

# AMERICA



# AMERICA

PUBLICACION DEL  
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO  
IGNACIO LASSO  
JORGE ESCUDERO

1942

AGOSTO-DICIEMBRE

AÑO XVIII

Nº 74

---

Quito.— Imprenta del Ministerio de Gobierno.— 1942

# CONTENIDO:

Valor Actual de América - NN

ISAAC J. BARRERA

¿Es la Hora del Libro?

IGNACIO LASSO

Raíz y Signo de la Novela Norteamericana

CARLOS SALAZAR FLOR

El Estado de la Naturaleza Internacional  
Cruces a Cuestas

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

Guerra de Civilización

JAIME BARRERA B.

Edipo

AUGUSTO ARIAS

El Nuevo Fausto

GUILLERMO BUSTAMANTE

Todos Serán Hermanos

JORGE CARRERA ANDRADE

Octubre

H. R. HAYS

Escuchad con Cuidado

ALFREDO MARTINEZ

El Tungurahua es un Hombre

M. A. ALBORNOZ

Discurso

V. GABRIEL GARCES

Ambato, Sociografía de un Pueblo Ejemplar

EMILIO UZCATEGUI

Revalorización de la Cultura

ALFREDO MORA REYES

La Nueva Ecuatorianidad

ALBERTO B. FRANBKLIN

Rasgos Españoles de la Novela "Indigenista"

CRONICA - JARLOS

# CONTENIDO

Vista General de América

BARRA & BARRERA

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

de la Plaza del Comercio

**GRUPO AMERICA  
DEL ECUADOR**

Flores Nº 2  
Casilla 75  
Quito, Ecuador



# VALOR ACTUAL DE AMERICA

Es necesario analizar la situación de América en este momento extraordinario del mundo. Es la hora del balance de las ideas y de los hechos. La conflagración presente induce a creer que se está cumpliendo un éxodo más en el ambular humano. El hombre viene desde las profundidades de la historia pasando por todos los continentes y creando siempre, pero nunca en forma definitiva, sino como contribución al futuro.

Del Asia milenaria ha pasado la civilización al norte de Africa y a las riberas del Mediterráneo. Siglos ha durado esta nueva cultura, pasando de una ribera a otra, hasta erigir la civilización occidental, que ha dado un nuevo sentido a la vida, del que pudo tener en la India o en el Catay. Una breve síntesis nos llevaría a concluir con que hasta ahora son las ideas europeas las que han mantenido la actividad humana, perfeccionándose de edad en edad, pero sin salir del círculo que se habían trazado los pueblos de Europa.

Ha sido necesaria la crisis actual que tiende a remover los cimientos sobre los que se edificó el edificio social europeo para que América tome parte en la discusión y prometa trasladar significados y suscitar nuevas inquietudes que se conviertan en cánones renovados de cultura. Después del Renacimiento, de las guerras de la Reforma y la Contrarreforma y de la Revolución Francesa, el pensamiento se había quietado, ninguna inquietud nueva conmovía a los hombres y a los pueblos. La guerra de 1914 más tuvo un sentido de conquista de poder que de decisión ideológica, por eso apenas fueron resultados de la victoria lejanas resonancias, que suscitaban alarmas, tanto como esperanzas, cuando Rusia libertaba a millones de esclavos sujetos a su nobleza...

La conmoción soviética tenía un significado revolucionario; esto es, de cambio, de renovación de hechos y de ideas;

pero en realidad se asentaba sobre principios que no comprendían a todas las naciones: el pueblo de las estepas mantenía una situación diferente a la del resto de Europa, mientras en América el continente se encontraba dividido, a tal punto que la cuestión social no podía ser resuelta con reglas ni siquiera parecidas a las que se usaban en otros países. ¿América iba a quedar fuera del movimiento revolucionario europeo?

Cuando esperaba desconcertadamente el esfuerzo soviético, una regresión se quería operar en el mundo y precisamente como una repulsa al extraño intento. Alemania proclamó un nuevo socialismo, pero para mayor gloria del Estado. Los germanos venían desde las migraciones milenarias distinguiéndose como pueblo combatiente y absorbente. La espada era su ley, la omnipotencia su código. Varias veces trataron de esclavizar a Europa, y varias veces se regresaron vencidos. Se regresaron, pero para volver.

Pero en esta vuelta el rubio germano pidió a la ciencia el basamento de su nacionalismo temerario: su raza era la privilegiada por la naturaleza; el hombre perfecto de la humanidad futura sólo podía ser engendrado y producido por esta raza. La fuerza era el único elemento de dominación; las armas mejor templadas asegurarían la victoria, y la moral europea, cristiana, tal vez, debía tomarse como resignación de esclavos e insurgir contra ella. Sólo el fuerte debe vivir, y para lograr el triunfo, todo medio es bueno.

La regresión era así a la barbarie plena de la que trabajosamente había salido el hombre del mundo antiguo y de la Edad Media llevando sobre sus hombros las adquisiciones honrosas, como Eneas llevó sobre sus espaldas a su padre Anquises para trasladarse a fundar el nuevo imperio del mundo. Pero el salvamento de entonces consistía en la luminosa filosofía de Grecia y en las reglas jurídicas de Roma. Todo esto sería destruido con el triunfo germano.

Es en esta emergencia cuando América, el continente joven descubierto cuando Europa se encontraba ya en la Edad Moderna y que se había organizado y educado con los grandes principios que informaron la civilización occidental, resolvió tomar parte en la contienda que amenazaba destruir todos esos valiosos aportes de los cuales se encontraba orgulloso el hombre, y esta intervención seguramente decidirá de los nuevos destinos humanos. Pero ahora, hay que preguntar si América ha puesto en la contienda tan solamente una cooperación material consistente en aviones, barcos y hombres

armados o si también levanta la enseña de una nueva esperanza para el futuro de la humanidad.

Es este el valor efectivo de la incorporación de América a la lucha. No defiende territorios, no persigue hegemonías, no pretende poder alguno; su presencia es un reclamo y una protección. Alemania ha olvidado que la historia de los siglos se compendia en el triunfo de la inteligencia por medio de la exaltación del individuo. Cuando las naciones arman ejércitos se olvidan de este derecho humano. Es el hombre el rey de la creación, porque sólo por medio de su valor puede aspirarse a la obtención del progreso indefinido fundado en la ciencia, pero contenido en la justicia.

El valor actual de América es esta defensa generosa del hombre y de su libertad. Cuando la pesadilla de la lucha se desvanezca por fin, los principios proclamados en el Atlántico como guías del esfuerzo libertador, se encenderán por muchos siglos en el corazón de los hombres, que considerarán que la civilización occidental, renovada y vivificada, subsiste únicamente por el amparo que las ideas de libertad y de defensa de la dignidad del hombre tuvieron en América.

Las grandes corrientes del pensamiento van rodando por la playas y los continentes. Hoy pasan a América. La historia tomará una nueva perspectiva para considerar los acontecimientos.

## I ¿ES LA HORA DEL LIBRO?

El Grupo América cumple con la misión que se ha impuesto al inaugurar en su Biblioteca la Sección Norteamericana, porque así completa la documentación bibliográfica e informativa que sirva para el estudio de la Historia del pensamiento en el Nuevo Mundo.

Antes de ahora, existían dos Américas en el Continente y cada una de ellas conservaba la posición que creía corresponderle. En el Norte la estabilización había sido inmediata y la riqueza pública constituyó el índice de su prosperidad. El Sur ha buscado afanosamente el camino de perfección para llegar al futuro, sin conseguirlo sino al cabo de muchos trabajos. No todos los 20 países de origen latino han logrado organizarse para el orden, la justicia y la ley.

De estas dos situaciones emergían, como resultado natural, dos criterios, para la apreciación mutua. El Norte era rico y próspero: el Sur se debatía en los anhelos de un posible ordenamiento. Eran dos porciones diferentes, y, a lo sumo, el Norte podía ser considerado como el vecino poderoso que accedía a prestarle su dinero o a cobijarle con el auxilio de la doctrina de uno de sus estadistas de mayor visión. Porque la doctrina Monroe hacía la reserva de un continente para las luchas futuras de la humanidad y de la civilización. No faltó, por lo mismo, la reacción del Sur que se produjo atrabiliaria y altanera. Las dos Américas se volvían las espaldas: poderosa, la una; desmedrada, la otra.

Pero estas dos porciones de América estaban en una misma orilla cuando se produjo la tempestad que iba a poner en peligro la estabilidad del mundo. Y la ola gigantesca que avanzaba, no sumergiría una sola de estas dos costas: se abismarían por completo las dos. Ambas tenían que defenderse, porque su suerte era común. El porvenir les guardaba la misma reserva.

Y ha sido en el momento de peligro cuando América ha cobrado conciencia de su destino. La civilización que corría el riesgo de destruirse en los viejos continentes, sería guardada en este mundo nuevo, apto para todas las adquisiciones y para todas las realizaciones. Y cuando tal era su voluntad, los estallidos de la guerra llegaron hasta América; y entonces ha sido forzoso aprender que la ola que llegaba amenazante comprendía a todos estos vastos territorios descubiertos en la hora del Renacimiento para prolongación de los destinos de la humanidad.

La América del Norte está en guerra. Destruídos los Estados Unidos, la suerte de las 20 repúblicas restantes no tardaría en decidirse. El vencedor las ataría a su carro, y todo el pronóstico de su destino se habría desvanecido para siempre. Por eso es por lo que, la amenaza que llegó a las playas norteamericanas, espera destruir esa potente valla para volcarse sobre nosotros...

Esta es la realidad que no admite reticencias; pero es el acicate que sirve para poner tensos los nervios y afirmar las percepciones de la inteligencia. La guerra en América es guerra de América...

Nuestro Grupo está incluido de hecho en la emergencia. Se fundó para constituir el punto de reunión del pensamiento de América. Aquí se ha erigido la casa del libro escrito por los americanos. En este afán de conocimiento mutuo, la documentación la proporcionamos nosotros. Todas las naciones de América se hallan representadas en los estantes de nuestra Biblioteca, ofrecida al público con decisión de propaganda y de fraternidad continental.

La Sección Norteamericana era la menos provista hasta el día en que el profesor Franklin nos trajo el primer lote, que ha sido enriquecido después con la valiosa donación que nos ha hecho el Sr. Collinghan, Jefe de Cooperación Intelectual de la Embajada de los Estados Unidos.

Hemos querido inaugurar la sección en la oportunidad de haberse celebrado en días anteriores la fiesta Norteamericana y porque el Grupo ha conceptuado que era la ocasión de manifestar sus convicciones americanistas que han hecho que no trepidara en situarse en la posición exigida por ese americanismo y por la democracia.

Se nos dirá que no es la hora del libro, sino de la guerra, de la lucha, del combate. Los hombres casi en todas partes del mundo se encuentran obsesionados con la guerra; pero es seguro que todos ellos encontrarán el momento de buscar el descanso en la lectura del libro preferido que se guarde

en la mochila. Alejandro Magno llevaba en sus expediciones la Iliada; Bonaparte los poemas de Ossian; y en la pasada guerra muchos libros recorrieron las trincheras.

Pero si así no fuera, el libro será el tesoro de la civilización. Tenemos que guardarlo para cuando se acabe la guerra y para cuando el espíritu comience en tranquilidad a buscar su alimento cotidiano en las páginas que escribieron los suyos y los ajenos; los hombres de hoy y los de todos los tiempos.

Los Estados Unidos son el ejemplo más admirable de crecimiento y de progreso, y aquí estarán representados por sus hombres de pensamiento. Desde ahora el Grupo América se encarga de guardar tan preciado tesoro para ponerlo a disposición de cuantos quieran saber lo que por el espíritu representa ese gran pueblo.

Muchas gracias, señores, por habernos acompañado a rendir homenaje de aprecio a los Estados Norteamericanos y a sus hombres ilustres que escribieron los libros que desde hoy ponemos a disposición de los lectores que concurren a la Biblioteca del Grupo América.

Palabras del Secretario General del Grupo América, al inaugurarse la Sección Norteamericana de la Biblioteca de Autores Americanos.

I S S A C J. B A R R E R A

## RAIZ Y SIGNO DE LA NOVELA NORTEAMERICANA

Ninguna novela, en la confusión de las ideas del mundo contemporáneo, presenta las cualidades sobresalientes—la fresca pujanza— de la joven novela norteamericana. Ni en fuerza de humanidad ni en elevación idealista. Además, ninguna traduce como élla, de modo directo y franco, las profundas revoluciones y transformaciones que sufren todos los valores de la época .

No viene de muy atrás, es casi reciente. Pero trae del coloniaje su impulso de libertad y la ansiedad constructora de los **pioneers**. Es toda músculos y nervios; siente seguridad y firmeza en su voz; se sabe un vehículo eficaz de comprensión.

Sólo en los inmensos Estados Unidos se observa la continuidad magnífica entre la realidad, la experiencia, el hombre y la obra. Literatura forjada en lucha y esfuerzo colectivos. Literatura de integración y síntesis. Como que ha sido realizada fuera y contra una tradición de fácil imitativa, de amable comodidad y de frío y árido intelectualismo. Sin dejarse domeñar por las gastadas mistificaciones de las literaturas europeas de post-guerra.

El crítico Ludwig Lewisohn ha entendido la espontaneidad de la auténtica novela norteamericana: la que ha sido escrita por hombres recios, templados en la trashumancia y la bohemia; autodidactas que tenían a la vez que pelear duramente el pan de cada día, en un menester, en otro, y luego en otro. Por eso, a los escritores que él los denomina "cultos", a los formalistas que siguen fieles adheridos al viejo tronco de la literatura inglesa, o a los desarraigados que se fecundan con el polen adventicio, los separa, los aísla, los cobija bajo el techo protector de un límite; mientras deja a

las legítimas creaturas de América en la intemperie, en el clima fuerte y másculo que les legó el verbo de Walt Withman, volcándose robusto y confiado hacia el porvenir.

Por mi parte no vacilo un punto en escoger y expresar categóricamente mi preferencia. No alcanzan mi corazón ni me emocionan: esos seres borrosos tejidos de fantasía y colocados en ambientes convencionales; esos artificiosos devaneos que sazonan la vida con azules, vanos y vaporosos ingredientes de ensueño; esas existencias amables o remotas que nos presentan Edith Warthon y la encantadora Willa Cather. Tampoco merecen mi predilección las ingeniosas evasiones al mundo de la quimera del novelista James Branch Cabell; ni me edifican por más que sean deliciosas, las finas sátiras y las diestras dosificaciones poéticas de los relatos de Thornton Wilder o Margaret Mitchell, la cotizada autora de "Gone with the Wind", novela de reciente éxito editorial.

Mi predilección es más bien por la emoción fuerte, por la vida dolorosa, contradictoria y acre que rebulle y se agita en las entrañas de la realidad actual. Por eso prefiero al hijo de Windy Mac Pherson, a quien un espíritu de aventura nunca da reposo; replegado en sí, asqueado de la injusticia, la balandronada diaria y el filisteísmo, consciente de su soledad, se evade de las ciudades tentaculares que apabullan el ánimo y domestican la fe. Por donde él va encuentra la hosca interferencia, la muralla artificial que impone el egoísmo, y hace extraño al vecino y esclavo al pobre. En el fondo nada vincula, todo aísla. La sociedad, el Estado, la industria, el progreso, el lucro, el culto, el dinero, nos separan de la tierra. Y él, siguiendo el mandato del gran Patriarca de Long Island, busca la verdadera igualdad y fraternidad que sólo dispensa el contacto con la tierra: la cabida de su humano ideal terrestre.

También prefiero —para añejarlo en el alma— el fuerte mosto de "The Grapes of Wrath", donde una ternura viril enlaza a la angustia y al dolor, y borda un hondo lirismo que no se olvida, en el cañamazo de la brutalidad atroz de un régimen de vida social, que permite tanta miseria y soporta tan monstruosas infamias.

Ahora mismo tengo fija una imagen grabada en la memoria, como recuerdo ejemplar: la de los Joad— núcleo de humanidad estropeada por la tribulación y el infortunio—. Está toda la familia reunida en rueda silenciosa, incluso Tom, el hijo ausente. Con ellos ha venido, a ellos se ha juntado—solidaridad de la tristeza— Jim Casy, el ex—predicador que no sabe ya qué predicar, ni a quien predicar. Le piden que les



diga una oración, y él que ha mascullado jaculatorias vacías, promesas enrarecidas de tanto apuntar al cielo: mira a las montañas que cierran el horizonte, a los árboles esbeltos, al aire que vibra, a la tierra aventada de la Taza de Polvo; advierte la lucecita de la esperanza brillando inextinguible en los ojos de los Joad, siente que está ligado a todo éso, siente que forma parte de ese todo, y entonces apenas balbucea una frase, que es como descubrir el hontanar de la fe. Les dice: Me alegra que haya amor aquí.

Tampoco puedo olvidar a Quentin, el atormentado personaje de William Faulkner, con sus terrores y sus inhibiciones, perseguido por la vesania y los buitres negros del remordimiento. Habitante de un mundo perdido entre la niebla onírica donde sus actos se alumbran de vez en cuando, con las sutiles fosforescencias del miedo, la represión y la fuga.

Tengo también presente el gran guiñol terrible de Erskine Caldwell, donde la impudicia y la animalidad esplendorosa triunfan de la hipocresía, de pastores, cofradías y cultos; de los frenos de una moral aviesa que desvía con fines mercantiles, el curso alegre y sano de los instintos.

Gene Morgan y Jeeter Lester, primos hermanos de Gypo, El Delator de Liam O' Flaherty, son sus personajes: sujetos perversos que atraviesan inocentemente por entre el crimen, la lujuria, el desastre, la locura, el desmán y la ruina; siempre incólumes, con su animalidad pura e íntegra; con su goce y placer de "varones varoniles", dueños y señores de su cuerpo.

El humor macabro y caricaturesco conque dibuja sus tipos y narra sus historias espeluznantes; la burlesca y acre rebelión que plantea en sus libros; su amoralismo; su manera de exaltar la sexualidad, con vívidos toques a la manera de D. H. Lawrence: todo esto desbordan sus páginas, y en algunas cultiva el horror con la misma eficacia y el mismo virtuosismo de un Edgar Allan Poe.

La fortaleza de la novela norteamericana —expresión de un pueblo joven de vastas y ricas posibilidades— tan distante de los refinamientos, la morosidad, la exquisitez de las estéticas europeas y de los pastiches que de lo europeo, se fabrican en América—: nace precisamente de un dinamismo pragmático que consustancializa el pensamiento a la vida. Por eso su pensamiento es libérrimo y está saturado de un impulso de frescura que desborda, se expande y anega; de un optimismo y un tesón constructivos que rebasan los moldes viejos y las reglas estrechas.

Los novelistas norteamericanos han enriquecido su sensibilidad y han fraguado su vocación en la dura y múltiple

lucha con la realidad. No se detienen en los prejuicios ni obedecen las consignas. No son los Clercs de Julien Benda, no necesitan serlo; ni vienen de reconquistar el tiempo perdido. Armados de un atuendo de experiencias, ellos caminan delante del tiempo preparando el futuro de América, y quizá el futuro del mundo.

Sinclair Lewis, Theodore Dreiser, Sherwood Anderson, Mark-Twain, son productos de una dialéctica necesaria, de un equilibrio en el que, en la misma medida, el escritor y el hombre se avocan a la lucha.

Y los que fueron a la guerra: John Dos Passos, William Faulkner, Ernest Hemingway, William Seabrook, Slate Brown, Edward Cummings, Malconhm Cawley, Gertrude Stein, que han oído el horror y la hecatombe; que han visto de cerca desplomarse los complicados andamiajes de una civilización ya podrida: ellos saben de que lado debe ponerse la inteligencia y al servicio de qué causa.

La universidad que cursan estos escritores está en la vida misma; en ella se ejercitan con furia renovada, con un incansable apetito de aprender, con la tosudez del ideal que persiguen sin desmayos ni vacilaciones, y con un poderoso don de creación.

Hombres inestables acosados por la inquietud, picados por la aventura, incapaces de "caminar por el cauce seco de un río", para recordar una frase de Sherwood Anderson, el cow-boy andariego. Desempeñan los más variados oficios, se mezclan con toda clase de gentes, conocen todos los ambientes, cruzan de un Estado a otro, y de ese a otro en un continuo deambular; y sin embargo, la huella indeleble les acompaña y están inducidos por la raigambre de la tierra, de tal modo que, las novelas que producen tienen siempre el sabor, el fragor y el color locales. Recrean los esenciales elementos de la región, la tónica propia, la típica vida de la tierra que les vió nacer, las primeras y hondas percepciones. Faulkner es un novelista de Missisipi; Steinbeck, de California; Caldwell, de Georgia; Anderson, de Ohio. Y Como buenos descendientes de los cuáqueros-inventores de la inducción y del *common sense*— han descubierto el mejor camino de conquistar al mundo con su verbo, de universalizar sus tipos, de dar validez universal, a esa gran fe estética y humana, que arde entre la negrura de sus libros, como la zarza bíblica.

Se explica que André Maurois—representante del intelectualismo francés, y también del "espíritu de senectud" que diría Georges Bernanos—sólo vea en la novela norteamericana

contemporánea: sadismo, crueldad, escatología, brutalidad y horror. En dicha apreciación, los ojos analíticos del autor de "Nueve Maestros Ingleses", debieron estar, seguramente, velados por los anteojos oscuros del señor Maurois, turista de visión superficial.

En cambio, un joven crítico francés: Maurice Edgar Coindreau, hombre de ojos limpios y corazón alerta, encuentra que "la novela norteamericana está desprovista de buenos modales". Pero, justifica dicha rudeza que la juzga obvia si se examina y toma en cuenta su edad. Acierta en su sentido y contenido, cuando a propósito de ella recuerda la hermosa imagen de Jean Cocteau aplicada a la música de Igor Stravinsky. Y así Coindreau concluye que: "trata a sus lectores como Stravinsky trata a sus oyentes, golpeándoles alternativamente la cabeza y el corazón."

Con Coindreau están también Jean Paul Sartre, André Malreaux, Jules Romains: la crítica joven de Francia, que en consenso unánime descubre tres calidades irrefutables a la novela norteamericana: vigor, audacia y originalidad. Precisamente esas tres virtudes la han preservado de cierto misticismo atomizante que se extendió por el mapa literario de Europa, como una nube de langostas. La sensibilidad de los jóvenes escritores norteamericanos ha sido permeable a todo, menos a esta intromisión de los fermentos de decadencia. Ni siquiera los secuaces de Erza Pound persistieron en su realismo mágico, en su negrismo paramental, ni en el vértigo de su *jazz age*.

Esto no quiere decir que las influencias y las modas literarias no se adoptadas y adaptadas. Tal sería el caso de un Scott Fitzgerald, que en "Great Gatsby" recuerda borrosamente estilos europeos. O el caso de Theodore Wolfe con su literatura dionisiaca.

No podría aventurar un juicio sobre los puntos de contacto, similitudes y coincidencias que acercan la obra de Faulkner a la de Proust. La prosa de Faulkner, densa, intrincada, impenetrable, requiere para ser apreciada, un dominio del idioma, (en castellano está casi inédita). Por los fragmentos de "The Sound and the Fury" que he alcanzado a conocer —mejor a intuir— en laboriosa tarea de traducción colectiva, estimo que, descartando el hermetismo que sí las une: difieren en cuanto Faulkner utiliza la alteración cronológica —técnica musical o disposición de fuga—, y una cierta aura mágica que rodea a sus personajes y sutiliza a sus actos: módulos distintos de la lucidez y la continuidad metódica que guarda Proust a lo largo de "A la Recherche du Temp Perdu".

Los críticos de la novela norteamericana están acordes en señalar su aparición al iniciarse este siglo, cuando Theodore Dreiser publica su novela "Sister Carrie": primer enfoque del hecho americano y somatén para rebelarse contra los prejuicios. Después de ella hacen su aparición sucesiva la serie de novelistas proletarios, muchos de ellos de escasa calidad literaria que derivan en fácil declive hacia la propaganda, cultivando a semejanza de los escritores soviéticos —modelo Gladkov— los temas de tendencia. Toda esta corriente tiene su punto de arranque en la obra de Dreiser. De entre sus discípulos hay que destacar a dos: a Michael Gold, autor de la interesante novela, "Jews without Money"; y a James T. Farrell con su "Young Lonigan" y una curiosa autobiografía: "A World I never made". Sería injusto no mencionar entre los escritores de esta tendencia a Upton Sinclair— sobre todo al Upton Sinclair de "Oil"— que ha tratado con ejemplar eficacia los grandes temas sociales.

Superando en algún sentido a Dreiser y empalmado con Mark-Twain, la obra de Sinclair Lewis inaugura el humorismo de la vida americana. Su encarnizamiento con la idiosincrasia del americano medio. El realismo de Lewis es de sátira y cáustico, tiene por objeto poner al desnudo la miseria, la explotación y la mentira. Su humorismo de tan enérgico, se dilata y crece hasta la truculencia. El dibujo se convierte en caricatura, y la caricatura en arquetipo; tales son "Babitt" y "Elmer Gantry": monumentos de observación y crítica, y "Main Street", excelente y veraz estudio de costumbres.

La trilogía de los relatistas objetivos se completa con la obra de John Dos Passos, el que, en sus relatos de "Manhattan Transfer" (libro muy conocido de los lectores de habla española) introduce una nueva técnica basada en procedimientos cinematográficos: gran movilidad lograda por la sucesión de escenas breves, de cortes instantáneos en la realidad, sin más pausas en el plan general, que las interferencias de episodios, paralogismos y reflexiones que aluden e ilustran el contexto del relato.

Los psicologistas se alinean con Sherwood Anderson a la cabeza.

La sensibilidad de Sherwood Anderson, su pensamiento, sus inquietudes y anhelos, se hallan como insuflados en los personajes de sus relatos. El escritor se identifica y vive y piensa en esos seres tristes, introvertidos, inconformes y sordidos, con la sordidez que les impone el ambiente. El tanto

como ellos sufre la misma asfixia; padecen la misma angustia, sienten la repugnancia hacia una existencia donde sólo cuentan los intereses materiales, a cuyo compás se mueven las gentes como los galeotes, o como los esclavos a la noria. No hay sino un modo de pretender la dicha y es conquistar la libertad; pasar sobre los cercos de la codicia; abolir la sed insaciable de dinero; rellenar las turbias y enconadas zanjas que obstruyen el camino de la buena voluntad entre los hombres.

Para poder traducir lo que ocultan avaras estas almas, Sherwood Anderson se ha valido de un instrumento eficaz: el lirismo. Precisamente lo que cautiva, seduce y conmueve en "Winesburg Ohio", es el hondo lirismo que se extiende como una linfa pura entre las vidas humildes. Ese calor comunicativo que abraza los corazones, ese esentimiento de simpatía que acerca —o más bien dicho, que debiera acercar— las diferencias y las distancias; eso que hace que las más diversas condiciones y los más distantes sujetos: el mozo de cuadra, el empleado, la prostituta, el pequeño comerciante, el blanco, el mestizo y el negro, a pesar de sus reacciones específicas, coincidan y se unan en el deseo y en la aspiración. Pues pasan por la vida: cohibidos, humillados o recelosos, pero como quiera que el destino los trate, todos quieren su paz, todos se afanan por su justa ración de felicidad.

Con William Faulkner llegamos a la psicología profunda. A un mundo freudiano, en el cual las categorías de la sensibilidad común se extravían para ser reemplazadas por mecanismos oscuros que desordenan el arbitrio y mueven las contingencias. El decorado y la escena es siempre la misma, el mismo impassible telón de fondo, el mismo paisaje físico: Jefferson, en Missisipi. Sobre ese plantel quieto se desarrolla una tremenda, sobrecargada e intensa actividad. Los personajes —extraños seres residuos de un mundo en decadencia— se enredan en un laberinto, donde son más realidad que la realidad: las alucinaciones, los delirios y el escalofrío del terror. Es como una tensión atroz que sostienen los misteriosos dramas del odio, la lubricidad, el celo y la esquizofrenia. Es como un clima galvanizado, donde los impulsos que se reprimen, las taras, los tabús, los complejos aún no catalogados, chasquean en las carnes, atormentándolas, como látigos de fuego.

En Erskine Caldwell la audacia llega al climax, apoyada naturalmente por un epicureísmo que pide el máximo del goce mediante la exaltación del placer sobre todas las cosas. El tono con que ridiculiza cuanto toca, adquiere a veces, la épica elevación de un Rabelais. Arremete valientemente. Emplea

toda su fuerza, exagera la brutalidad y la crueldad, registra en su avidez todo el teclado de la pasión humana, hasta lo inconfesable y monstruoso. Y no satisfecho con sus tremendas escenas de guiñol y sus estilizaciones implacables, para probar que sus descubrimientos de la realidad americana, son la neta verdad: recurre al reportaje ilustrado — "Some American People", "You Have Seen Their Faces" —, y reafirma ante los buenos señores de digestión tranquila, muy orgullosos de su prosperidad, la idea de que, la extorsión, el hambre, el acosamiento y la injusticia que él pinta con tan crudos y sombríos colores, son más ciertos que la evidencia.

Ernest Hemingway, cuya brillante fama ha declinado sensiblemente en los últimos años, constituyó a raíz de la aparición de su libro: "The Sun also Rises", un legítimo orgullo de las letras norteamericanas. A un estilo sobrio, elegante, directo, ágil y vivaz en el diálogo, unía un romanticismo de fascinadoras resonancias. Su técnica de novelista de muchos quilates y su tacto para enfrentar conflictos psicológicos, se han desviado hacia la intrascendencia. En su última novela sobre la guerra civil española su sustancia literaria se repite.

En John Steinbeck adquiere la novela norteamericana el equilibrio y resumen de sus mejores cualidades. En Steinbeck encontramos en la proporción necesaria: el humorismo y la capacidad de estilización, (Sinclair Lewis); la nitidez de la frase y la expresión objetiva, cruda, (Theodore Dreiser); el lirismo y el sentimiento comunicativo que no se comunica, (Sherwood Anderson); y una fe casi mística —mesianismo— en la fraternidad (Waldo Frank). Con la posesión natural de estos materiales, en armoniosa síntesis se ha edificado la obra de Steinbeck. Obra interesante y varia donde sus personajes —tipos de mayoría, hombres del pueblo, vecinos, de la amargura y el dolor cotidianos— deambulan por la vida entre la calamidad y el sufrimiento, entre la pena y la insolvencia, con sus groseros apetitos, con sus yerros, inconsecuencias y equivocaciones, pero siempre tratando de aprehender las formas inasibles del ensueño, y siempre defraudados en su ideal.

Desde "Tortilla Flat" hasta "The Grapes of Wrath", sus libros forman una sucesión superativa de creaciones, en las que campea un realismo que sin dejar de ser fuerte, es armonioso y rezumante de poesía.

Después de esta breve revista de la novela norteamericana contemporánea, que es el género dominante, vale decir el pulso de su rica sangre; conviene determinar las ideas di-

rectrices que informan el movimiento, sus motivos estéticos, sus proyecciones humanas.

Las coordenadas del sistema están trazadas sobre todo a lo largo de la obra de Waldo Frank. Helas aquí enumeradas como postulados: Inconformismo. Repugnancia y rechazo de la civilización actual y de un orden de cosas que permite y se basa en la explotación y la injusticia. Necesidad de libertad y lucha por su consecución. Retorno a la tierra, antecedente natural de toda revolución y de todo cambio de espíritu. Toma de conciencia de la vida y responsabilidad de la persona. Fe en el poder creador de América. Convicción absoluta de la verdad del pueblo, único cimiento incommovible en la marejada de la historia. Esperanza en una vida mejor cuyo advenimiento es un sagrado compromiso el anunciarlo. Y en fin, cultivo y rehabilitación del instinto frente a la razón.

Dark Mother, Unwellcome Man, Holliday, City Block, y sobre todo, The Death and Birth of David Markand: afirman y sostienen en sus páginas esta generosa ideología.

Sin formularse del todo, en efluvios de sugestión, en suspendida atmósfera, cabe la espiritualidad de la novela norteamericana. Espiritualidad panteísta diría —si el panteísmo aplicado a las bellas letras no trajera enojosos equívocos—. En "The Triumph of Egg", por ejemplo, asiste a las incidencias del relato y preside la acción a través de los símbolos, un protagonista abstracto: el espíritu de los pieles rojas despojados de sus tierras.

Es también reveladora la obsesión que manifiestan los novelistas norteamericanos por el tema negro: todos lo han tratado de preferencia. Y más aún, ciertas virtualidades de la psicología negra hacen constante presencia en la literatura —en la cultura— norteamericana.

El humorismo picante, la risa explosiva, la ardorosa sexualidad de bestias jóvenes, el cinismo de mirada inocente, la comunión con la tierra, el élan primitivo: son reversiones de la selva, factores negros.

Ese como rumor que viene del bosque de los siglos, esa fuerza concentrada para resistir largo el oprobio, esa esperanza ciega que camina en la sombra, poblando este valle de lágrimas, de ingenuos y consoladores símbolos, vienen de las razas antiguas; quizá del subsuelo aborigen, talvez de los negros, de los vencidos de la historia pero vencedores del secreto de la tierra. Constituyen la sal primitiva de la cultura norteamericana: la que nutre de alientos cósmicos su música y la eleva del "spiritual" al poema sinfónico de William Grant Still; la misma que rebulle en los dramas de O' Neill, en los

films de Frank Capra o Alexander Korda, o se asoma a los lienzos veraces de Thomas H. Benton, Charles Burchfield o Alexander Hogue; la que contribuye a prestar tanto vigor a la voz de sus poetas y tan original fortaleza a la obra de sus relatistas. La raíz de América admite estas sales en su compleja savia, para poder expresarse en su propio idioma.

Al tratarse de los escritores norteamericanos, no es aplicable el problema de su ubicación, tal como lo planteó Emmanuel Berl, entre izquierdas y derechas, a semejaza de lo que acontece en política. El problema es más profundo y fundamental. Cualesquiera que sean las etiquetas que adopten: un movimiento, una tendencia o un escritor; si lo que prima es el egoísmo individualista, la sola entrega a la fría intervención de la inteligencia, a las combinaciones del intelecto puro: lo que Archibald Mac Leish llama "irresponsabilidad", diremos que ese escritor, esa tendencia o ese movimiento —aunque no hayan tomado partido— favorecen las perturbadoras corrientes que con distintos nombres atentan contra la libertad, el respeto y el espíritu democrático de la cultura. Precisamente el gran valor que representa la novela norteamericana actual está dado por el hecho de que, en forma espontánea, se han orientado hacia el humanismo, escritores y artistas.

La guerra desencadenada por la Alemania nazi e impuesta por el totalitarismo a los países de este Hemisferio, ha obligado a los escritores norteamericanos a empuñar las armas, para defender con su sangre, lo que ya defendieron con sus admirables libros: la libertad, la justicia y la dignidad humana. Para ellos la guerra abre un horizonte horrrisono de experiencias y sombrías perspectivas. Pero de esa prueba de amargura y muerte, purificada en el dolor fecundo, emergerá más grande y más alta la epopeya de América.

Ahora mismo, como rechazo, condenación y ludibrio; como un mentís y un reto al racismo, a los odiosos dogmas totalitarios, a pesar de la Ley de Lynch y las limitaciones que la Unión impone a la convivencia de los negros, está vibrando con claridad y pureza de diamante, en diapason optimista de fe y fraternidad, la voz —más bien el grito— de un poeta negro, Langston Hughes: Yo, también, soy América!

Trabajo leído por su autor, el 14 de Julio, al inaugurarse la Sección Norteamericana de la Biblioteca de Autores Americanos del Grupo América.

I G N A C I O L A S S O



# EL ESTADO DE NATURALEZA INTERNACIONAL

A Alfredo Martínez

Alguien enunció ya, aunque de modo general, una que podríamos llamar **Teoría del Estado de Naturaleza entre las naciones** actuando éstas, se sobreentiende, por medio de su organismo jurídico (Estado político).

Vale, a nuestro entender, la pena de analizar los principales aspectos de tan importante cuestión, con miras a diseñar, así sea a grandes rasgos, los elementos que deben incorporarse en las bases de una auténtica **comunidad jurídica** que preste plena eficacia a la norma internacional y que construya, a la vez, la indeclinable autoridad del Derecho de Gentes del porvenir.

En la hipótesis contractual y explicativa de Rousseau se detiene quizá un proceso histórico lejano: el **Estado de Naturaleza**, modalidad anárquica de los individuos, sin estructura de derecho, imperio de la fuerza material, arbitrariedad de la violencia, libertad nativa intensa y extensa, sin limitación. Tal **estado** debió preceder necesariamente a los tipos distintos de las organizaciones sociales primitivas: patria, clan, tribu, que por ser formas de convivencia social, reconocieron ya una autoridad, se sometieron a una regla de conducta y consintieron en ceder una parte de la libertad nativa individual (señorío del hombre en la Naturaleza) en beneficio de la asociación. Aquí se diseña, indiscutiblemente, un elemento intelectual y directivo, reflejado en una tonalidad conducida por una voluntad contractual que analiza y compara los beneficios de la asociación, frente a las dificultades y males de la disociación.

Es así como el **contrato social** explica la formación de la sociedad civil y justifica la delineación lógica del orden jurí-

dico denominado Estado, depositario de la soberanía, encausador de la libertad de sus componentes y constructor de la regla positiva llamada ley que todos deben obedecer para que todos puedan vivir.

Se edifica, por estos datos esenciales, un concepto circunscripto y preciso de lo que es un Estado: colectividad o convivencia humana, demorando en un territorio determinado y sometida a una autoridad que mantiene el equilibrio jurídico, por medio de la ley, de los tribunales y de la coacción, atributos propios de la soberanía.

Una sociedad así establecida se configurará de características particulares, claro es, por el influjo del tiempo transparentado en usos y costumbres e irá formando una conciencia homogénea más o menos enraizada en la historia por la memoria social de la sangre, de la herencia, de la lengua, de la religión y de los hechos realizados por el triunfo de los grandes principios que sintonizan el juego sociológico de cada etapa. Se ha formado entonces una nación, es decir, una especie de agregado humano con inconfundibles lineamientos que lo diferencian de otras entidades semejantes. Los rasgos nacionales son, por ello, más o menos fijos, según la intensidad de la acción formadora y mantenedora del Estado al cual esa agregación se circunscribe.

Esta es la realidad de una sociedad civil; pero es indispensable admitir para la vitalidad de su equilibrio, dos clases de normas fundamentales, sin las que sería imposible conseguir siquiera una asociación permanente como la que conforma un Estado. Estas dos normas son de distinto carácter ya que operan, la una, de dentro hacia afuera; y la otra, al contrario, de fuera hacia adentro. La primera es la norma ética; la segunda, la norma jurídica. La primera es autónoma, vive por sí misma, acciona y reacciona en la complicada trama psicológica de la conciencia. La norma jurídica, según Kant, vive y se manifiesta por la coacción.

Nótese que no queremos preferir aquí ninguna teoría acerca de la finalidad del Estado. Aceptamos simplemente las dos normas indicadas, sólo en cuanto convienen al equilibrio entre los elementos del Estado. Pues, bien, si la norma jurídica actuase sola, como real manifestación de un Estado despótico, tendríamos una oposición indudable entre el factor humano y los componentes oficiales del Estado opresor (por ello, la lucha contra las tiranías, las autarquías, etc.). Para evitar esta anormalidad conviene, ante todo, que la norma moral o ética se traduzca, por decisión de los individuos, en un sometimiento sincero y espontáneo a la autoridad. Entonces la

norma jurídica, no juega otro papel que el de reguladora del proceder externo de los asociados, una vez que ellos han aceptado la supremacía de su función.

La ley, expresión de la soberanía, no puede nunca rebasar los límites necesarios para una convivencia justa. Por las características anotadas, el transgresor de la ley, en una sociedad civil, está sujeto a sanciones de diversa índole. Nadie puede hacer lo que a bien tenga, ni nadie puede destruir con sus hechos o actos una forma de vida que es indiscutible garantía colectiva.

Si se consiente en declinar una parte de la libertad individual al construir una asociación cualquiera, de modo implícito se consiente también en sufrir las consecuencias de la transgresión de la norma dictada por la soberanía de la misma asociación en nombre de todos. Consecuencia de lo dicho, es la plena efectividad del derecho con ley, con tribunal y con coacción.

Se ha dicho y se repite constantemente que el Derecho Internacional Público o Derecho de Gentes, tiene su fundamento en la **Comunidad de las Naciones**. De existir esta Comunidad en su sentido auténtico, tendríamos una verdadera sociedad internacional, con la misma cuadratura jurídica que la sociedad civil. Pero existe, en verdad, la Comunidad jurídica de las Naciones?

Si recordamos el devenir histórico de las relaciones internacionales, desde la formación de los grandes Estados, hasta nuestros días, constataremos la acción de una ley sociológica, definitiva e invariable. Esta ley no es otra que la de la integración seguida de su correlativa, la desintegración de los agregados que han actuado y actúan dentro de los sistemas diversos de política exterior.

Así, por ejemplo, la política exterior del llamado Santo Imperio romano-germánico, se disuelve por la paz de Westfalia de 1648, que crea un nuevo sistema internacional, dando fin a la guerra de Treinta Años. A su vez, la paz de Viena de 1815, con la Confederación germánica y la Dieta de Austria, contorna otras modalidades que se cambian posteriormente en sentido sustancial. Franckfort, en 1870, hace surgir una idea de represalia y de desquite que culmina en Versalles en 1919. Esta paz atomiza la Europa, desintegra las nacionalidades y sus territorios y abre campo a la conflagración de nuestros días.

¿Qué persigue este último desangre? Simplemente deshacer como ha deshecho ya la estructura de Versalles y, aún más, formar una nueva concentración a base de un germanis-

mo totalitario. No es otro el marco en el que ha encajado y encaja la realidad internacional. Cada guerra forma una nueva organización, y cuando ésta estorba, ya por los caprichos de raza o por los prejuicios de soberanía mundial, es la violencia la que la despedaza sin réplica. La Sociedad de las Naciones (el más grande esfuerzo de acción conjunta, se dice) vió corroído su basamento y anulada toda su fuerza moral. Primero, la violación de las normas del pacto (ensayo unilateral de la hipótesis de Rousseau); luego, la desertión de los Estados miembros, han roto una estructura que se supuso podría asegurar la paz por mucho tiempo. Los hechos han demostrado lo contrario. En menos de veinte años, se ha preparado una enorme maquinaria bélica y son muchos millones de hombres los que se descomponen bajo la tierra. En consecuencia, el imperio de la fuerza ha roto el Derecho Internacional y, más aún, ha demostrado otra vez que en el orden internacional existe un duro **estado de naturaleza**, que necesita desaparecer, para que impere el verdadero Derecho positivo internacional, que no consista en meros principios, sino en realidades efectivas.

Desde luego, la caída de la Liga de las Naciones, se facilitó por las desigualdades mantenidas al crear la sociedad y, sobre todo, por haber sido ésta construída en un tiempo en que aún no podía apagarse la inmensa hoguera de la guerra.

Urge elaborar directivas que se encaminen a la creación de una conciencia antibélica mundial. Sólo una conciencia semejante, podrá corregir el absurdo de la dominación de un restringido grupo de gobernantes, sobre millones de combatientes. Cuando éstos se nieguen a sostener en sus manos las bayonetas para destruir a sus semejantes, habrá desaparecido la amenaza guerrera que desequilibra el mundo e impide el cumplimiento de las finalidades que le corresponden dentro del orden universal de la vida.

A las nuevas generaciones, a la juventud, les está encomendada esta noble tarea: destruir un **estado de naturaleza internacional** y convertirlo en una estructura jurídica que garantice el libre desenvolvimiento de la vida y permita el proceso ascensional de la evolución humana, en todos sus aspectos.

Quito, 1942.

C A R L O S     S A L A Z A R     F L O R

# GUERRA DE CIVILIZACION

"Esta guerra no es una guerra económica ni política; es una guerra de civilización. Y en virtud de esto, por cuanto ella compromete los **principios religiosos y espirituales del orden civilizado**, es también una guerra religiosa." Así concretan y resumen su pensamiento eximios católicos europeos residentes en Norteamérica, en un manifiesto que frente a la crisis mundial, ha sido publicado en la revista "The Commonweal" de Nueva York el 21 de agosto de este año. Para quienes hemos esperado con avidez la palabra del pensamiento religioso sobre "la crisis espiritual más temible que haya aparecido desde los principios de la Era Cristiana", no puede menos de ser motivo de íntima fruición el conocer un documento en que se ahonda con certera mirada en el significado, alcances y aspectos de la actual guerra, subrayando cómo en ella están en juego los fundamentales valores cristianos, y en que se establecen a la vez los principios directivos para las instituciones del futuro. Son prominentes católicos los que lo suscriben y entre ellos está el filósofo francés, Jacques Maritain, sabio de merecido nombre, que ha contribuido, como el que más, a la restauración de la Escolástica tomista, encaje sutil, consistente y primoroso del pensamiento católico. Nos inclinamos con respeto ante la convicción profunda de tan singulares pensadores, tanto más cuanto que concordamos casi íntegramente con sus conceptos. Y no podemos resistir a la tentación de comentarlos y con tal motivo expresar también juicios y opiniones propias, reafirmando así nuestra posición ante el torrente del mal que devasta e infierna el mundo.

Es la hora de desnudar el espíritu, una hora de tal profundidad moral e histórica que es preciso ser absolutamente sincero cuando se piensa y se habla. No vale la inconsciencia, el disimulo, la perplejidad, la impasibilidad, la indiferencia

cuando el valor y el destino del hombre sobre la tierra, trascendentes al más allá, sufren el más rudo de los quebrantos y la más trágica de las conmociones. Es la hora de la sinceridad. Y los espíritus que no sientan este apremio no merecen la nobleza de su condición ni están a la altura de su ser moral. Dejarlos en su animalidad y en su estupidez, dejarlos en sus escasas dimensiones de seres humanos. Es, por lo mismo, la hora en que las religiones deben alzar la voz y proyectar la lumbrarada de su pensamiento y la energía de su fe y anatema. Lo han hecho aquí y allá. Y aquellos católicos europeos, residentes en América del Norte, han sabido destacarse en tal actitud, hablando con claridad, dibujando con precisión la figura del monstruo totalitario, condenando sin remisión los crímenes que siembra, señalando la amenaza que significa para una civilización de hombres libres y una religión de corazones cristianos.

¿Es que la conciencia religiosa puede permanecer extraña e insensible cuando una explosión de los intintos primitivos amenaza con derribar y hundir el edificio levantado por veinte siglos de progreso cristiano e hincar sobre las ruinas una espada erecta, símbolo de la fuerza y la matanza, ahí mismo donde antes "la cristiandad adoraba la caridad, la clemencia, la dulzura de un dios que se entregó a la muerte para librarnos del mal y hacernos hermanos?" ¿Es que la religión ha de estarse muda y silenciosa cuando las fuerzas del infierno, en estallido atronante, revientan en las bombas y los cañones y en el ansia homicida de las gentes? ¿Es que la religión puede dejar de ser un lazo de comunión entre los hombres, y dejar apagarse en el fondo del alma humana los últimos destellos del sentido moral, que es sentido de amor y fraternidad, dando raíces al sentido de la armonía, el orden, la justicia y el derecho? Negación rotunda y radical de todo concepto ético de la vida, del concepto divino y santo de la moral religiosa es la proclamación de la lucha y la pelea física como la ley vital por excelencia, como el supremo principio biológico que quiere mantener, en la esfera humana, la ley de la fuerza como el sólo elemento regulador de todo orden. Y ante tal negación, generadora de la guerra actual que tiene caracteres especiales para singularizarse como atropello sin freno de toda norma, de todo principio, de toda idea moral y jurídica, la conciencia religiosa debe sentirse estremecida en su más honda intimidad y reconocer, como lo hacen los católicos europeos, que han firmado el referido manifiesto, que la guerra que al presente se libra plan-

tea a los cristianos graves problemas y deberes que no pueden ser desoídos y que exigen respuesta, pronunciamiento, cumplimiento, actitud clara, definida y resuelta.

## I

El totalitarismo, comienza por decir el manifiesto, es la más terrible amenaza que jamás haya hecho peligrar a una civilización, es algo aun más bajo que lo más primitivo y absolutamente incompatible con el Evangelio. Pero distinguiendo las varias manifestaciones del totalitarismo —el fascismo italiano, el estatismo japonés, el materialismo histórico marxista y el totalitarismo biológico nazista— hace notar que este último es el resultado irremediable del proceso de corrupción que más haya durado en la historia moderna levantando contra la cristiandad una radical negación de la unidad del género humano y de la fraternidad de todos los hombres, hijos del mismo padre y redimidos por el mismo Cristo y constituyendo por la técnica de su propaganda y el poderío de su organización en partido y de su ejército, un instrumento mucho más eficaz y mejor equipado que el comunismo para lograr el triunfo de la revolución anticristiana desencadenada sobre el mundo.

Nosotros queremos acentuar la diferencia que existe entre el nazismo y las peores formas del socialismo porque no es justo hermanarlos dentro del sistema totalitario, ni mucho menos confundirlos en la esencia de su doctrina y de su significación. Pensamos que el socialismo es de cepa y raíz humanista y que ha nacido de una honda preocupación por el ser humano individual a cuyo bienestar se encamina por medio de la solidaridad social y política. Para robustecer y fundamentar su tendencia quiso, erradamente quizá, ampararse en una sociología trasnochada que declaró que lo social era lo sustantivo y lo básico, punto de génesis y origen, principio causal, creador y modelador por excelencia, y redujo a cero el papel y la realidad individual que no puede ser negada sin desvanecer la realidad misma del mundo. Esa sociología lo ha deformado y desnaturalizado, apartándolo de la fuente humanista de donde manó su genuina corriente. Alguien observa que el socialismo no es sino un individualismo elevado a potencia, pues al fin y al cabo, en la mayor parte de sus orientaciones, termina por mirar los fines, necesidades e intereses del individuo como tal; por lo que se puede aseverar que, en cierto sentido, el individualismo y el so-

cialismo no son opuestos. En cambio, las otras tendencias totalitarias no toman en cuenta sino los fines del organismo social, del Estado, de la nación como un todo, sacrificando sin misericordia el valor, el fin, el interés individual.

Lo que el socialismo cree, y en esto puede equivocarse si lo exagera mucho, es que el mejor medio de conseguir el bienestar individual para todos es la mayor solidaridad y comunidad en la posesión de los bienes económicos. Pero, despertando y avivando en el socialismo su íntimo sentido humanista, bien se pudiera conseguir la rectificación de sus errores y la moderación de sus impulsos. Mejorar al individuo, libertarlo de la tiranía económica, hacer del régimen y la estructura social algo que lo ampare, sostenga y fortalezca en el mayor grado posible es toda la aspiración del socialismo, a lo que el liberalismo no puede oponer otra cosa sino la necesidad de limitar la presión social en la medida conveniente para no anular ni absorber al individuo a quien se trata de levantar y mejorar. Entre la monstruosidad del totalitarismo fascista o nazista que hace del Estado la nación o la raza un todo deificado con todos los atributos y todos los derechos, entre los cuales el que prevalece es la fuerza, y este delicado y humano matiz del socialismo hay harta distancia sin anotar otros aspectos importantes que los distinguen y separan. Por todo ello estamos de acuerdo en cuanto a considerar al totalitarismo nazista, fascista o japonés como el mayor enemigo y la máxima amenaza para la civilización cristiana cuyo sentido profundo es de valorización y dignificación del alma del hombre. Y nos complace la posición que en el manifiesto se fija en el conflicto ruso-germano, donde, entre otras consideraciones se hace valer el hecho histórico de que, inclinándose hacia el campo democrático, el pueblo ruso ha entrado en el proceso de **reintegración a la sociedad occidental** y que esto amplía las posibilidades de victoria de la civilización. "La levadura de las fuerzas cristianas permanece en ese pueblo, pese a los estragos causados por la propaganda atea y a despecho de la persecución." Se hace notar asimismo que Rusia fue atacada por los nazis, que el pueblo ruso está defendiendo sus hogares y que, ayudándolo en su lucha, nada hacen las Naciones Unidas que no esté conforme con los preceptos del Derecho Internacional.

Se asienta firmemente que la democracia está en juego en la presente guerra, entendiéndose por esa palabra la vida política y social de una comunidad de hombres libres y en



cuanto se niegan principios que la democracia envuelve y que bajo ninguna circunstancia deben ser discutidos jamás. Tales son el que la sociedad esté fundada sobre la justicia y los derechos de la persona humana a los que las fórmulas democráticas, en particular el principio del sufragio universal, han dado en la práctica expresión política. Libertad, igualdad, fraternidad, son principios que las democracias no han invocado erróneamente y que brotan de la inspiración del evangelio y se hallan a una con el ideal cristiano de la civilización. La campaña de negaciones que contra ellas desatan el fascismo y el nazismo marca un trágico desvío de ese mismo ideal.

Y, en cambio, no es verdad que el capitalismo esté en juego en este conflicto. Es una coincidencia accidental, y desde luego transitoria, el que los intereses plutocráticos se defiendan a sí mismos so capa de guerra y ésto no ata la acción ni la voluntad para la reforma social. Además, los errores, fracasos y contradicciones de los principios cristianos que surgen del capitalismo son ciertamente menos radicales y menos **totales** que los que dimanar de las doctrinas y regímenes totalitarios.

Lo que verdaderamente está en juego en la guerra es la civilización misma y los valores cristianos en ella comprendidos. No queremos reproducir las magníficas y claras razones con que en el manifiesto se fundamenta tal conclusión. Queremos añadir a ellas nuestros puntos de vista. Y decimos que si la civilización, y la civilización cristiana, es ante todo un acervo de bienes espirituales que consisten en principios y sentimientos de moral y de derecho, el totalitarismo que ha desarrollado en diversas formas, pero con un fondo común, la tendencia a considerar la superioridad biológica revelada en la fuerza y le pelea física, como el título a la dominación y el elemento regulador en lo social y político, mina en su base esa civilización que ha tratado de substituir la lucha por la vida, por la moral del amor y la fraternidad y la contienda material con las normas del derecho. ¿No fue desde antes del año 14 que en Alemania los filósofos, los historiadores, los estrategas, los catedráticos oficiales se dieron a sostener el evangelio de la lucha, el culto de la fuerza física, el amoralismo de la potencia y la crueldad, declarando que lo justo se decide por el arbitraje de la guerra, pues las decisiones de la guerra son biológicamente exactas, desde que todas ellas emanan de la naturaleza de las cosas? La civilización cristiana sustenta que en la naturaleza de las co-

sas hay algo más que la fuerza física que no es sino la expresión rudimentaria y primera de relación en tanto la conciencia no existe o permanece dormida; pero que, en cuanto el ser de las cosas se abre a la comunicación mediante la sensibilidad y la facultad racional, la fuerza deja de ser la suprema reguladora y abre el campo a lo que llamamos la justicia y el derecho en lo externo, el amor y la comprensión en lo interno. La civilización se ha levantado sobre este sustentáculo y el descarado propósito de socavarlo significa el retroceso al mero orden físico y las primitivas regulaciones del instinto biológico. El totalitarismo ataca fundamentalmente a la civilización, a todo lo que ella comprende de humano, a todo lo que ella encierra de moral y religioso y, por lo tanto, cabe, como se lo hace en el manifiesto, calificar de guerra religiosa a la que se libra en la actualidad, en estricta defensa de valores supremos. "El racismo nazi está fundado, dice Jacques Maritain, no sobre un fanatismo de la razón odiando todo valor trascendental, como el marxismo por ejemplo, sino sobre un misticismo del instinto y de la vida odiando la razón." "Su religiosidad demoníaca es más irremediable que el mismo ateísmo, porque ensaya desnaturalizar la naturaleza misma de Dios y hace de Dios mismo un ídolo. Usa sin duda de la inteligencia, pero ésta no es buena para él más que para desarrollar las técnicas de la destrucción. El invoca a Dios, pero como a un genio protector, adherido a la gloria de un pueblo o de un estado o como un demonio de la raza."

## II

La segunda parte del manifiesto enuncia los principios directivos para las instituciones del futuro. Y nos es grato encontrar en ellos ideas y conceptos que nos son caros, que imperfectamente hemos expresado y defendido en diversas ocasiones. Sobre una doble base se hace descansar el ordenamiento futuro: 1º Los derechos y libertades de la persona humana; 2º La necesidad de organizar estas libertades en todas las esferas de la vida social con la mirada puesta en el bien común. Y nosotros observamos, a pesar de que en el manifiesto se atribuye al individualismo anárquico y al liberalismo gran parte de responsabilidad en la crisis actual de nuestra civilización, que tales bases constituyen la esencia misma de los principios liberales y al echar de ver cómo son aceptados por católicos y cómo pudieran serlo por los socia-

listas, estamos tentados a declarar que en lo fundamental y en la práctica las tres doctrinas pudieran entenderse y eliminarse generosamente las diferencias que las enconan. Y prácticamente, se ponen de acuerdo, bajo muchos respectos, en países como Inglaterra y Estados Unidos de auténtica civilización liberal. Nunca, en ningún terreno ni en circunstancia alguna ha sustentado el liberalismo otra cosa que el principio de la libertad, o sea, el derecho de la persona humana a gobernarse y dirigirse, a regir su propia vida, derecho fundado en la autonomía de la conciencia individual y a cuya realización debe tender toda organización política y todo régimen jurídico. En consecuencia, el liberalismo nunca ha aspirado a otra cosa que a estimular, ayudar y amparar en cada hombre el mayor desarrollo de la libertad o poder individual mediante el establecimiento del orden, de la solidaridad social y el deber de los ciudadanos de contribuir al bien común, todo ello en la medida indispensable para alcanzar aquel fin. Pero el ideal liberal así concebido no se identifica ni puede identificarse con ninguna institución política o estructura jurídica determinada por cuanto todas éstas son formas imperfectas de realización histórica, susceptibles de mejora y reforma en el indefinido desenvolvimiento de la vida humana. El ideal de libertad, infinito como todo ideal, tiende a buscar en la evolución creadora las formas más adecuadas y eficaces, pero necesariamente todas ellas, en la limitación de lo concreto, no podrán agotarlo, no podrán realizarlo plenamente y tendrán que ceder el paso a nuevas encarnaciones. El principio, en su pureza e infinitud, no es solidario de las imperfecciones de la práctica si permanece vivo y activo en su virtualidad, si constantemente inspira y anima las reformas y rectificaciones que han de traducir de mejor manera su esencia íntima, su máxima aspiración. ¿Qué ideal, qué principio, qué doctrina podría ufanarse de haber alcanzado su perfecto cumplimiento en la vida real y el campo de la historia? ¿Cuál se ha visto libre, en el proceso de su desarrollo, de tropiezos, de impurezas, de errores y contradicciones? ¿Cuál puede tirar la primera piedra? ¿Y cuál no ha tenido falsos apóstoles y farsantes que lo han invocado para encubrir sus intereses, dorar sus pasiones, y cohonestar sus ansias de poder? Si el ideal liberal ha hecho de la libertad su bandera, nunca ha dejado de reconocer el principio de la relación, de la solidaridad, de la interdependencia que une a los hombres y a las cosas y por eso ha proclamado muy en alto la necesidad de armonizar las libertades, de limitar el dere-

cho propio ahí donde principia el derecho ajeno. Los grandes filósofos del liberalismo han puesto siempre junto al principio de la libertad el principio del orden y del bien común. La teoría de la propiedad de Locke anticipa todo cuanto hoy se dice acerca de función social y del derecho de todos. Rousseau, en las aplicaciones de su teoría, exageró los derechos del Estado a expensas de la libertad individual. Kant abogó, en el campo internacional por la limitación de la soberanía de los Estados particulares sustituyéndola con la cooperación. Para Fichte, el derecho es la síntesis de la libertad de muchos. Fouillée señaló el progreso simultáneo de la solidaridad y el individualismo. La idea dominante en Guyau es la de la vida como principio que reconcilia naturalmente el punto de vista individual y el punto de vista social. El actual vice-presidente de EE. UU., Wallace, ha demostrado en su libro "El sentido de la Constitución" que los constituyentes dieron tanta importancia a la libertad como a la unión. Inglaterra y EE. UU., los clásicos países del liberalismo, hoy los defensores de la civilización cristiana, prueban en el vigor de su organización y su progreso que el ideal liberal puede fecundar y prosperar magníficamente estructuras e instituciones. Y en la actualidad, el pensamiento, liberal pudiera sintetizarse en estas palabras de un filósofo del derecho: "El tipo ideal que debe tenerse en mira en los órdenes social, jurídico y político será, pues, el de una organización en que el máximo de libertad de las partes armonice con el máximo de solidaridad del todo social, pues la organización del todo es causa y condición de una individuación más perfecta de las partes, y a su vez, la individuación de las partes es causa y condición de una organización más perfecta del todo social." Así respondería a la naturaleza metafísica del ser, que no es, como quería Parménides, absolutamente uno, sino vario y uno, plural y uno, lo que impone indeclinablemente la síntesis de profunda armonía entre los dos principios, el que diversifica y el que unifica, cuando se trata del destino y perfeccionamiento humano, de la ordenación social, del régimen político y jurídico y de la relación entre los pueblos. En el grado y medida en que dicha armonía se alcance, será verdadera y fecunda la norma que la determine e informe, sin que sea justo ni posible sacrificar el un principio en favor del otro, disolviendo la unidad en la variedad anárquica y caótica o matando la variedad en la unidad absorbente, monótona y estéril.

Si bien se reconoce en el manifiesto que es posible que en la presente desorganización de Europa sea necesaria una autoridad política particularmente vigorosa, se deja establecido claramente que siendo el ejercicio del poder el manejo de los intereses de la comunidad —**vicem gerens multitudinis**— la multitud no puede abdicar el principio de su responsabilidad ni el **control** de su propio destino sin abjurar la dignidad humana. La forma de ejercer el poder que las circunstancias exigen no cambia su fin ni los fundamentos de la autoridad.

Especialmente se llama la atención acerca de cómo en la reconstrucción política y social será de capital importancia el papel que desempeñen las clases trabajadoras, en el supuesto de que ellas adquirieran la conciencia de sus responsabilidades y abracen claramente un ideal de libertad. Aquí queremos anotar que si alguna falla han tenido las instituciones liberales en lo económico, habrá de encontrarse en su poco acierto para complementar la libertad política con la libertad económica, ya que aquella sin ésta puede volverse nugatoria. Los excesos del capitalismo, el **utendi** y **abutendi** del derecho de propiedad han evidenciado que la condición del trabajador, del obrero manual, "verdadero Atlante sobre cuya espalda, en la realidad de las cosas, se asienta el mundo", exige que las relaciones entre el capital y el trabajo se establezcan sobre bases justas, que el derecho de propiedad se limite y responda a su aspecto social, mirando al bien común, para que la libertad y la igualdad no sean para el trabajador meras palabras y vanos nombres. De ahí que concordemos íntegramente con el postulado de que "el reconocimiento de la dignidad social de la persona del trabajador sea una condición esencial para toda verdadera reconstrucción." Al socialismo corresponde haber puesto de relieve el hecho de que lo económico es fundamental en la vida del hombre y la preocupación por redimir y levantar al trabajador, cuya tarea es el cimiento de todo edificio social, lo que exige su condigna valorización y liberación. Pero el catolicismo y el liberalismo aceptan, en lo substancial, esas tendencias siempre que los fines espirituales del hombre no sean ahogados por un sentido materialista y exclusivo y siempre que se mantenga, salvaguardiándolo debidamente, el principio de la libertad que es uno con el valor y la dignidad del ser humano.

Lo que nos ha satisfecho más íntimamente es lo relativo a la libertad de conciencia, de la que se afirma, en el do-

cumento que comentamos, que no puede ser violada por la autoridad civil. "Ni el dominar, ni el controlar las conciencias, son funciones del Estado." El liberalismo no ha dicho otra cosa y éste ha sido, quizá, el punto capital de divergencia con el pensamiento político católico. Si este punto se borra ¿qué puede separar las dos políticas? Acaso matices y accidentes que no pueden ser motivos de enconada lucha ni de intransigencia fanática. La libertad de pensamiento y la libertad y el respeto de los credos religiosos es un postulado netamente liberal y el que se consigne como una de las bases de las instituciones del futuro demuestra que la esencia del liberalismo, tan denostado, tan menospreciado, tan vilipendiado hoy, es inmortal y arraiga en lo hondo del espíritu humano.

Y como consecuencia de tal postulado se condena en el manifiesto el **antisemitismo** porque anula en los hombres el ejercicio de sus derechos naturales y priva a una porción de individuos de una vida libre, digna y humana, condiciones que el Estado, por su propia razón de ser, debe asegurar a todos. El anti-semitismo es, además, anti-cristiano y "las horribles persecuciones raciales, religiosas y políticas, se dice allí, que hoy ahogan en sangre al mundo, **nos hieren en el corazón a cada uno de nosotros, en cuanto pertenecemos a Cristo.**" Esto es lo que hemos querido oír del espíritu religioso, esto es lo que debe gritar todo el que tenga sensibilidad moral y sentido racional de la vida. Estamos heridos en el corazón, al ver alzarse la potencia del mal y del crimen, hinchada de soberbia, con un formidable poder de destrucción, en insensato y temerario desafío a todos los ideales y símbolos sagrados, arrojando la tierra de sangre, crucificando a la humanidad, cubriendo de duelo los horizontes, envolviendo en tinieblas las conciencias. Estamos heridos en el corazón los que tenemos corazón.

Con plena justicia se observa que la estructura del orden social sería incompleta, débil y contraria al derecho, si no tomara en cuenta ya la **libertad** de los pueblos, ya su creciente **interdependencia**. "Estas dos ideas de independencia o autonomía y de interdependencia o solidaridad no son incompatibles si a ninguna de las dos se las lleva hasta sus extremos". Para corroborar estas ideas se citan diversas alocuciones y encíclicas de los Papas que magistralmente han trazado los grandes lineamientos de la moralidad internacional y del régimen jurídico entre las naciones. Como en las relaciones entre los hombres, nos encontramos aquí con la necesidad de armo-

nizar los dos principios metafísicos que están en el fondo del ser: el que diversifica y da título a la libertad o independencia y el que unifica y da la exigencia del orden y la solidaridad. "Esta interdependencia se pone de manifiesto en el campo cultural, en el económico, en el progreso social y en el internacional, y alguna organización debe dar expresión a los vínculos de la solidaridad". La fuerza física que regula todo en el mundo no puede regularlo también en el campo humano desde el momento en que la conciencia, con los atributos de la sensibilidad, el sentimiento y la razón, alumbró los destinos del hombre. La vida cobra entonces otro sentido y si la fuerza rige lo inconsciente, la moral y el derecho habrán de regir lo consciente.

No hay dos morales, una para los individuos y otra para los pueblos. La moral tiene un solo fundamento: el amor de la vida humana, fundado, según las religiones, en el amor de Dios. Y la moral debe ser más imperiosa para los pueblos que para los hombres porque el respeto entre los pueblos asegura mejor la vida de los hombres y porque el crimen de los pueblos desata mayores males que el crimen de los individuos. Mientras no se moralicen las relaciones internacionales no se ha hecho nada en orden a civilizar la vida social y humana. Declarar o admitir que la ley de la fuerza ha de reglar las relaciones entre los pueblos es negar radicalmente todo fundamento de moral, de derecho y de justicia. Y no hay para qué hablar de ello cuando se trata de las relaciones entre los hombres. O la moral es para ambos o no es para ninguno.

Lo soberanía absoluta es el individualismo estúpido de los pueblos y la creencia en ella da la medida de cuán torpe es aún la humanidad alimentando ideas que son el fermento que acarrea fatalmente las grandes hecatombes y los grandes males. Una organización positiva en lo internacional es de vital e imperiosa urgencia donde órganos bien capacitados promulguen y apliquen las reglas jurídicas que deben determinar y sancionar los preceptos morales. La Sociedad de las Naciones quiso ser, por lo menos según el pensamiento de Wilson, la expresión de la democratización de Europa y del mundo, pero se la desvirtuó por falta de firmeza y conciencia armónica para comprender que la única razón y motivo de establecer la democracia y el régimen jurídico es la necesidad de garantizar los derechos del débil. ¿Se debe establecer el orden jurídico para el fuerte? Absurdo. El fuerte rige su vida y la impone a los otros. O el régimen jurídico

no tiene significado ni objeto o debe tender a hacer respetar el derecho del débil. La Sociedad de las Naciones se desnaturalizó y desvirtuó porque las grandes potencias no cumplieron formalmente sus deberes ni aplicaron con eficacia las sanciones, atendiendo, quizá, en demasía, a sus propios intereses y lesionando en toda transacción, como lo dice Benes, los intereses vitales de la parte más débil. Esto sucedió en Corfú, en la política de desarme en el caso de la Manchuria, en el de Abisinia y en España y China y Austria y Checoslovaquia.

Y con el Panamericanismo ha ocurrido lo propio. Reciente está el caso del Ecuador, indignamente menospreciado y atropellado por débil en la Conferencia de Río de Janeiro. Mientras el Presidente Roosevelt proclamaba, con admirable intuición, la necesidad de que en el orden internacional el débil pueda estar seguro y el fuerte sea justo. América toda, encabezada por Estados Unidos, obligaba al Ecuador a aceptar, por vencido y por débil, lo que el vencedor le imponía con las armas. Lo primero para la eficacia de una Institución es la sinceridad del pensamiento y el sentimiento que la animen e informen. Las grandes y naturales dificultades que la práctica presenta a la teoría pueden ser quebrantadas y vencidas si el propósito permanece claro, vivo, latente, resuelto. Lo esencial es tender constantemente hacia la finalidad y aunque no se llegue a ella desde el primer momento, la voluntad indeclinable de alcanzar sugiere recursos, arbitrios, medidas infinitas y va desbaratando los óbices que la realidad inerte, ciega, anquilosada y circunstancial tiene que oponer a las instancias del principio ideal.

Con los autores del manifiesto "sostenemos firmemente que ninguna paz ni prosperidad verdaderas son posibles a menos de observarse estos principios." Sostenemos también que es "el olvido de estas verdades fundamentales lo que favorece el avance del totalitarismo; negándose a sí misma, la razón ha acabado en la negación de todo lo absoluto trascendental o en el culto de falsos absolutos; la fuerza sola ha permanecido." Y la fuerza lo regula todo en el mundo, cuando no llega el derecho, cuando no se siente ni se vive el derecho.

Quito, 1942

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE



# E D I P O

## COMEDIA EN TRES ACTOS

(El 2º dividido en tres cuadros)

2º Premio en el Concurso  
Nacional de Teatro Ecuatoriano

### Personajes:

ISABEL  
DOLORES  
CLARITA  
SUPERIORA DE COLEGIO  
LUISA  
DON PEDRO  
PEPE  
JUAN ANTONIO

Epoca actual. La acción, en cualquier parte.

### ACTO PRIMERO

Saloncillo elegante que revela holgura económica. Muebles modernos, superficies bajas, alfombras gruesas y mucha tapicería. Una radio de 8 tubos y una victrola de mueble. No hay piano ni mecedoras.

Son las 8 de la noche y están encendidas todas las luces: una lámpara central y varias lamparillas de mesa, de diversos colores.

Puerta al foro, que se supone da al interior de la casa; dos puertas laterales, la de la derecha que conduce al vestíbulo y la de la izquierda, al comedor.

(Al levantarse el telón, la escena está desierta. Suenan los últimos acordes de un tango en la victrola. Al terminarse la música, aparece por el foro Isabel. Es una espléndida mujer de 30 o 35 años, bella muy femenina; su porte infunde a pesar de todo, un inevitable sentimiento de respeto).

ISABEL.—(Haciendo detener el mecanismo de la victrola y hablando consigo misma:) No pueden tardar... los invitados... ¿por qué será que me gustan tanto los tangos? (pausa, con alegría:) La Laguna... los manzanos en flor... (con una expresión seria:) Clarita!... (pausa) la salsa de tomate... (mirando sobre alguna mesa:) y ¿los cigarrillos? (llama:) Luisa!

LUISA.—(Sirvienta; entra por la izquierda) ¿Señora?

ISABEL.—(Tomando de un mesita una caja niquelada para cigarrillos) Hay que llenar de cigarrillos esto...

LUISA.—(Coge la cajita, disponiéndose a salir:) Si, señora.

ISABEL.—¿Está todo listo adentro?

LUISA.—Todo, señora.

ISABEL.—¿Quién está haciendo dormir a los niños?

LUISA.—Creo que la señorita Dolores...

ISABEL.—Bien. (Luisa sale. Isabel consulta su reloj de pulsera; se acerca a algún espejo y se arregla el cabello. Luego se yergue, hace girar el tórax y se contempla, tal vez la figura, tal vez los pliegues del vestido. Sale).

(La escena queda de nuevo vacía. A poco rato suena un timbre, Luisa entra, deja la cajita sobre una mesa, cruza la escena hacia la lateral derecha y regresa luego con don Pedro y con Juan Antonio. Sale Luisa).

(Don Pedro es un hombre alto, recio, de 50 años. Viste con elegancia y se mueve con lentitud. Es una persona agradable que se conquista simpatía inmediatamente).

Juan Antonio es enjuto, vigoroso, de ojos vivos y hundidos en sus órbitas. Su vestido es correcto pero no esmerado. Es hombre de trabajo —y eso se le ve en la cara inmediatamente—, que apenas concede atención a los problemas del vestido.)

(Entran los dos, toman asiento, encienden sendos cigarrillos).

DON PEDRO.—Bien, ya estamos aquí. La casa es buena...

JUAN ANTONIO.—Si es buena. Pepe se vanagloria de ser el dueño de la más lujosa villa de estos contornos. Gastó, en la construcción y arreglo, con mano abierta...

DON PEDRO.—¿Cómo es Pepe? Ardo en deseos de conocerle. Mentiría si dijera lo contrario. Hay en mí un sentimiento que debe ser común a todos los suegros. Y yo soy, en este caso, un poco suegro,

pues Isabel, huérfana desde muy pequeña, fué como una hija mía. Hasta los ocho o diez años, vivió más en mi casa que en la suya. ¿Cómo es Pepe?

JUAN ANTONIO.—Pues... no sabría decirlo. No creo que nadie pueda saberlo. Quizá, ni siquiera Isabel... El carácter de Pepe me seduce y me produce espanto. A ratos quisiera ser como él y a ratos quisiera no haberlo conocido.

DON PEDRO.—Pues ¿qué? ¿Tan malo es ese hombre?

JUAN ANTONIO.—No. No es malo. Tiene algo que no sé como explicarle. Es correcto, trabajador. Es inteligente y honrado.... Honrado a su manera... Si, eso es: a su manera. Pepe tiene una moral propia, y se burla de los demás. Se burla y desprecia con frecuencia. Y no por un sentimiento de originalidad, sino porque es así. No tiene escrúpulos en ciertos casos —cuando él habla de "su" moral—, y te muestra, en otras ocasiones, tierno y amable.

DON PEDRO.—Vamos, vamos! Un ángel diabólico, entonces. Un satanás que se acuerda con frecuencia del cielo... Los hombres así, Juan Antonio, son inofensivos. He conocido a muchos. En ellos, el cielo y el infierno se equilibran mutuamente, y nunca hay cielo solamente, ni infierno solamente.

JUAN ANTONIO.—Sí, algo de eso. Por esta razón, Pepe seduce y espanta —y a mi, más me espanta que me seduce—. No quiero decir que Pepe sea malo. No. Es un hombre que está fuera de nuestra moral...

DON PEDRO.—¿Nuestra?

JUAN ANTONIO.—Bueno... mi moral. La moral corriente. Y si no, fíjese en esto: es indudable que quiere a su mujer; la encuentra bella y agradable. Pero no es el amor marital, que se hace de deberes y cariños; parece más bien un amor de paso, que pudiera apagarse en cualquier momento, cuando encontrara un objeto mejor al que consagrarse. Ahora mismo, hay ocasiones en que sus ojos brillantes parece que quisieran devorar las carnes florecientes de Clarita. No es la mirada del padre; es la mirada hambrienta de placer del hombre que se contiene con dificultad. Frecuentemente sus bromas hacen palidecer a Isabel, mientras Clarita se ruboriza y Pepe ríe desvergonzadamente. Puede ser que yo tenga contra él una prevención involuntaria. Pero pienso en esto frecuentemente y mi imaginación se pierde en conjeturas...

DON PEDRO.—Un momento, un momento... Dos cosas quiero preguntarte aún, antes de que continúes en tus extrañas cavilaciones. ¿En qué trabaja Pepe? ¿Quién es Clarita?

JUAN ANTONIO.—Pepe es comerciante. Representa algunas casas norteamericanas y vende toda clase de máquinas, desde un insignificante molino hasta un enorme camión. Este comercio le deja una

buena ganancia, que le permite vivir holgadamente y satisfacer los caprichos de Isabel, que no son muchos ni exigentes. En cuanto a Clarita, ¿no sabe quién es? —Es hija de Isabel. Una hija que tuvo cuando soltera, y que durante muchos años fué una cruz para ella. Pobre Isabel!

DON PEDRO.—A ver, cuénteme esta historia. ¿Cómo, por qué, dónde tuvo esa hija?

JUAN ANTONIO.—Como usted sabe, Isabel pasó toda su vida en su hacienda de La Laguna, al lado de la cual estaba la de usted. Cuando Isabel creció y pasó de los 16 años, era una señorita encantadora. No era raro verla, con los cabellos desplegados al viento, galopando por las llanuras, jinete en briosos caballos. Creo que fué usted quien le enseñó los secretos de la equitación.

DON PEDRO.—Efectivamente. Cuando niña, me gustaba verla fuerte, animosa y alegre. Hice educar para ella un potrillo enano, la regalé silla y aperos adecuados y pedí a la ciudad una fusta de colores que la obsequié en uno de sus cumpleaños. Muchas horas cabalgamos juntos, ella en su potro al lado de mi viejo "moro", y ambos riendo por cualquier cosa.

JUAN ANTONIO.—Era la muchacha más bonita. Pero un día, por desgracia, llegaron a La Laguna algunos oficiales de ejército que pedían hospedaje. Estaban de maniobras. La tropa acampaba en el valle. La novedad de las personas, la bizarría de los uniformes, sedujeron a Isabel. Un teniente la enamoró, la cortejó con tesón. Galopaban por el campo, se desafiaban a correr o a saltar. Isabel marchaba confiada y alegre. El oficial conocía la estrategia de todos los casos. La plaza fuerte cayó y el amor dió un nuevo brillo a las pupilas de ella. Después, a los pocos días, terminaron las maniobras, el oficial volvió a su acantonamiento y se olvidó de su aventura. Al cabo de un año, Isabel daba a luz una niña: Clarita.

DON PEDRO.—(Después de una pausa) ¿Dices que Pepe ha traído a la chica aquí?

JUAN ANTONIO.—Sí. Pepe se casó con Isabel algunos años después. Ella, lealmente, le hizo conocer este pasado sin culpa, y Pepe noblemente, tomó bajo su protección a la hija de Isabel. La tiene aquí, y no hace el menor distinguo entre ella y sus propios hijos.

DON PEDRO.—¿Cuántos hijos tiene el matrimonio?

JUAN ANTONIO.—Dos, de poca edad ambos. Y Clarita, que ya tiene unos 17 años. Es una chiquilla preciosa, tal vez mejor que Isabel cuando tenía la misma edad. Pero, espérese usted, aquí vienen Isabel y su hija. (Se levantan. Por el foro, Isabel y Clarita).

ISABEL.—Don Pedrito! Cuánto gusto! (Se saludan con un abrazo). Temía que ya no viniera!

DON PEDRO.—Cómo puedes suponerlo, Isabel. Lo que más deseaba al regresar era verte! Me he acordado de ti mucho en estos años...

ISABEL.—Gracias! Mi felicidad está completa ahora. Ahora que está usted aquí, en mi hogar. Usted que ha sido como mi padre. (Presentando) ¿No conoce a Clarita, verdad? Es mi hija. Clarita, aquí tienes a don Pedro, de quien te he hablado tantas veces.

DON PEDRO.—(Estrechando las manos de Clarita) Eres linda, mujer!

CLARITA.—Tengo mucho gusto de conocer al famoso Don Pedro, de quien he oído contar tantas cosas.

ISABEL.—(Saluda) ¿Qué tal, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO.—Bien, Isabel, gracias. ¿No viene todavía Pepe?

ISABEL.—No todavía. Acaba de avisar que se demorará unos quince minutos. Está atendiendo un pedido de 50 unidades para el Norte, y eso es cosa de no descuidar. (A don Pedro) ¿No le parece?

DON PEDRO.—Me parece. Te veo bien enterada de los negocios de tu marido. "Cincuenta unidades" dices, y no sé a qué te referies.

CLARITA.—Quiere decir que hay un pedido de cincuenta camiones, o camionetas...

ISABEL.—Y este es un negocio que no se dá todos los días. Pero, tomen asiento; qué descuidada soy, perdonenme. (Toman asiento todos. Isabel abre y brinda de la cajita de cigarrillos:) ¿Un cigarrillo? (Deja el cofre después de que Juan Antonio y Don Pedro se han servido).

DON PEDRO.—¿Tú no fumas?

ISABEL.—No, don Pedro. Aun cuando se me pueda tachar de anticuada, no fumo. Me parece incompatible con mi dignidad. Creo que una mujer que fuma descende al plano desagradable de una mujer de taberna, en donde lo masculino y lo femenino se confunden entre espesas nubes de humo y horribles emanaciones de alcohol. No creo que me atreviera a besar a mi marido, ni a mis hijos sobre todo, con los labios oliendo a tabaco.

JUAN ANTONIO.—No es para tanto, Isabel, el cigarrillo, en los labios de una mujer, más que un vicio es una gracia.

ISABEL.—Perdona, Juan Antonio. Había olvidado que Dolores conoce algo de esta gracia y de este vicio.

DON PEDRO.—¿Está aquí tu hermana Dolores?

ISABEL.—Sí, don Pedro. Está pasando vacaciones conmigo. Por eso está Juan Antonio aquí. De otra suerte, estaría ocupado haciendo viajes diarios de La Laguna acá y de aquí a La Laguna. El amor, don Pedro, es la mejor gasolina de estas máquinas que no son de acero. (Rie).

DON PEDRO.—¿Conque esas tenemos? Y no habías dicho nada, Juan Antonio. ¿Conque Dolores y tú?

JUAN ANTONIO.—Si, don Pedro. Dolores y yo. Necesito de ella y ella puede ser que necesite de mí.

DON PEDRO.—Muy bien, muy bien. Si estuviéramos solos, te diría que vas por mal camino. Pero estando las damas delante, sólo puedo decirte: muy bien, muy bien.

CLARITA.—¿Usted no se ha casado nunca, don Pedro?

DON PEDRO.—No, hija. He sabido siempre escapar a tiempo. Esa trampa de que hablan los filósofos, no ha sido suficiente para atraparme. Yo no caigo en trampas.

ISABEL.—Hace mal en decir esto, don Pedro. Usted debe casarse, y cuanto antes mejor. La soledad es la peor consejera.

DON PEDRO.—Para las naturalezas débiles, Isabel. Para los que tienen suficiente coraje vital, sólo la soledad es fuente fecunda del espíritu.

JUAN ANTONIO.—Sólo la compañía de una mujer da sentido a una vida de hombre. Sentido y finalidad.

DON PEDRO.—La vida no tiene sentido. Ni tiene finalidad. Los ideales, las ilusiones, las quimeras, los sueños, son creaciones extrañas a la vida, que subsisten cuando ella ha terminado. Son como esos cristales que brillan al sol en la tierra suave del jardín: subsisten a la muerte de los rosales y brillan indiferentes a la agonía de los claveles.

CLARITA.—Pero el rosal, durante su vida, ha dado rosas que han alegrado el paisaje, que han puesto color en la fronda. El rosal ha cumplido su deber vital.

DON PEDRO.—Las rosas se marchitan al día siguiente, o las corta y se las lleva un paseante. Y en fin de cuentas, el rosal se ha esforzado inútilmente.

CLARITA.—No sea malo, don Pedro.—Mire que me va a hacer llorar si sigue insultando a las rosas. No creo que . . . (Suena la bocina de un automóvil) . . . Ya viene Pepe! (Se dirige alegremente hacia la lateral derecha y sale).

ISABEL.—Qué fiero espadachín se ha vuelto, don Pedro! Se ha batido con nosotros sin retroceder un paso. Y creo que aun ha tocado a Juan Antonio; véalo, si no, como se ha quedado; silencioso y triste. (Ríe).

JUAN ANTONIO.—(Sonriendo) No estoy triste. Sencillamente pensaba en las palabras de don Pedro y me he acordado repentinamente del gran eucalipto que hay en La Laguna, alto y grueso, pero quemado por el rayo. No deje que le toque un rayo, don Pedro.

CLARITA.—(Jovialmente, entrando con Pepe; los brazos de los dos se entrecruzan, en cariñoso abrazo, por detrás de sus espaldas:) Buenas noches, señoras y señores! (Ríe con alegría).

PEPE.—(Soltándose y yendo hacia Isabel, a la que estrecha las manos): **Viejita, buenas noches!**

ISABEL.—(Mirándole a los ojos, con amor:) **Pepe!...** (Presenta:) **Aquí tienes a don Pedro de Villaflores, mi amigo, mi padrino, mi padre. Don Pedro, mi marido...**

PEPE.—(Saluda) **Bien venido a mi casa, don Pedro. Cómo estás, Juan Antonio. Tomen asiento.**

(Se sientan todos: don Pedro en una butaca, cerca de Isabel y de Juan Antonio. Clarita y Pepe cogidos de las manos, en un sofá).

ISABEL.—**Aquí estamos empeñados en convencer a don Pedro de que debe casarse. Y todas nuestras palabras resultan inútiles...**

PEPE.—**Hace bien, don Pedro. No se case nunca. Uno no sabe lo que hace cuando se casa. (Ríe).**

ISABEL.—**Al oírte, cualquiera diría que tu matrimonio es un fracaso.**

PEPE.—**Es una broma, mujer. Dudo que haya un casado más feliz que yo. Y, si me es permitido, debo darle un consejo, don Pedro: cásese!**

DON PEDRO.—**Gracias por su buen deseo, Pepe. Pero creo que soy un tren que viaja con retraso, y la estación se ha cerrado ya, antes de mi llegada.**

PEPE.—(En broma) **No, señor! Parece que usted sintiera alegría atribuyéndose una vejez que no existe. Está recientemente alcanzando la altura, don Pedro, y si no tiene novia, aquí podemos recomendarle a Clarita. (abraza a la chica).**

DON PEDRO.—**Entonces, si. Podemos hacer los preparativos de boda inmediatamente... pero, ¿querrá ella?**

PEPE.—**Claro que si. ¿Verdad Clarita?**

CLARITA.—(Siguiendo la broma) **Naturalmente... somos casi de la misma edad...**

DON PEDRO.—**El casi estuvo acertado. Pero queda otro inconveniente: ¿qué dirá su novio?**

PEPE.—(Rápidamente) **No tiene novio... (transición) me quiere solamente a mí.**

DON PEDRO.—**Entonces, ¿qué dirán sus sueños e ilusiones? Eso si, supongo que tendrá.**

CLARITA.—**¿No se burlaba usted hace poco de los sueños e ilusiones? Claro que los tengo! (Mirando a Pepe) Tengo sueños e ilusiones... A propósito de sueños, anoche tuve uno horroroso, que todavía me hace temblar de miedo.**

JUAN ANTONIO.—**A ver, cuenta! Si tan malo fué el sueño, debemos conocerlo para evitarlo...**

PEPE.—(Estrechando el abrazo; cariñoso) **¿Qué soñaste, Clarita?**

CLARITA.—Estaba paseando por el jardín, y cantaba. Me incliné a recoger algunas violetas cuando apareció, saliendo del macizo de "cartuchos", una serpiente amenazadora. Corrí como loca, dejé caer las violetas y llegué hasta el camino; todavía me perseguía la serpiente y me ganaba terreno. Gritando, salí al medio del camino, en el mismo momento en que cruzaba el automóvil de Pepe, quien al verme, detuvo, me hizo subir, siguió marchando y me abrazó para calmarme. Todavía lloré largo rato, hasta que me dormí reclinada sobre el hombro de Pepe. Cuando desperté, tenía la cabeza descansando sobre un almohadón. (Rien).

ISABEL.—(Imperceptiblemente alterada) Trabajas mucho, Clara. Estás nerviosa. Por eso tienes esas pesadillas...

JUAN ANTONIO.—¿Y qué es de Dolores?

ISABEL.—Estaba haciendo dormir a los niños. Supongo que ya bajará, no te inquietes. Mientras tanto, puedes hacer un poco de música, y si fueras un poco amable, podrías traer un coctel para nosotros. (A Clarita) Clara! ¿quieres ir a ver a Dolores?

(Se deshace el abrazo de Pepe y Clara, y ésta hace mutis por el foro).

JUAN ANTONIO.—Con mucho gusto. (Coloca un disco y sale por la izquierda).

DON PEDRO.—Buena persona el novio de Dolores, ¿no?

ISABEL.—Excelente, don Pedro. Es un muchacho trabajador, correcto, formal, sencillo, y está locamente enamorado de Dolores. Seguramente se casan después de un par de meses. Dolores le quiere también, y creo que podrán ser felices. Todos tienen derecho a la felicidad ¿no le parece?

DON PEDRO.—Me parece un excelente título para un ensayo al estilo de los del doctor Jagot: "El derecho a la felicidad". Si, claro, todos tienen ese derecho, pero pocos consiguen la felicidad...

PEPE.—¿Y usted, don Pedro? ¿Qué ha sido de usted? Creo conocer que estuvo ausente de la tierra como veinte años, ¿no?

DON PEDRO.—Efectivamente. He pasado algo más de veinte años ausente, conociendo mundo...

ISABEL.—¿Y cómo encuentra todo esto después de veinte años?

DON PEDRO.—Esto, como tú dices, se ha transformado, naturalmente. Se ha transformado mucho. La fisonomía de la ciudad es distinta, hay más comodidades, más diversiones, más vida. Pero un regreso, después de tanto tiempo, resulta algo depresivo, algo extraño, que uno no esperaba. Ha pasado tanto tiempo, que los amigos han desaparecido; las filas de los contemporáneos han clareado en forma alarmante y, aquellos que, como tú, Isabel, quedaron niños, se han convertido en personas mayores, que tienen hijos; lo cual, como



comprendes, le hace sentir a uno vergonzosa y falsamente abuelo, con lo que se aplasta todo el entusiasmo inicial del regreso.

PEPE.—¿Y qué quiere usted, don Pedro? Mientras estaba ausente, la vida continuaba aquí su camino y su obra. La vida continúa siempre, aun cuando tenga que destrozar lo que encuentra delante. La vida es la razón suprema...

DON PEDRO.—Sí, cierto. La vida continúa siempre... Uno cree que, por alejarse, por desarraigarse, la vida ha debido detenerse para contemplar la partida y desear el regreso; y encuentra que todo ha seguido igual, indiferentemente, y que el olvido se hizo palpable encima de la sombra del viajero. Tengo cincuenta años, ahora, de los cuales he pasado viajando veinte. Nacido aquí, en la ciudad, al regresar me encuentro solo, como si fuera un extranjero, yo, que he conocido en diversos países del mundo la alegría y el terror de ser un extraño. Mala cosa es la ausencia. Mala cosa para el que se ausenta...

JUAN ANTONIO.—(Entrando, detiene la victrola, cuya música está expirando) Ya vienen los cocteles. Me perdonan, pero voy a traer a Dolores. (Sale por el foro).

ISABEL.—No piense así, don Pedrito. Sobre todo ahora, que está en mi familia, como un miembro de ella, pues lo es de corazón; compartiendo mi vida. Ya no está solo, sin nadie que le cuide, como ha debido estar durante tanto tiempo en sus viajes.

PEPE.—(Bromeando) No lo creas. Seguramente don Pedro tuvo el buen cuidado de conseguir compañía, agradable compañía, en todos los puertos y en todos los hoteles.

DON PEDRO.—Efectivamente, hubo compañía, agradable compañía, más de una vez. Pero, poco a poco, la tarifa, siempre reducible a dinero, de tales compañías, me quitó todo el deseo de buscarlas. Me fui convirtiendo en un solitario por convencimiento y he llegado a descubrir el encanto de la soledad...

(Luisa llega trayendo algunos cocteles en una bandeja que deja sobre una mesita; luego se acerca a Isabel, le dice algo al oído y se retira).

ISABEL.—(Sirviendo) Es una receta de Pepe, le va a gustar... (Beben).

DON PEDRO.—Muy buen coctel; no sabía de estas habilidades tuyas, Pepe.

PEPE.—No son habilidades mías; son de la revista de donde copio las recetas.

ISABEL.—Ya es hora de ir a la mesa. Está lista la comida.

(En este momento entran Juan Antonio y Dolores, tomados de la mano, como dos colegiales enamorados. Dolores es una muchacha de casi 22 años, alta, rubia, elegante, de aspecto agradable

y de espíritu un tanto lírico. Viene también Clarita, que se coloca al lado de Pepe, buscándole los ojos, Isabel los vigila disimuladamente).

JUAN ANTONIO.—Un momento! Ya que no nos han esperado, por lo menos déjenos tomar el coctel. (Presentando) Aquí tiene usted a Dolores, don Pedro, ¿la recuerda?

DON PEDRO.—(Estrechando la mano de Dolores) No la recuerdo absolutamente. Acababa de nacer cuando yo iniciaba mi erranza de hombre inconforme. Dolores, es usted una mujer preciosa!

DOLORES.—(Lánguida) Su cumplido me halaga, don Pedro, a pesar de saber que solamente es un cumplido...

DON PEDRO.—Lo digo de veras, sinceramente.

DOLORES.—Gracias, don Pedro.

JUAN ANTONIO.—Salud, Dolores! (Beben).

ISABEL.—Y ahora, vamos ya. El buen gastrónomo conoce las ventajas de la puntualidad en la mesa.

DON PEDRO.—Y el invitado espera que las reglas de la gastronomía hayan sido seguidas fielmente: la señora cuida de los guisos y el señor de los vinos. (Ríe).

PEPE.—No se preocupe, don Pedro. El vino ha sido seleccionado por mí. (Con Clarita del brazo, y bajo la mirada preocupada de Isabel, inicia el mutis por la izquierda. Juan Antonio y Dolores salen primero).

ISABEL.—(Se apoya en el brazo de don Pedro) Y los guisos han sido escogidos por mí. Teóricamente, el menú es de primera clase. En cuanto a la preparación, será la cocinera la que responda por ella. (Ríe).

DON PEDRO.—(Sin moverse) ¿No podría ver a tus hijos antes de ir a comer?

ISABEL.—Deben estar dormidos ya...

DON PEDRO.—Una mirada nada más... Para conocerlos... ¿quieres?

ISABEL.—Como guste. (A Pepe) ¿Quiéren esperarnos un momento? No nos demoraremos mucho...

PEPE.—Vayan sin cuidado. Los esperamos aquí (Mutis por el foro Isabel y don Pedro. Pepe, soltándose de Clarita, va a la mesilla, toma un cigarrillo, lo enciende y se sienta en cualquier sitio)

(Clarita con cierto espanto por haberse quedado sola con Pepe, inicia una salida.)

CLARITA.—Voy... en busca de mi pañuelo...

PEPE.—¿Por qué quieres irte? Déjame que te vea. Hay pocas ocasiones para verte así. Estás poniéndote muy bonita y en verdad no quisiera que te alejaras de mí. No quisiera que fueras de otro, que te enamoras de algún pelele. ¿No es cierto que me quieres? ¿Era verdad cuando me lo dijiste hace un momento?

CLARITA.—Lo quiero como a un padre; eso ha sido para mí toda la vida.

PEPE.—(En un soliloquio extraño) Tu madre y tú están dentro de mi corazón. Antes eran una sola imagen, la misma cosa, la misma persona. Pero esta imagen se diferencia y se desdobra cada vez más. Te quise como a una hija, es verdad; pero a medida que pasaron los años, tu juventud y tu belleza han ido sustituyendo la figura de la mujer que amé. Y no sé a quién amo verdaderamente. A través de los años, tú has encarnado y sustituido a la muchacha que fué ella. Y te amo a tí sin dejar de amarla a ella. Y le amo a ella porque la veo como tú. Es tu juventud y belleza, que ella ha perdido, lo que me atrae a tí. Y eres tú y eres ella. Y mi amor te llama. . .

(Clarita, que ha escuchado llena de espanto esta divagación, no sabe qué actitud tomar, si de fuga o de acercamiento. Se tapa la cara con las manos, mientras Pepe ha ido acercándose con pasos silenciosos, en que el incesto grita su dolor. Al llegar junto a Clarita, ésta levanta la cabeza, instintivamente, dispuesta a la defensa y él bebe ávidamente en sus labios, que el espanto y desconcierto no saben esquivar).

(Ha sido todo tan rápido que cuando Clarita pretende huir, las voces que llegan del interior paralizan su impulso.)

ISABEL.—(Entra por la izquierda, con don Pedro) Ya estamos de vuelta. ¿Hemos tardado mucho?

PEPE.—No. . . (Sin saber qué decir:) ¿Vamos Clarita? (La muchacha se esfuerza por sonreír y, sin tomar del brazo a Pepe, sale con él por la izquierda).

DON PEDRO.—(Tiene a Isabel del brazo y se dirige también hacia la izquierda) Qué satisfacción tengo al verte así, en plena felicidad. (Se detienen) Porque ¿tú eres feliz, no?

ISABEL.—(Que con ojos de madre y con su corazón de mujer adivinó inmediatamente que algo penoso flotaba en el ambiente:) Sí, don Pedrito. Hasta aquí he sido feliz. Pero. . . tengo un presentimiento que no sé qué es; hay una sombra de algo que empieza a invadir mi vida y mi casa. No sé de qué se trata. Es una sombra. . . Me siento como si estuviera delante de una esfinge que encerrara un misterio, y quisiera saber ya (resuelta) todo el porvenir. . . (Salen)

TELON

## ACTO SEGUNDO

## CUADRO PRIMERO

La misma decoración del acto primero. Algunos días después. Es por la mañana.

(Al levantarse el telón, no hay nadie en escena. Pero casi inmediatamente entra Clarita, con un gran manojo de flores que deja sobre una mesilla. Sale de nuevo, para volver a entrar con una jarra llena de agua y un balde. Se dispone a arreglar los floreros; arroja en el balde de agua vieja que en ellos había, con las flores secas que en ellos murieron; coloca agua nueva y arregla las flores.

Tiene un aire pensativo. Cambia aguas y flores mecánicamente, casi sin fijarse en lo que hace. Después de un momento entra también Isabel; trae entre sus manos un adorno de cojín que va a sobreponer en un almohadón que reposa sobre el sofá. Se sienta silenciosamente, cruza las piernas e inicia su trabajo de aguja. No hay palabras en los primeros momentos, porque están haciendo la vida corriente, de un día también corriente).

CLARITA.—(Después de un momento) Mamá ... (Isabel levanta los ojos, sin decir nada) Oye, yo quisiera... (No deja de trabajar mientras tanto) Yo ya pasé de los diecisiete años de edad, ¿no?

ISABEL.—¿Y a qué viene todo eso? ¿Se puede saber?

CLARITA.—Es que yo quisiera... Ya soy una mujer...

ISABEL.—¿Mujer tú? Apenas eres una chiquilla...

CLARITA.—(Esboza un mohín de disgusto) No, ya soy una mujer. Y aunque fuera una chiquilla... quiero estar preparada para la vida...

ISABEL.—Caramba! Esto es serio...

CLARITA.—(Va a sentarse al lado de Isabel) Sí, mamá. Esto es serio. Tú sabes que estos tiempos no son como los de antes. Quiero estar preparada para vivir. Quiero tener una educación que me permita en cualquier momento ganarme la vida. Aprender idiomas, mecanografía, taquigrafía, en fin, qué se yo. Aprender todo lo que es necesario para trabajar.

ISABEL.—¿Pero qué necesidad tienes de trabajar? ¿Acaso te falta algo?

CLARITA.—No. No me falta nada. Pero apenas si soy ahora algo más que un mueble. Soy una persona que no podría hacer nada en una oficina, que no podría utilizar sus brazos ni su habilidad para hacer nada.

ISABEL.—Pero eso es lo que te estoy diciendo: ¿por qué tienes que ir a una oficina? En tu casa tienes todo. Y si algo te falta, no tienes más que pedírmelo.

CLARITA.—No es eso, precisamente. Es algo más grande. Es la satisfacción de poder decir, al comprar un par de medias, por ejemplo: estos cincuenta sures me los he ganado con mi trabajo. Yo no creo que, por ser mujeres, debemos estar sujetas a la bondad y al cariño de la casa para poder obtener unos centavos. Yo creo que también las mujeres deben valerse por sí mismas.

ISABEL.—Pero esta es una ingratitud tuya. Como si se te negara algo, como si estuvieras encadenada o prisionera. ¿No tienes libertad aquí? ¿No puedes hacer todo lo que se te antoje?

CLARITA.—Pero, mamá, tú lo interpretas mal. ¿Cómo no voy a agradecer siempre la forma en que vivo aquí? El cariño que me tienen todos. Pero lo que yo quiero es otra cosa. Quiero ser, quiero sentirme más bien, una mujer. Quiero saber la fuerza que yo puedo tener frente a la vida, sin ayuda de ninguna clase. Sin ayuda digo, no sin cariño. Cuando me falte tu cariño no sabré qué hacer...

ISABEL.—Bueno, bueno. Lo que quieres es ser una mujercita moderna, que va a una oficina, trabaja sobre una máquina de escribir, tiene que soportar las impertinencias de los empleados y de los jefes, se daña las uñas en las teclas y se mancha las mejillas con el papel carbón. Si eso es lo que quieres, está bien. Pero entonces tienes que aprender todas esas cosas. Veremos un profesor que venga a darte clases...

CLARITA.—No, nada de profesor en la casa. Hay muchísimas escuelas que enseñan esas cosas y con magníficos resultados. Quiero ir a una de esas escuelas.

ISABEL.—Pero no veo la razón de eso, habiendo como hay buenos profesores.

CLARITA.—No, mamá. Quiero ir a una escuela de comercio. Quiero vivir entre compañeras. Tener el estímulo de la presencia de otras personas para seguir cada vez más adelante. Hay en el "Colegio del Sagrado Nombre" una escuela así, de internado, que me gustaría...

ISABEL.—¿Internado has dicho? No, por Dios. ¿Qué te propones para pensar así? Internarte, separarte de nosotros, conocer el encierro de una cárcel para niñas. No puedo consentirlo.

CLARITA.—Sí, mamá. Quiero internarme. Quiero trabajar intensamente, sin distracciones a fin de prepararme lo mejor posible. Quiero salir experta en todas esas cosas que sirven para trabajar. Quiero ganarme el dinero, no solamente para poder comprar un par de medias o un lápiz de labios, sino también para poder satisfacer todo lo que me he imaginado en mi vida: viajar, correr por el mundo, co-

vercer los lugares maravillosos de que hablan los libros, estar un día en un hotel y al día siguiente en un ferrocarril expreso, en busca de un nuevo paisaje y de una nueva emoción. Todo esto quiero conseguirlo por mi misma, con mi esfuerzo, con mi trabajo, con mi sufrimiento. Por eso quiero internarme, para poder aprender todos los idiomas necesarios, para poder entregarme totalmente a mis estudios. ¿No te parece bien?

ISABEL.—¿Pero no te das cuenta de lo que significa un internamiento? Separarte de nosotros, hacer una vida aparte, entibiar los lazos de cariño que tienes aquí.

CLARITA.—Si, claro, es una separación. Pero para mi propio bien. En cuanto al cariño que tengo para todos, nada podrá entibiárlolo. Será siempre el mismo. . .

ISABEL.—No. No. No puedo permitir que te separes de nosotros. Que te separes de mí. Necesito tu presencia en mi casa. Después de todo lo que la vida me dió y me hizo sufrir, tu presencia es un remanso de consuelo que me hace sentir dichosa en cada momento. Cuando tú naciste, yo había sufrido terriblemente, como sufren las mujeres que han sido engañadas. Creí enloquecer de desesperación en esos días. Cuando llegaste, pequeño trozo de carne mía, la calma vino a mi alma y cuidándote todos los días, meciendo tu cuna, cantando en voz baja para que durmieras, encontré de nuevo el ritmo de la vida que se había fugado de mi cielo, y encontré otra vez la confianza en la vida que había perdido en un rato de mala pasión.

Y sin embargo, yo era para la gente una mujer mala. Yo era para los demás un ser que causaba horror. Y contigo en mis brazos, me sentía dispuesta a desafiar toda la maldad y toda la bajeza de esa gente. Y vino entonces mi matrimonio. Me casé con un hombre noble y bueno que te quiso como a su hija y que me proporcionó la inexpressable felicidad de poder mostrarte sin rubor ni vergüenza. Tú y yo debemos tanto a Pepe, el hombre más bueno sobre la tierra. Ha sido tan noble para nosotros.

CLARITA.—(Se estremece al oír este nombre) Pepe. . . precisamente por él quiero internarme. . . para poder darle la satisfacción de verme fuerte, hábil, capaz de trabajar en cualquier cosa. No es una separación de renegada, como tú te imaginas, la que deseo. No voy, con mi internado, a mal pagar tus sacrificios y tus sufrimientos. Pretendo, por el contrario, que llegues a tener orgullo de tu hija. Que puedas alabar y exhibir en cualquier momento, no sólo mi presencia, que en un tiempo te causó rubor, sino también mi valor humano, de mujer inteligente. Quiero valer como hija tuya, para que tengas la satisfacción de haberme dado la existencia. . .

ISABEL.—No. De esta manera no quiero ninguna felicidad. No es necesaria tu separación para que yo tenga el orgullo de tu vida. Ya

tengo yo este orgullo. Ya tengo la felicidad cuando te miro. Esta locura tuya me hace sufrir. Voy a llamar a Pepe para que te hable. (Se dirige hacia la puerta del fondo y llama:) Pepe! Pepe! Baja un momento, ¿quieres? (Regresa y coloca sus dos manos sobre los hombros de su hija) El podrá convencerte, ya que yo no he podido...

CLARITA.—No, es inútil. Ni él podrá convencerme. Estoy decidida. Y ahora me perdonas, tengo que hacer. (Llevando el jarrón de agua, sale apresuradamente por la izquierda). (Isabel, llena de nerviosidad, espera a Pepe).

PEPE.—(Entra por el fondo:) ¿Qué sucede? (En broma) ¿El fin del mundo?

ISABEL.—Clarita ha estado hablando conmigo y me ha dicho que está resuelta a internarse en un Colegio. Quiere aprender idiomas, contabilidad, qué se yo. Quiere ir a un colegio...

PEPE.—¿Clarita? ¿Quiere separarse de nosotros?

ISABEL.—Sí Quiere ganarse la vida, dice. Estar dispuesta para trabajar, tener dinero para viajes... Locuras de ella. Es preciso que la disuadas.

PEPE.—(Pensativo) Quiere alejarse de nosotros...

## TELON

### CUADRO SEGUNDO

Sala de visita en un colegio confesional de señoritas.

Una puerta al foro que da a la calle y una puerta a la izquierda que da al interior del colegio. Puerta a la derecha que comunica con las oficinas de la Dirección.

Divanes, sillas. Un escritorio sin nada encima.

(Entran por el foro Isabel y Dolores. Isabel, en contraste con el cuadro anterior, tiene un aire indiferente y frío que se nota inmediatamente. El ardor de Isabel se ha transmitido, en cambio, a Dolores, quien denota inquietud y ánimo para arreglar la situación de la chica internada).

DOLORES.—Me parece que después de un mes de encierro, habrá tenido suficiente tiempo para pensar y para comprender la barbaridad que está haciendo. ¿No te parece?

ISABEL.—Sí, claro... ¿Es un mes ya?

DOLORES.—Casi un mes, porque se internó el día en que me hice arreglar el cabello y me hice esa permanente tan costosa...

ISABEL.—(Después de un momento de silencio) ¿No habrás dejado en el cine el paraguas que perdiste ayer?

DOLORES.—No, si no lo llevé al cine. Estoy segura de que se quedó en el almacén donde compré ese casimir "beige"... Oye, ¿estas segura de que Clarita se internó por su propia voluntad?

ISABEL.—Si, mujer. Ella lo pidió, e insistió tanto, que hubo que complacerla.

DOLORES.—Es raro... Es la primera vez que sé de una muchacha que pide y ruega para que la internen en un colegio...

(Hay un momento de silencio. La puerta de la derecha se abre y deja pasar a la Madre Superiora del Colegio, que se acerca a saludar. Es una mujer de edad, de aspecto duro que denota carácter enérgico, pero que se ablanda ante los que pagan la crecida pensión y se deshace en elogios, por consiguiente. Habla un español casi correcto, con un leve acento francés en la pronunciación).

SUPERIORA.—Señoras mías! Tengo mucho gusto en verlas aquí.

ISABEL.—Hemos venido a visitar a Clarita.

SUPERIORA.—Es la primera visita, ¿no?

ISABEL.—Si, madre.

SUPERIORA.—Es un magnífico colegio. Tenemos un edificio nuevo, al fondo, que es todo de cemento y que tiene capacidad para doscientas niñas. Hemos hecho construir una nueva capilla para reemplazar a la antigua que estaba ya en ruinas. Pronto vamos a tener una imagen de la virgen que hemos pedido a Francia y que será una maravilla digna de conocerse. Lástima que no tengamos el dinero suficiente para instalar un gabinete de ciencias naturales, según nos aconseja el Inspector de Educación. Pero la falta de dinero paraliza las buenas iniciativas... Si no fuera por Su Ilustrísima, el señor Obispo, que tan bueno es para este colegio, no sé que sería de nosotros...

ISABEL.—Si, sí. Lo comprendemos perfectamente.

DOLORES.—Díganos, madre, ¿cómo está Clarita?

SUPERIORA.—Oh! Clarita. Es una magnífica alumna; trabaja bien, estudia, es muy aplicada. Pero tiene un carácter melancólico que no me gusta. Se pasa las horas de descanso, sola, pensativa, triste. Me gusta más cuando la veo en la Biblioteca soñando sobre los libros de viajes. No sé. No sé... ¿Ha tenido tal vez algún disgusto en la casa?

ISABEL.—No, madre. Ningún disgusto. Vino por su propia voluntad, porque ella lo pidió.

SUPERIORA.—Pues es extraña la chica. Buena alumna sí es. Buena disciplina. Pero no me gusta esa melancolía de su carácter. Ese afán de aislarse, de no estar con las compañeras de su misma edad, jugando como ellas, riendo como ellas.

DOLORES.—Clarita es muy inteligente, madre. Más de lo que corresponde a su edad. Y siempre le ha gustado el trabajo y el estudio. Y tiene, además, una imaginación muy viva. No tiene usted por qué preocuparse.



SUPERIORA.—No, no. Yo no me preocupo. Solamente he querido avisarles todo esto, mis buenas señoras, porque me llamó la atención. Pero, si así es su carácter, no hay nada que hacer. Es buena alumna y la pensión se paga cumplidamente, eso es todo lo que tengo que ver... Aquí viene Clarita.

(Clarita entra por la izquierda. Saluda a la Superiora y a sus visitantes).

SUPERIORA.—Bueno, yo les dejo. Ustedes querrán conversar libremente y yo tengo que trabajar. (Se despide y sale por donde vino).

ISABEL.—¿Cómo estás, Clarita?

CLARITA.—Bien, gracias, mamá. ¿Y ustedes? ¿Cómo están los niños? (Durante todo este cuadro, Clarita da señales de firmeza, pero la risa ya no asoma a sus labios. Hay una seriedad notable en su aspecto).

DOLORES.—Todos están bien. Pero te extrañamos mucho. ¿Todavía insistes en estar aquí, prisionera?

CLARITA.—Todavía quiero estar aquí, interna. No estoy prisionera. Además, cómo podría salir, si apenas he iniciado los cursos, si no he hecho nada de lo que me proponía cuando pedí a mamá que me internara...

ISABEL.—¿Qué idiomas estás siguiendo?

CLARITA.—Todas las chicas tienen opción a elegir un idioma extranjero. Pero yo elegí "francés" e "inglés" a la vez. Quiero aprovechar lo más posible el tiempo que voy a pasar aquí. Con esos dos idiomas se puede dar la vuelta la tierra...

DOLORES.—¿Y tú quieres dar la vuelta a la tierra?

CLARITA.—Sí, Dolores. Quiero viajar. Abrir estas montañas que nos rodean, salir a los grandes campos del mundo, para ver cómo viven las gentes, cómo piensan; para ver las grandes ciudades y los grandes palacios. Para ver el mar...

DOLORES.—Pero para eso no tienes necesidad de encerrarte aquí, en este horrible Colegio, al que estoy empezando a odiar como odiaba mi antiguo internado. Tienes que salir, Clarita. Venir de nuevo con nosotros. ¿No es cierto, Isabel?

ISABEL.—Sí, claro. No sé por qué te empeñas en alejarte de nosotros.

CLARITA.—Si no me alejo. Siempre estaré con ustedes. Siempre estoy pensando en ustedes. Lo que pasa es que quiero un retiro como éste para poder estudiar tranquilamente, para poder dedicarme por entero a mis labores, para poder agotar el tiempo sobre mis libros. Nada más. Pero alejarme de ustedes, no. Eso no podré hacer jamás. Porque ustedes son mi familia, lo único que tengo sobre la tierra, las únicas personas que tienen afecto por mí y a quienes yo quiero.

DOLORES.—Pero entonces, no comprendo la situación. Tú dices que somos lo único que tienes sobre la tierra. Y sin embargo, te refugias aquí, en este caserón triste, cortando los lazos cotidianos que te unen a nosotros. Si lo que quieres es estudiar con tranquilidad, con la más grande de las concentraciones, todo eso lo puedes tener en casa. Basta contratar un profesor y encerrarte en una pieza para estudiar. No te comprendo, Clarita.

CLARITA.—Pero si todo es tan claro. Si no hay que buscar en esto ninguna tragedia. Simplemente quiero estudiar, quiero capacitarme para trabajar, y me encierro en un colegio al que puedo arrancar todo lo que necesito. Mi familia, mi cariño, mi afecto, todo queda intacto, y tanto o más fuerte que antes. Porque aquí, en las veces en que se experimenta la soledad, en aquellas horas destinadas a la meditación, yo me pongo a pensar en ustedes, a recordar cualquier gesto amable de cada uno de los de casa, cualquier episodio que nos hizo reír en su hora. Y siento, en esos momentos, que mi cariño ha crecido, ha aprendido a dar valor exacto a cada persona de mi familia y ha vestido a cada una con los mejores colores. Yo creo que hace bien, un bien enorme, un encierro de esta naturaleza. Sirve para aumentar cariños y para olvidar esas pequeñas cosas que hacen sufrir en la vida corriente. Por lo demás, no estoy en un claustro, como una religiosa. Yo podré salir de aquí cuando quiera. Soy enteramente libre para ello. ¿No es verdad, mamá Isabel?

ISABEL.—Sí, Clarita. Eres libre para hacer tu voluntad. Por ella estás aquí, encerrada y estudiando. Por ella podrás ir a casa cuando gustes. Te recibiremos con los brazos abiertos. Ya lo sabes.

CLARITA.—Gracias. (Cambia la conversación) ¿Y el jardín? ¿Ha crecido el naranjo que planté frente a la galería.

ISABEL.—Ha crecido bastante. Ya hay algunas yemas de flores y supongo que no tardará en estar cubierto de azahares. ¿Recuerdas el árbol de magnolia que estaba a la derecha del callejón central?

CLARITA.—Sí, Sí. ¿Qué le ha pasado?

ISABEL.—Pues que hace algunos días, aquel en que se desató esa terrible tempestad con granizo y con rayos, fué atacado tan violentamente por el viento que no pudo resistir y se vino al suelo. Era de ver al día siguiente las flores y los botones cubiertos de lodo, sin vida, por el fango. Me ha dado mucha pena.

CLARITA.—¿Y qué pasó con el diente de mi sobrina, se le cayó ya?

DOLORES.—Ya se le cayó. Fué preciso amarrar un hilito en el diente y hacer toda una comedia para que ella misma tirara y arrancara el diente.

ISABEL.—Ya le está saliendo el nuevo. (Pausa) Está haciéndose tarde...

CLARITA.—¿Se van ya? No dejen de venir a visitarme. Tengo mucha alegría. Y traigan a los chicos en la próxima visita... (Se levantan los tres).

DOLORES.—Bueno, Clarita. Que pases bien. Cuidate mucho y piensa en lo que te he dicho. No vale la pena estar prisionera.

ISABEL.—Estudia mucho, hija mía. Y no nos olvides.

CLARITA.—No, no. Eso nunca. Adiós. Vengan pronto a verme...

## TELON

## CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro anterior. Han pasado dos meses.

(La escena desierta por un momento. Entra Pepe por el foro y en su actitud se revela una nerviosidad e inquietud que están muy lejos del cinismo que demostraba en el Acto I. Deja su sombrero en cualquier rincón, y se pasea agitado. Poco después, entra Clarita por la izquierda).

CLARITA.—(Deteniéndose en la puerta) **Pepe!** (Hay un primer impulso en ella para correr hacia Pepe; pero consigue dominarlo y realizar una entrada lenta. Durante el siguiente diálogo, hay en Clarita un gran dominio de sí misma.)

PEPE.—**Clarita!** (Es un grito apasionado. Va hacia ella, la toma de las manos y la conduce hasta el centro de la escena, al lado de la mesa. La mira intensamente, con insistencia molesta).

CLARITA.—Por fin se ha decidido a venir a ver a esta reclusa. Creía que me había olvidado... Dos meses enteros sin acordarse de mí...

PEPE.—Dos meses de infierno... Dos meses terribles, en que cada tarde era una agonía y cada mañana una esperanza que nacía muerta...

CLARITA.—¿Por qué? ¿Tal vez los negocios van mal? ¿O es que está enfermo?

PEPE.—¿Qué me importan los negocios? ¿Qué me importa de mí mismo? Era por ti, Clarita. Dos meses sin ti, dos meses de vacilaciones. Pero al fin me he decidido y estoy resuelto a conseguir lo que quiero.

CLARITA.—¿Por mí, dice? Pero si yo he dejado todas las cosas perfectamente bien hechas y terminadas. El libro de contabilidad que estaba a mi cargo dió el balance exacto. El registro de repuestos estaba al día. No comprendo...

PEPE.—Era por ti, Clarita. Porque te amo. Porque me he quedado lentamente en esta pasión que siento por ti. Durante estos dos

meses, no ha habido día en que no piense en ti; en que no venga a rondar por el colegio, furtivamente, como un malhechor, sin atreverme a entrar.

CLARITA.—¿Pues qué, tanto le atemoriza una niña? Piense en que soy una niña todavía, Pepe...

PEPE.—Sí, una niña. Una muchacha en flor de juventud. Que me ha enloquecido precisamente por su juventud. Te quiero, Clarita. Ya te lo dije hace tiempo. Te quiero como no puede querer ningún hombre. Con desesperación, con locura. Durante estos dos meses, al caer la tarde, aquí cerca, en la calle, he estado mirando las ventanas de tu Colegio, espiando las luces que se encendían una a una, procurando adivinar la tuya, sintiendo tu presencia y muriéndome lentamente al no verte. Ya no pude más con este tormento, y hoy he venido, te he hecho llamar, para poder contemplarte con mis ojos, para poder decirte con mi voz, así como estoy haciéndolo, que te quiero, que te quiero siempre. Y tú también me quieres, ¿no es cierto?

CLARITA.—Mire, Pepe. No está bien. Acaba usted de decirlo. Este es un amor de malhechor. Un amor imposible. Y porque lo he sentido así, me he alejado de casa, me he sepultado en este caserón monótono y frío. No tenemos derecho para destruir la felicidad de quienes nos aman. Piense en Isabel. Piense en los chicos. No tiene usted derecho para destrozar todo eso...

PEPE.—Yo tengo derecho a ser feliz. Y mi felicidad está en ti, Clarita. Lo he visto perfectamente en estas noches pasadas en que el sueño me abandonó así como me abandonaste tú. Pero es necesario que me digas. ¿Me quieres, Clarita?

CLARITA.—Es mejor no hablar así, Pepe. No quiero turbar mi paz. No debo escuchar sus palabras. (Va hacia un diván lateral y toma asiento) Venga acá. Le voy a contar mis últimos adelantos en el Colegio...

PEPE.—(Va hacia ella y se sienta al lado) No, Clarita. No desvies así nuestras pasiones. Es necesario resolver este problema, y lo resolveremos en este momento.

CLARITA.—(Continuando su intento) En el plan de geografía que estudiamos me parece inútil el empeño que pone la profesora...

PEPE.—(Interrumpe) No, Clarita. No quieras eludir lo que te digo. Es para mí la vida entera. Y para ti también. Es nuestra vida la que está en estos momentos en nuestras manos. Te quiero, Clarita. Es necesario que te vengas conmigo.

CLARITA.—(Cambia el tratamiento) ¿Ir contigo? No... yo me iré sola. Estoy precisamente aprendiendo a andar. Yo puedo irme sola, pero tú no puedes abandonar a los tuyos. Tienes responsabilidades, tienes vidas que dependen de ti.

PEPE.—La mía depende de ti, Clarita. Si tú no me quieres, estoy decidido a abandonarlo todo, a expatriarme, a desterrarme. En alguna parte podré enterrar mi pasión, y en algún rincón podré morir-me pronunciando tu nombre. Estoy decidido a irme de aquí. La suerte de los míos será la misma con o sin ti. Lo único que se decide es nuestra suerte. O la felicidad para siempre, o la tortura espiritual eterna. Estoy dispuesto a alejarme. Déjame que te lleve conmigo.

CLARITA.—Pero Pepe, ¿no comprendes la terrible tragedia que hay en esta situación? ¿No ves que es mi madre, que son mis hermanos, que son los seres que más debo querer y respetar los que tendrán que sufrir por mi culpa? ¿Crees que pueda alguna vez limpiarme de una mancha semejante?

PEPE.—Pues entonces, si tú lo quieres, si me niegas tu amor, dejaré de verte. Ya no turbaré tu paz. Me iré para siempre, y seré un desgraciado más que rueda por los caminos del mundo. Mañana salgo de la ciudad. (Se levanta desolado y se dirige a tomar el sombrero).

CLARITA.—(En un grito de angustia) Pepe, no! No te vayas. Te quiero! (La frialdad y el dominio de ella se han quebrado ante la amenaza. Va hacia Pepe y le abraza llorando) Te quiero, Pepe...

PEPE.—(Besándola) Clarita! Mi amor! Ya lo sabía yo. No podía ser un engaño mi pasión.

CLARITA.—¿Te irás?...

PEPE.—Nos iremos Clarita. Aquí no podemos esperar encontrar la felicidad. La maldad y la hipocresía de las gentes nos perseguirán sin descanso. Tenemos que irnos. A cualquier parte. A cualquier sitio. Donde no nos conozcan. Donde podamos construir nuestra vida poco a poco, en silencio, con amor y con ternura. ¿Cómo puedes salir?

CLARITA.—Pero esto es terrible. ¿Cómo podemos estar hablando así, sabiendo la abrumadora tragedia que nos envuelve y la que dejaremos?

PEPE.—Podemos hacerlo porque sabemos que vamos a salir de la tragedia. Como los naufragos que se desesperan por llegar a la orilla, abandonando el mar que puede serles fatal. Así estamos nosotros, buscando la playa de salvación. Y tenemos que huir para acercarnos a ella. ¿Cuándo podrás salir?

CLARITA.—Después de dos días hay salida. A medio día. Tenemos toda la tarde libre...

PEPE.—Pues bien, después de dos días, a las doce, estaré esperándote en un automóvil frente al Colegio. Supongo que no habrá dificultad ninguna en que te desprendas de tus compañeras y vengas conmigo...

CLARITA.—No, no. Pero todavía me parece terrible lo que hacemos. Es una herida mortal la que causo a mi madre. Un sacrilegio que no podrá perdonar nunca.

PEPE.—Siempre la felicidad de unos se hace a costa del trabajo, de la miseria o de la envidia de los otros. Yo destruyo mi hogar. Abandono a mi mujer y a mis hijos. Pero tengo derecho a mi amor. Tengo derecho a vivir y a ser feliz. Tú tienes también esos derechos, y nadie puede quitártelos. La vida hay que lucharla. Y hay que conquistar el premio final. No importa cuáles sean los medios, y quiénes caigan ante nuestro paso. Que nosotros alcancemos la cumbre, es todo lo que debe importarnos...

CLARITA.—¿Quién puso semejante veneno en nuestras vidas? ¿Qué fatalidad hizo nacer este amor entre los dos? ¿Cómo puedo yo volverme así contra mi madre? (Llora).

PEPE.—No llores, amor! Vamos a conquistar nuestra vida, y es menester acometer la aventura de frente, serenamente, con todo el ánimo dispuesto para la lucha y para el triunfo. ¿Después de dos días?

CLARITA.—(Asiente) Después de dos días... A buscar la playa...

## TELON

### ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. El "saloncillo elegante" y risueño, se ha convertido en un saloncillo sobrio, serio y adulto.

Ya no hay lamparillas sobre las mesas. Ha desaparecido la victrola; continúa la radio.

Son las cinco de la tarde.

(Al levantarse el telón, está Juan Antonio solo, fumando un cigarrillo y contemplando algún tapiz o cuadro de pared, mientras hace cálculos mentales en alta voz, sin importarle el tapiz o el cuadro).

JUAN ANTONIO.—(Echando cuentas): Seiscientos metros, a cincuenta... treinta mil... y doscientos de construcción, a ciento cuarenta... veintiocho mil... cincuenta y ocho mil... es decir... quinientos ochenta mensuales que, con el sueldo dan mil ochenta... mil ochenta!...

DOLORES.—(Viniendo del foro, ha oído las palabras finales:) ¿Qué son esos mil ochenta, se puede saber? ¿Mil ochenta noches para contar cuentos, o mil ochenta suces de deuda?

JUAN ANTONIO.—(Volviéndose, con expresión feliz y tomándole de las manos) Dolores! (En tono de reproche) Llevo media hora esperando...

DOLORES.—No puede ser! Acaban de avisarme que estás aquí; me he arreglado el peinado, y he bajado. En suma, cinco minutos, cuando más.

JUAN ANTONIO.—Pues a mi me pareció media hora. (Cambiano) ¿Cómo está, Isabel?

DOLORES.—Tiene una presencia de ánimo que espanta. Yo, que soy su hermana, no habría creído tanto. Se ha hecho cargo de la casa como si no hubiera pasado nada; ha disminuído el tren de vida; sigue enviando a la escuela a los niños y, ayer no más, rechazó al socio de Pepe que quería hacerle firmar una constancia de un dinero que tenía que entregarle, diciendo que no tiene que cobrar nada, que Pepe no le debe nada.

JUAN ANTONIO.—¿Se ha sabido algo de Pepe y Clara?

DOLORES.—Han regresado ya del puerto, y sabemos que están viviendo en una casa por el Norte. Isabel hace como si no existieran; no le interesan estas noticias. Pero bueno, dime, ¿qué cuentas hacías cuando entré?

JUAN ANTONIO.—Estaba haciendo el cálculo de lo que nos va a producir la casita nueva, que está ya al terminarse.

DOLORES.—¿Y cuánto es?

JUAN ANTONIO.—Pues, poniendo a cincuenta sucres los seiscientos metros de terreno...

DOLORES.—A cincuenta no más? En ese barrio debe valer mucho más...

JUAN ANTONIO.—No. Ahí está a cincuenta. En los lotes delanteros claro que cuesta más, pero en el sitio en que está el nuestro, no. A cincuenta, pues, da treinta mil; y los doscientos metros de edificación, poniéndolos a ciento cuarenta...

DOLORES.—¿Sólo a ciento cuarenta? Fíjate que son buenos materiales y cimientos profundos...

JUAN ANTONIO.—Ya he hecho los cálculos. Sale a ciento cuarenta el metro, lo que da veintiocho mil sucres. Es decir que la casa vale en total cincuenta y ocho mil sucres, o sea, una renta mensual de arriendo de quinientos ochenta sucres.

DOLORES.—Lo que es yo, no arriendo por menos de setecientos sucres. Ya verás.

JUAN ANTONIO.—Bueno, bueno... (Transición) Recibí ya el aviso de que han despachado tu equipo de novia; supongo que estará aquí después de quince días.

DOLORES.—¿Ya mandaste a hacer los partes?

JUAN ANTONIO.—Ya. Todo está listo. (En broma) No falta sino la novia...

DOLORES.—La novia está lista también...

JUAN ANTONIO.—Quiero decir el vestido de la novia...

DOLORES.—¿Mandarían todo completo?

JUAN ANTONIO.—(Sin saber qué responder) Supongo...

(Suena un timbre. Dolores se levanta, va hacia la derecha y regresa con Don Pedro).

DON PEDRO.—(Saludando) ¿Y cómo están los novios? ¿Ya están preparados?

DOLORES.—Todo está listo, Don Pedro.

JUAN ANTONIO.—(Repitiendo la broma) No falta sino la novia...

DOLORES.—No es cierto, la novia también está lista.

JUAN ANTONIO.—Falta el vestido de la novia...

DON PEDRO.—Y sin vestido, no hay novia, claro. (A Dolores:) ¿Quieres avisar a Isabel que estoy aquí? Me llamó para esta hora...

DOLORES.—Voy enseguida. (Mutis foro).

JUAN ANTONIO.—¿Le llamó Isabel?

DON PEDRO.—Sí, parece que quiere que me entienda en los trámites del divorcio...

JUAN ANTONIO.—Pobre Isabel!

DON PEDRO.—Es admirable, Isabel. A pesar de la terrible tragedia que le ha caído encima, conserva su dignidad, su serenidad, en forma inverosímil. No lo habría creído en ella...

JUAN ANTONIO.—(Pensativo) Sí que debe ser grave quedarse sin marido.

DON PEDRO.—Es que no es eso sólo. No es solamente quedarse sin marido. Cualquier mujer puede quedarse sin marido. Cualquier marido puede irse y traicionar a su mujer. Este caso es más terrible todavía.

JUAN ANTONIO.—(Volviendo a manifestarse pensativo) Sí, claro. El divorcio...

DON PEDRO.—(Explicativo) Lo que le pasa a Isabel es mucho más que eso; es algo extraordinario. Es la hija que roba el marido a la madre. Es la hermana que deja sin padre a los hermanos. Es... cómo diría... es algo terrible. Como de tragedia griega. (hablando consigo mismo): Es que es una tragedia griega! Es la tragedia de Edipo con los términos revertidos.

JUAN ANTONIO.—¿La tragedia de qué dice?

DON PEDRO.—De Edipo... La hija que ama a su padre... Es claro... Estaba ciego cuando no pude comprender y adivinar.

JUAN ANTONIO.—¿Cuándo?

DON PEDRO.—¿Recuerdas cuando vine la primera vez a comer en esta casa? Estabas tú, Isabel sentada allí, Pepe y Clarita sentados en



este sofá, y yo estaba aquí... Hacíamos bromas acerca de mi matrimonio con Clarita, cuando ella nos contó un sueño.

JUAN ANTONIO.—Si, lo recuerdo. Algo de unas violetas...

DON PEDRO.—Y de una serpiente, ¿recuerdas? Había una serpiente. Y era Pepe quien la salvaba en el sueño, y la llevaba en su automóvil, y la hacía dormir. Estaba claro todo...

JUAN ANTONIO.—No comprendo...

DON PEDRO.—Yo tampoco lo comprendí, entonces. No le di importancia. Pero estaba claro.

JUAN ANTONIO.—¿Por qué?

DON PEDRO.—(Explicando) Los sueños son manifestaciones de lo subconsciente. Hay toda una vida que permanece en la sombra, y que no se revela a la inteligencia, que bulle permanentemente en nuestro espíritu. Los sueños son la clave de esa vida. Los sueños tienen un simbolismo y hablan de aquellos complejos psicológicos que determinan la vida de los individuos. Y en este caso habían, claro que había, el complejo de Edipo... La serpiente, el automóvil... Pepe... (ensimismado) contornos interesantes del complejo de Edipo...

JUAN ANTONIO.—¿El complejo de Edipo?

DON PEDRO.—Si: el amor escondido del hijo a la madre y de la hija al padre. Había el complejo! Era inevitable...

JUAN ANTONIO.—Aquí viene Isabel.

ISABEL.—(Por el foro, con Dolores) Buenas tardes, don Pedrito.

(Isabel está aún más bella, en su vestido severamente oscuro y en su porte erguido. Se ve que lucha con el dolor y que hace esfuerzos para no dejarse vencer)

DON PEDRO.—Ya sabes que puedes contar conmigo. ¿Qué novedades tienes?

ISABEL.—(Con los ojos bajos) Pepe quiere el divorcio...

DON PEDRO.—¿Y tú?

DOLORES.—(Discretamente) Acompañame Juan Antonio, tengo que enseñarte unas fotografías. (A los otros:) Perdón, regresamos enseguida. (Salen).

DON PEDRO.—(repetiendo) ¿Y tú, quieres divorciarte?

ISABEL.—(rápida) Naturalmente. ¿O es que cree que puedo continuar manteniendo ningún lazo con ese hombre?

DON PEDRO.—¿No podría haber una reconciliación entre los dos?

ISABEL.—No, don Pedro. No podría haberla. Después de lo que ha pasado, y ha pasado algo demasiado monstruoso para mencionarlo siquiera, mi vida se ha dividido en dos partes: el pasado, todo ese pasado lleno de felicidad que usted conoció al final, y que se extiende hasta el día de la tragedia, y el porvenir, un porvenir incierto,

del que no sé nada, pero en el que combatiré sin bajar la cabeza y con ansia de triunfar.

DON PEDRO.—El futuro es consecuencia del pasado...

ISABEL.—Para mí, no. Mi pasado se ha muerto, no existe. Lo he olvidado.

DON PEDRO.—No podrás olvidarlo aunque lo quieras. Será siempre un presente atormentador en cada hora de tu vida.

ISABEL.—Es que quiero olvidar todo, don Pedro. Es que no quiero hablar más de ésto. Lo que quiero pedirle es...

DON PEDRO.—(interrumpiendo:) Perdona, lo que quiero decirte —y voy a decirte para quedar perfectamente tranquilo—, es esto: ¿no quieres que hable yo personalmente con Pepe para buscar algún arreglo?

ISABEL.—Le prohíbo, don Pedro... Su cariño le hace creer que es un deber suyo tratar de rehacer lo que está destrozado. Y eso no. Mi vida se ha hecho pedazos, es cierto, pero soy yo sola la que se encargará de componerla, por mis hijos, por mí... (la energía inicial se quiebra y la mujer solloza, al fin. No es más que una mujer).

DON PEDRO.—Bueno, bueno, hija. Sabes que me tienes a mí. Haré lo que quieras. No llores. Las lágrimas son sólo agua salada. Y son malas.

ISABEL.—Ya pasó. Ya no lloro...

DON PEDRO.—¿Decías que Pepe quiere divorciarse? ¿Te lo ha dicho?

ISABEL.—Me mandó a decir. Un socio de él, que vino con el odioso encargo de darme algún dinero de parte de Pepe —y que yo rechacé, naturalmente—, me dijo también, como accidentalmente, que lo más conveniente en esta situación es un divorcio enseguida. Que Pepe está listo. Que yo tendría que comprender las cosas de la vida, y no sé qué más... Despedí a ese hombre y le llamé a usted.

DON PEDRO.—¿Y qué quieres que haga?

ISABEL.—Voy a abusar de su cariño. Tengo que hacerlo. Quiero que usted se entienda en todo esto. Estoy lista para el divorcio, pero no quiero presentarme para nada, menos tener que encontrarme con Pepe. ¿Comprende?

DON PEDRO.—Perfectamente. Quieres que sea tu representante. Muy bien. Mañana veré a mi abogado y le pediré que inicie las gestiones necesarias. Las firmas indispensables, si, tendrás que dar. Habrá que molestarte con eso.

ISABEL.—Esta bien. Lo que tenga que hacer o firmar lo haré aquí, en mi casa. Lo que haya de hacerse en la calle y con Pepe, lo hará usted. Yo no quiero intervenir para nada.

DON PEDRO.—Se hará como tú dices. ¿Y que piensas hacer después? ¿Cómo te vas a arreglar para seguir viviendo?

ISABEL.—No se preocupe. La parte que me toca de la hacienda me van a entregar inmediatamente. Con eso viviré hasta que se acabe. Después... Trabajaré. Soy fuerte y puedo hacerlo! Más tarde, quizás, mis hijos trabajarán y yo podré descansar...

DON PEDRO.—Ya sabes: yo estaré siempre contigo. Tus alegrías son mías y quiero que tus sufrimientos también lo sean...

ISABEL.—No, Don Pedro. No tendrá usted que inquietarse por nada. No es justo, además, que comparta mis sufrimientos...

DON PEDRO.—¿Por qué? ¿Acaso crees que es difícil compartir los sufrimientos ajenos? Más difícil es compartir las alegrías. Hay algo egoísta en nosotros, que nos hace desear que el prójimo sufra para poder adoptar una actitud superior de protección. Cuando el amigo o compañero triunfa y vive en la alegría, es sumamente difícil bajar de esa actitud superior para ir, sinceramente, a regocijarse con él, con esos triunfos suyos, en los que no tenemos la menor parte y que se deben únicamente a su propia fuerza... En este caso, halagarías mi egoísmo, dejándome compartir tus sufrimientos.

JUAN ANTONIO.—(Entrando por el foro): Han traído ya los muebles (A Isabel:) ¿Los has visto?

ISABEL.—Los he visto.

JUAN ANTONIO.—¿Te gustan?

ISABEL.—Están bonitos.

JUAN ANTONIO.—(Sin disminuir su entusiasmo, a don Pedro:) ¿Quiere usted verlos, don Pedro?

DON PEDRO.—Con mucho gusto.

JUAN ANTONIO.—Entonces, vamos! Se va a asombrar de mis muebles, don Pedro. Sinceramente le digo. Qué madera! Qué acabado! (Salen por el foro).

La escena queda desierta por un momento. Suena un timbre y aparece Dolores, quien cruza la escena desde el foro hacia el lateral derecho y regresa a poco con Pepe.)

DOLORES.—Ha hecho usted mal en venir, Isabel no le recibirá.

PEPE.—Debo hablar con Isabel. Tengo que hacerlo. Tengo que aclarar mi situación. No puedo irme de aquí furtivamente, como un malhechor. Es necesario que oiga mis razones. ¿Quiere avisarle? (Sale Dolores).

(Queda Pepe un rato solo. Hay alguna nerviosidad en su actitud. La espera le produce desasosiego).

DON PEDRO.—(Entrando por el foro:) Buenas tardes, Pepe.

PEPE.—(Regresándose) Buenas tardes, don Pedro. (Las palabras de los dos personajes son frías y secas. No se dan las manos.) ¿Viene Isabel?

DON PEDRO.—No viene. Se niega a verle.

PEPE.—Pero es que quiero hablar con ella!

DON PEDRO.—Ella no quiere hablar con usted. Me ha dicho que lo exprese así. Lo que usted tenga que decir, me lo dice a mí.  
PEPE.—A usted no tengo que decirle nada...

DON PEDRO.—Mire, Pepe. Isabel no quiere saber nada de usted. Me ha nombrado su representante para todas las gestiones del divorcio. He intentado obtener su autorización para ver si es posible lograr una reconciliación entre los dos...

PEPE.—(Interrumpiendo) Eso es absurdo!

DON PEDRO.—Lo mismo dijo ella. No quiere nada de usted, no quiere verlo ni hablarlo. Quiere olvidarlo. Más aún, quiere hacer que muera en su pensamiento.

PEPE.—Lo comprendo, y no tengo ningún reproche contra eso. Pero es necesario que ella también me comprenda, que me escuche. No para que me perdone, que no vengo a pedir eso, sino para que me comprenda.

DON PEDRO.—¿Y que quiere usted que comprenda? ¿No está todo claro? ¿Terriblemente claro? ¿No se ha ido usted con su hija? ¿No ha ultrajado a la madre por su (con intención) amor a la hija? ¿Y no deja usted en sus hijos el recuerdo horrendo de la hermana que fué rival victoriosa de la madre? Lo que ha hecho usted es inmoral, y su inexplicable presencia en este momento es cínica y repugnante.

PEPE.—Usted da a las cosas una gravedad que no tienen. Es inmoral, dice. Para usted, para su pensamiento de hombre viejo, puede serlo. Para mí, no. Porque es el amor de un hombre para una mujer. Eso no es nunca inmoral, señor. Clara me ama, y yo a ella. Usted califica esto de inmoral. Yo creo que solamente es la vida la que sigue adelante. ¿Recuerda que una vez dije que la vida es implacable? He aquí un ejemplo...

DON PEDRO.—Pero es que ese amor no puede ser. Es contrario a todas las leyes. ¿Podrían casarse los dos? Creo que no. ¿Y entonces? ¿Vivir en eterna actitud de escondite? ¿Vivir siempre clandestinamente, avergonzados, como delincuentes? Así no conocerán la felicidad...

PEPE.—(Furioso) ¿Qué sabe usted? Es la vida que palpita entre los dos. Esa vida que se le está acabando a usted. Acabando en medio de normas morales y en medio de buenos consejos. ¿Querría usted que mintiera? Ya no amaba a Isabel, y quería con delirio a Clara. He sido consecuente conmigo. Me he ido con la mujer que yo amaba, como todos los hombres.

JUAN ANTONIO.—(Entra este momento por el foro sin saludar:) Don Pedro! Isabel dice que esta conferencia está durando demasiado!...

DON PEDRO.—(Sin hacerle caso. A Pepe:) Naturalmente, todo hombre se va con la mujer que ama. Aquí tiene usted a Juan

Antonio: está preparándose para irse con la mujer que su corazón ha escogido. Pero se va con la frente alta, dignamente, orgullosamente, sin dejar detrás ni un mal recuerdo ni un dolor...

PEPE.—El amor, Don Pedro, es tranquilo unas veces y tempestuoso otras. Tranquilo y tempestuoso para los que lo observan, que para los que lo sienten es siempre igual: fuente de inquietudes. El amor de Juan Antonio es un amor tranquilo, quieto, pero supongo que causará también, en él y en Dolores, inquietudes y temores. El amor es así, y el mío, por ser mío, es grandioso y es humano. Ustedes no pueden comprenderlo por que están atados por los prejuicios, porque están cegados por las convenciones...

DON PEDRO.—Ni los prejuicios ni las convenciones añaden ni quitan nada a su caso, Pepe. Su caso es diferente. Es monstruoso y es inhumano. Clara es casi su hija... Es la hermana de sus hijos. La vida suya y la vida de ella marchan precipitadamente hacia un abismo.

PEPE.—(Riendo) Tendremos buen cuidado de no caer, descuide, don Pedro. Ya sé que ustedes querrán que suceda así. Pero yo lo impediré. Yo camino siempre seguro de mis pasos. Y ahora, sé perfectamente por dónde voy y a dónde voy...

DON PEDRO.—Yo también sé a donde va usted: está marchando contra el muro, y puede ser que al final se rompa la cabeza o se rompa el muro, aún cuando lo primero es más probable. Usted es un hombre indigno, y se convertirá en un proscrito al que nadie querrá ni siquiera dirigir la palabra...

PEPE.—Y usted es un hombre austero, dignísimo, que no comprende el corazón humano sino cuando da el número de latidos que indican los libros. Usted es un hombre miope, que se ha quedado seco sin conocer el amor, y que quiere legislar sobre el amor. Perteneció a esa clase de hombres que, con el libro de moral bajo el brazo, recorren las casas de la ciudad para comprobar si los hombres y las mujeres viven de acuerdo con su código. Maldito código y malditos puritanos...

DON PEDRO.—(Interrumpiendo, enérgico): Basta! No tolero más insultos. Salga usted de esta casa!

PEPE.—Esta casa es mía! Y yo podría pedirle a usted que la abandone...

DON PEDRO.—Esta casa es de Isabel! Y en nombre de ella, hágame el favor de salir inmediatamente!

PEPE.—Está bien (burlonamente), respetable anciano. No se excite que puede hacerle daño a esa cosa grasienta y arrugada que tiene por corazón. Me voy, pero dígame a Isabel que he venido, lealmente, a "explicar nuestro caso", como dice usted. (Ríe y sale).

DON PEDRO.—(Mirando la puerta por donde salió Pepe:) Lealmente!... Canalla!

JUAN ANTONIO.—¿No le dije? Es un hombre que da miedo... Es un demonio!

DON PEDRO.—Un demonio... ¿ese? No... ¿Quién sabe? (Transición) Bueno, el primer acto de la comedia se ha terminado; los personajes cargan con su destino y yo... Yo soy el espectador!

JUAN ANTONIO.—¿Comedia?

DON PEDRO.—Si... Tragedia más bien. Y yo soy el espectador. Y voy a esperar el momento inevitable en que Edipo pronunciará las dolorosas palabras:

(Lentamente:) "Ya aparecí quien soy: nací de quienes mejor me fuera nunca haber nacido, me uní con quien jamás debiera unirme, y a quien menos debiera dír la muerte..."

JUAN ANTONIO.—¿Versos?

DON PEDRO.—Versos, Juan Antonio. Nada más que versos... (Transición) Pero, olvidemos ya todo esto. Ahora hay que atender a tu matrimonio. Sobre las ruinas destrozadas por el tiempo, vuelven a florecer las plantas... (Salem).

TELON

J A I M E      B A R R E R A      B.

# EL NUEVO FAUSTO

Este nuevo Fausto está madurando sobre la flagelación de su reciente locura y el acorde medido de sus contenciones. Se advierte, tal vez, en la gracia sinuosa que revienta en sus mañanas hechas de optimismo y en la casi melancolía de sus tardes, que no cuenta siquiera, y acaso para su fortuna, con la vehemente proveeduría mefistofélica. Tiene en el labio, como en un regusto, el sabor de los recuerdos, y la sonrisa en la que se pliega, que parece iluminada por la satisfacción de las conquistas que se le suponen, es solo como la huella sapiente, de su triunfo que se sabe perenne, de no llegar. Porque este nuevo Fausto ha querido prevenirse de la fatiga de los finales. Y si busca algún rejuvenecimiento, es el de impedir que le sople en el rostro la ceniza del gozo. Fausto, a medias cartujo y a trechos mundano, exprime de sus alegrías la lágrima en la que, al cabo, se condensan y se compendian, como la mina del carbón que se cuaja en el diamante. Alegrías que se hacen, al fin, como de sombra apiñada, y que se queman a veces, en iluminaciones rojizas, en detonante chisporroteo, forma del fuego que pudiera estar prendiendo un Mefistófeles ausente, porque el nuevo Fausto no ha querido pactar nada sobre este puente móvil de la existencia y si logra salvarse es el por el perfil de su espíritu, alentado por su marcha elevada, mientras con su frente en golfo y sus labios elocuentes, se defiende de la espectación con su apariencia de no merecer y su a veces lánguida caminata, como que no se le siguiera ni se le esperara.

Y allí está, frente a los libros varios y cerca de los papeles de letra singular, revolando sobre el estetismo y sin pretender otra alquimia que la de los días que vendrán. Pero en cada vez más hay un cristalino ambiente en su redoma que se aleja de la superstición y del milagro. Ha tronchado, en la floresta de sus versos, la rama quebradiza del lamento. Fausto nuevo está en trance de superaciones. Su hábil progresión logra tomar, pero sin inmiscuirse, los resortes de la vida. Y ya le es dado, desde los planos que en antes le parecieran difíciles, asistir a una suerte de destino que se traza

en geometrías alternas de voluntad y de aventura. Y es que el nuevo Fausto, después de su agonía, y ya sin alacritudes precoces, divisa en un contorno realístico, con sus finas agujas y su achatamiento temporal, a las torres de la esperanza. Sobrias y perecederas, y ahora más que para el desbrujamiento del Werther para la música de las campanas que en la mañana de Resurrección impulsaron al Fausto de otrora a seguir en la vida agridulce, hecha de néctares y de ácidos y en donde ha de comprenderse y recibirse, con valor resignado y entereza de vencer, el regalo menudo y venenoso del escorpión.

Este Fausto nuevo hubiera escrito el libro más discordante y genial de los tiempos. Un libro de tóxico y de santificaciones. Con la visión extraída de sus raros onirismos. Con una metáfora de nardo surgiendo de un círculo quemante. Nardo fresco y enlucrado como si estuviese lleno de rocío. Un libro de profundidad oscura, y orientado, no obstante, hacia una cumbre, en cuyo vértice, si cupiera ese remate en lo inmensurable, se prendería la mejor estrella. Un libro prometeico y alado, de trágica sujeción a la roca y de vuelo de Anteo, de paraíso y escatología, pues que hubo de ver como pocos, en esos conciertos que deslumbran y son para la latitud de aquí como un breve aletazo de la eternidad, el contacto violento, como de beso cósmico, de la muerte y de la vida y del amor y el odio. Por eso ha querido que se quedara el libro, con la virtud de los libros supremos, de los únicos, en la zona de lo no comenzado. Y regresar a la vereda del cotidianismo, sin la responsabilidad de Margaritas seducibles y sin la codicia de inencontrables Helenas.

Este Fausto nuevo sabe, con acendramiento, que los contornos de su gracia en madurez, su faz perfecta y su angustia aristada, ya no han de hallar el Goethe que los identifique y los reconozca. Prevenido parece estar para las horas mediocres y al asalto de un Mefistófeles cretino, ya sin el penacho del otro, habrá de oponer la fuerza entera de su corazón en el que ya se gobierna la prisa. Y el nuevo Fausto que se ha exprimido la lágrima de hombre y ha quemado su pasión sobre el brasero natural de la Muerte, deja que se apriete o se ensanche el sendero por donde, al término, llegará. Unas manos pequeñas han borrado los sueños malos de su frente en donde se tiende una breve arruga, sin cansancio ni remordimiento.

A U G U S T O                      A R I A S



# TODOS SERAN HERMANOS

Para Fernando Díez de Medina

Sembrador: no desmayes: siembra más cada día,  
ponte en pié con la aurora, centuplica tu afán.  
Cada espiga que cojas será luz de alegría.  
Piensa: si abunda el trigo no ha de faltar el pan.

Tu surco, más que el surco donde arrojar el grano,  
fuente es en que se nutre toda la humanidad.  
Cuando esparce en el suelo tu laboriosa mano  
la simiente, sembrando estás prosperidad.

Si unos crean miseria, tú produces riqueza;  
si la discordia encienden, tú laboras la paz.  
En contacto perenne con la naturaleza,  
en tu obra persevera con empeño tenaz.

Tu oficio te ennoblece, tu actitud te agigante:  
así es de noble y grande tu anónima labor.  
Al recibir el grano, late, bajo tu planta,  
el corazón hondo de la tierra, con amor.

Contra el claro horizonte y bajo un sol que quema  
avanzas majestuoso por la ardiente llanura.  
Con gérmenes de vida escribes tu poema  
y eres el monumento de tu propia figura.

Sembrador: nunca es tarde: extiende tu cultivo,  
apresta la herramienta y agiliza las manos.  
La abundancia precede a la rama de olivo:  
si no hay hambre en el mundo todos serán hermanos!

GUILLERMO BUSTAMANTE

# O C T U B R E

Octubre: nuez, manzana de los meses.  
Tu madurez fulgura  
en las últimas mieses,  
ruinas de una dorada arquitectura.

Tu carne aérea, tu ala desplegada  
laten en plumas frías.  
Ave inmensa, cazada,  
servida en el festín treinta y un días.

Los números terrestres son iguales  
en tu niveladora y final cuenta:  
hojarascas, caídos ventanales,  
nueces, leve osamenta.

De tanta fruta vana, rodadora,  
y hoguera pisoteada  
apenas queda ahora  
tu íntima brasa, almendra concentrada.

Octubre de reserva y de justicia  
y de sombrío paño  
que sucede al color de la delicia,  
oh poniente del año.

Después de nueve meses de camino  
llegas, la pompa anual desvanecida,  
mercader vespertino  
con tu peso y medida.

California, 1942.

J O R G E            C A R R E R A            A N D R A D E

# ESCUCHAD CON CUIDADO

Traducción de Jorge Carrera Andrade

Escuchad  
vosotros todos  
Escuchad atentamente  
Tengo algo que deciros  
que no puede esperar.

No dejéis que vuestro corazón  
dé pasos en falso.  
Hay truenos  
ocultos en la tierra  
Hay abismos que se abren invisiblemente  
Los pájaros  
se hallan indecisos sin saber  
donde anidar este año.  
Tal vez las semillas han germinado  
por última vez  
Quien puede decir  
si el amor viene entre nosotros de nuevo  
Quien  
garantizará el alba.

Escuchad  
vosotros todos  
Escuchad atentamente  
Tengo algo que deciros  
que no puede esperar.

El mundo grita en mi voz,  
El mundo  
como un niño despierto en la oscuridad  
como una herida sangrando internamente.  
Las estrellas son un anuncio

pidiendo la captura del criminal  
muerto o vivo.  
Los árboles estrujan sus manos  
en febril silencio.  
El océano se agita  
como si se hallara envenenado  
y se contorsiona arrojando un verde vómito.  
Se halla aterrado el mundo.

Escuchad  
vosotros todos  
Escuchad atentamente  
Tengo algo que deciros  
que no puede esperar.

Vosotros, cuyos labios son lluvia,  
cuyos corazones forrados de diamante  
palpitan delicados sueños,  
sed fuertes.  
Vosotros, cuyos huesos se hallan lastimados  
por piedras de labor,  
levantaos.  
Vosotros, cuyos ocios  
se hallan custodiados por columnas blancas  
hinchadas de música,  
pensad.  
Vosotros, que os halláis vestidos de objetos,  
se alimentan con sal,  
marchad.  
Vosotros, que os halláis vestidos de objetos,  
desnudaos.  
Vosotros, cuyos ojos se hallan oscurecidos  
de humo y desaliento,  
mirad.  
Vosotros, cuya vida  
es otra clase de muerte;  
vivid.

Vuestra voluntad crea la estación,  
vuestro deseo construye un paraíso,  
vosotros debéis levantaros.  
No debéis permanecer donde os halláis.  
Transformad las nubes en armas.  
Con bloques de odio y amor  
empedrad cada paso hacia el futuro

con vuestra terrible voluntad de águilas y relámpagos  
arrancad los grilletes de la historia.  
Poetas de tierra y cielo,  
poetas de agua, arena y sangre,  
poetas de vida  
modulad la palabra, castigad al criminal,  
salvad al mundo  
vivid felices para siempre.

NOTA.—H. R. Hays es una de las figuras literarias nuevas de los Estados Unidos. Su obra "La Balada de David Croquet" ha sido muy comentada.— Hays es un poeta original, vigoroso, creador de imágenes que no sólo ofrecen un alto valor lírico sino un cordial temblor humano. Como crítico H. R. Hays es uno de los más agudos, cultos y penetrantes de la nueva generación literaria norteamericana. El conocimiento que Hays tiene de las letras de nuestro Continente se pondrá de manifiesto muy pronto en una Antología de la Poesía Hispanoamericana que aparecerá en los Estados Unidos.

# CRUCES A CUESTAS

Para "América"

Se nace con un grito, señal de la batalla,  
de la vida que empieza. Se muere sin rencores  
porque éstos se agotaron. Y en la final muralla,  
mustias y acongojadas se deshacen las flores.

El hombre cava siempre la tumba de sí mismo.  
Ha quitado a la tierra su hierro, sus metales;  
y olvidando el arado, descuaja como un sismo  
las raíces más hondas de las normas morales.

Se conturba el planeta por la humana locura,  
una locura tanta que ni el Martirizado  
de Nazareth, el Blanco de la inmensa blancura  
de su verbo divino, le derrotó al pecado.

Coronaron de espinas la cabeza dorada  
de ese inmortal Soldado que buscó la victoria  
del bien sobre el delito. La Cruz, divinizada  
por el dolor del Justo, perpetuará su gloria.

Cargó su Cruz a cuestras y es símbolo de vida,  
es símbolo de pueblos solos, desheredados,  
oyendo casi a medias su historia ya perdida,  
sin conciencia y sin patria, caídos y olvidados.

Dos canillas cruzadas bajo una calavera,  
Son la incógnita equis. ¿ A dónde irá la vida  
después de esta jornada? Quiere Dios que no muera  
el alma que es su obra, por la carne vencida.

Resurgirá mañana, como el sol cada día  
después de los ocasos. Le liberta la muerte  
con su piadoso beso y es una melodía  
la comunión del cosmos con la materia inerte.

En los laboratorios de la tumba se encierra  
el mineral más puro disuelto en la ceniza,  
que alimenta la entraña de nuestra madre tierra  
que vive de la enlutada muerte y se eterniza.

C A R L O S   S A L A Z A R   F L O R

## EL TUNGURAHUA ES UN HOMBRE

El Tungurahua es un hombre estático, de piedra y de fuego.

De pie sobre la nuez sonora de la tierra, dirige al cóndor del viento. Con el alba recuenta las cimas taciturnas, las alquitaras de los huertos, el nido de las chozas, los poblados parleros. De día se pasa midiendo las distancias; anotando sus cuentas en las frutas y en los nudos del carrizo y la caña. Si el sol le tuesta los miembros, se refrigera con la esponja de la neblina. A veces, de tanto mirar el cielo, se cree un chiquillo que pone la cabeza en el almohadón del espacio y se entretiene en agitar con sus pies la pelota del mundo. De noche, arrebuñado en el poncho de la sombra, sueña que el alma del indio sonríe en cualquier lucero en pago de sus cuitas, y que baja al suelo en el riel de un destello a acariciar al perro que aúlla, a la oveja que dormita; y a asegurar los cabuyos que señalan su predio.

El Tungurahua es un cacique petrificado. Quizá piensa en el minuto que han de crepitar sus músculos de granito y en que sus manos han de amasar con tierra húmeda de lágrimas un nuevo pan de vida.



El Tungurahua es un hombre. . . De pie sobre la nuez sonora de la tierra, es un pregón de grandeza, de rectitud para los hombres de hueso que se visten de carne manchada de sangre y de vicios. Amonesta con su palabra sabia de silencio al hombre que se encorva vencido. Recuerda que el servilismo, el odio, la pereza han hecho del hombre raíz arrancada, parásito inútil. El hombre ha de ser una línea recta, que se encumbra y da en la mano limpia del aire el fruto de su obra madura de bien.



El hombre que sigue la huella rastrera del gusano, huyendo de la luz, esconde fácilmente la ponzoña de su alma. . . . El que vive de pie, soberbio, rebelde, y lanza como David la estrella de una piedra a la frente del gigante de nuestro medio, se liberta. Se ennoblece.



El Tunguráhua es un hombre. . . de pie sobre la nuez sonora de la tierra, medita en el tiempo que pasa alumbrando la risa del niño, oscureciendo la quejumbre blanca de la vejez. Piensa que cualquier día tendrá que cortarse el pelo y la barba niveos con la navaja flamígera de la lava, para darnos una lección de juventud y sacrificio. El cree que la juventud debe destruir y crear. Destruir lo caduco, lo que constituye una traba para muchos y una prerrogativa para pocos; crear lo que ha de ser un bien colectivo, es más que un deber. . . . Ah! cuando su garganta truene y arroje su boca el aluvión de sus palabras rojas! La tierra se arrugará estremecida de espanto. El hombre, entonces, esconderá en la celdilla de un glóbulo la simiente de su ser.



El Tungurahua es un hombre de piedra que camina y escruta. Ambula en las aguas susurrantes. Los ríos, al pasar lavando sus plantas, copiaron la presencia magnífica de sus formas.

Por eso, el hombre que apaga su sed en las aguas de esos ríos, lleva en su espíritu su sombra edificante.

A L F R E D O M A R T I N E Z

## AMBATO, SOCIOGRAFIA DE UN PUEBLO EJEMPLAR

El pueblo se orienta generalmente, en su vitalidad y esfuerzo creador, por las condiciones positivas —o negativas, en su caso— que el ambiente físico ofrece a la colectividad. Es difícil pensar en el improbable vigor de un grupo humano que hubiese encajado su existencia en la aridez de un desierto o que tuviera su asiento en el yermo cordillerano. El fatalismo de la geografía y, si se quiere, de la topografía, es innegable: en la medida en que el ámbito vital de los pueblos es adecuado para su desarrollo, en esa medida ha de efectuarse el tránsito fundamental de la colectividad en su marcha hacia el progreso. No prosperan los pueblos, o su prosperidad es excesivamente dura y lenta, cuando el paisaje físico, la calidad de la tierra, las condiciones del medio resultan desventajasas; y en cambio, el progreso se facilita, la actividad se vuelve más vibrante y buena allí donde hay calidad y cantidad favorables para el rendimiento humano en funciones de trabajo. La influencia de la tierra y del paisaje sobre las determinaciones de la vida popular, resulta indiscutible. La armonía entre lo físico y lo espiritual, entre el ambiente y la cultura social que se crea por el esfuerzo de los hombres, es una cosa que se impone necesariamente por la patente realidad de la historia y por las muestras veraces de lo que en la actualidad ocurre.

Soy de aquellos que creen firmemente en la bella y buena influencia del paisaje sobre la vida del hombre y del grupo de hombres. Yo no admito hombres de espíritu sonriente, de vida clara y diáfana, de actividad optimista y confiada en los resultados de su energía, cuando tales hombres viven en la dura soledad de un paisaje arisco, cerrado, mus-

tio, endurecido de nostalgias humanas. Hombre amplio, hombre bueno y sereno y alegre y optimista, pero en un medio de esquivaces geográficas, resulta un contrasentido. Y a la inversa: hombre silencioso y meditativo, triste en su eterna ansiedad de todos los días, amargado en su despecho constante, pero en un oasis de abundancia y de fecundidad resulta asimismo, incalificable absurdo. Hay, entonces, un equilibrio y una rima exacta entre el hombre y su calidad espiritual y el medio que le rodea y abarca. Del mismo modo resulta, aunque con las modificaciones impuestas por el complejo social, la armonía entre el pueblo y su ambiente, entre la colectividad y su realidad física.

Es fácil advertir cómo en el Ecuador hay lugares en que la naturaleza ha hecho derroche de maravillas y ha ofrecido al hombre posibilidades estupendas para adecuar mejor la vida. En la serranía ecuatoriana creo yo firmemente que hay tres zonas geográficas, tres pedazos de suelo patrio, tres lugares llenos de vigorosa expresión natural en el ambiente que son en todo caso una eterna promesa del medio para el individuo o el pueblo que ha de aprovechar sabiamente estas condiciones naturales. Hay tres provincias ecuatorianas en las que emerge poderosa la naturaleza, el paisaje, la magnificencia del medio. No se trata de subestimar el resto de la patria con todas sus virtualidades positivas, sino de manifestar que es verdad esta excepcional circunstancia de existir tierra más buena, claridad más diáfana, panorama más vívido, color más fuerte, belleza más perfecta. Quien recorra con mirada escrutadora de sur a norte del país, admitirá de inmediato que la naturaleza hizo el Azuay e hizo el Tungurahua e hizo Imbabura como para mostrarse satisfecha de su poder y de su sabiduría. Azuay es un complicado conjunto de hermosuras naturales en donde la poesía palpita en el paisaje y emerge en el ambiente tranquilo de sus campos plagados de sol y de placidez rural y agreste, lo que contagia necesariamente a sus zonas urbanas para darlas belleza y amor. Tungurahua es un poema eterno de la geografía ecuatoriana en donde la tierra fragante parece esperar siempre la caricia que rotura sus prados o abre sus surcos para la fecundidad. Tungurahua tiene encanto en sus paisajes y Ambato es señora rozagante que vive soñando bajo la canción de sus colinas y el rumor de su manso río, mientras sus huertos y sus jardines mantienen sus promesas jugosas o sus flores que perfuman el ambiente saturándolo de primor y de atracción. Imbabura tiene tam-

bién esa excepcional calidad de tierra clara y bella, con paisajes de azul eterno y de verde frondoso de matices en toda su extensión provincial.

Al encontrar caracteres semejantes en estas tres zonas geográficas serranas, he pensado que debía existir, además, un parecido espiritual en sus hombres y en sus pueblos. Y si en Cuenca y en la rica comarca azuaya el espíritu se inundó de poesía y lírica profusa, bien podía esperarse que en Tungurahua e Imbabura asomase la entonación espiritual adecuada, el ritmo anímico conveniente para rimar con su naturaleza. Es claro que la poesía cuencana tiene su claro fulgor personal o individual, aunque socialmente exista sentimiento apto para la belleza que se traduce en mil formas de energía de su pueblo trabajador y optimista. En Tungurahua la poesía se trocó mejor en canto a la vida, en idilio con la naturaleza y en bravura suprema para la reivindicación de los derechos humanos. Mera, Martínez y Montalvo —para no citar sino a ellos— son los símbolos de esta fecundidad nacida en el ambiente y que copia, cada cual en su esfera, la maravilla de su tierra para convertirse en poesía del paisaje con Mera, en poesía del pincel con Martínez y en filosofía profunda de la vida del espíritu, con Montalvo. Imbabura es poesía hecha sinfonía del ambiente, poesía que no se ha evidenciado aún en una determinada gestión humana para calificarse como representativa de valor personal o individual. En cambio, allí se impone la poesía mimética del indio, la poesía extraña y hasta panteísta del indio sabio en sus habilidades para el trabajo.

Por cierto, no hay para qué detenerse solamente en las calidades de aspecto excepcional y, por lo mismo, cortas calidades en uno o pocos hombres de cada pueblo. Me interesa más la valía colectiva, el eco de una realidad social que pueda reputarse como representativa de un esfuerzo común y que signifique justamente el resultado de la coincidencia entre el medio ambiente y el grupo de hombres que integran un pueblo. Cuántas ocasiones mi alma halló en esta tierra ambateña, más aún, en estas tierras del Tungurahua, una admirable condición de energía en sus gentes, altiva resolución de éxito en todas sus esferas sociales, sana y buena superación de libertades en el espíritu dilecto de sus hombres. Aquí es dable encontrar a cada paso al individuo optimista, sonriente, afanoso en su tarea, ávido de conquista de libertad para su vida. Aquí es posible presenciar cómo el pueblo sigue la trayectoria que el destino le depara todos los días

con la oportunidad de su propio esfuerzo. Aquí no aparece la llagadura miserable del dolor humano, al menos en la forma trágica y desconcertante que toma en otros lugares de la extensión nacional. Aquí el hombre se muestra resuelto y abre sus brazos cada amanecer para tomar esfuerzo de triunfo y energía de lucha. Aquí el trabajador se marcha siempre a su jornada llevando en su alma dosis de esperanza necesaria. Aquí no se ve al espíritu encogido, hipócrita, del hombre vencido o del hombre hecho trizas en su espíritu por las atrocidades de la vida. Aquí hay claridad social y pureza de ambiente que presta honor al hombre para cumplir su deber en cada instante. Es, pues, de sumo interés entrar en las excelencias de una vida colectiva como las que en estas tierras ambateñas se encuentran a diario, en la normalidad de su vivir afanoso y triunfante. Debe ser obra del acomodamiento sencillo y justiciero que la tierra y el paisaje ofrecieron a sus hombres para proseguir la ruta, lo que hace de Ambato la ciudad más activa pero también la ciudad más llena de jardines y de encantos. Es que lo uno sin lo otro me parece que no está completo: belleza sin acción, belleza sin esfuerzo, y al contrario, la energía total de sus gentes sin el aliciente de una naturaleza fecunda y florida, el calor humano que el trabajo produce sin la claridad de un cielo primaveral y sin la poesía de un suelo cuajado de primores, no está completo en verdad. Por eso he pensado que es indispensable esta conjunción de la tierra con el hombre para que se produzca el influjo que la tierra da al pueblo y para que, a la vez, la tierra reciba el bienhechor ejercicio del trabajo del hombre.

Ya es bien sabido que proporcionalmente Ambato es como una Chicago para el Ecuador. Ambato resulta capitalidad económica de la nación en el sentido de que sus fuerzas productoras han alcanzado un grado de desarrollo mayor. Si Guayaquil, la ciudad enérgica, asume un rol primero en la economía general, lo es más aún por la traducción comercial de sus grandes esferas colectivas. Pero Ambato es trabajo más que comercio, es producción más que tarea de compra-venta sistemática, es riqueza creada más que riqueza puesta en la transacción que la hace circular y consumir. Ambato tiene, entonces, el privilegio de ser de hecho el pueblo de acción por excelencia. He dicho que para esta valoración es preciso tomar las proporciones debidas. Quito y Guayaquil tienen numéricamente más trabajadores; pero Ambato tiene más en relación a su todo social, a su ambiente

humano. Cuando se sabe que de esta tierra trabajadora por excelencia hay casi siete mil afiliados al Seguro Social, es posible darse cuenta inmediatamente del significado de esta cifra en relación con la población cantonal de Ambato. Es decir, de aquí parte la suma más fuerte, en proporción indispensable a la cuantía total del pueblo, en esfuerzos solidarios para el Seguro Social ecuatoriano, lo cual es síntoma valioso de la significación de Ambato en este sentido de cooperación y de ayuda para el triunfo de la causa social de la nación. Cuando se sabe que Ambato es el segundo cantón en la república —el primero es Cuenca— en que hay más predios rurales, más reparto de la tierra, más tierra trabajada, más dinamismo agrario, es sencillo comprender el por qué de su vida más buena, de su existencia social más armónica y equilibrada. Bien vale la pena citar unas pocas cifras que recogí de los datos oficiales para una constatación de la economía ecuatoriana. El cantón Ambato tenía, hace dos años, 4.191 predios rurales cuyo valor excede de un mil sucres, puesto que el catastro señala este límite por razones fiscales de tributación. Solamente el cantón Cuenca le superaba entonces en número. Pelileo tenía 2.335 predios y Pillaro, 508. En una extensión superficial de la provincia del Tungurahua de 3.204 kilómetros cuadrados tenía entonces la suma de 7.034 predios que valían más de un mil sucres y que arrojaban un valor total de \$ 42.789,500. Estos números hablan elocuentemente acerca de esta verdad irrefutable: pocos lugares del país como el de vuestra provincia y particularmente el de vuestro cantón en que la tierra cumpla con mejor justicia su misión social de aprovechamiento de mayor número de gentes. La propiedad más repartida da a los pueblos de Tungurahua la posibilidad de que su economía sea de una nivelación más o menos aceptable en su aspecto colectivo: ni miseria desmedida ni millonarios orgullosos; ni pobreza desconsoladora en las masas ni riqueza estacionaria en pocas manos. El resultado, pues, como es lógico suponerlo, se traduce por un modo de ser social apto para la comunidad de esfuerzos, para la solidaridad, para la cooperación entre sus hombres en la noble tarea de superar día a día su progreso y su cultura colectiva.

En mi corta experiencia administrativa de hace algunos años, pude estar en contacto con las esferas de trabajadores de Ambato. Pude hallar aquí el anhelo constante de las gentes de taller y de la fábrica por mejorar su vida, por colocar su esfuerzo productivo en la apreciación justiciera de sus de-

rechos, pero sobre la base de la comprensión de sus deberes. Pude ver aquí cómo el hombre experimentado por sus largos años de trabajo había adquirido, además, la experiencia acerca de lo que debe hacer para no dejar que se vulneren sus conquistas sociales. Yo presencié la altivez honrada de vuestros trabajadores ambateños; yo admiré su constancia, su tenacidad sin terquedades para que sus fueros se respeten en todo caso. Muchas veces seguí con interés hasta vuestras huelgas obreras: es que había en ellas justicia, aunque la apariencia trataba de borrar la substancia para mostrar lo que en el fondo no había: rebeldía sin motivo o exageración discutible. Los trabajadores ambateños no eran injustos: eran hombres que exigían pero bajo la condición justa también de que brindaban: exigían su derecho pero brindaban su deber!

Basta enumerar y valorar la cantidad de establecimientos de trabajo que hay en Ambato para darse cuenta de cuanto produce el pueblo laborioso y constante. Basta ver cómo cada hogar es un taller, cada casa un recurso de acción y energía; basta mirar cómo cada hombre tiene su gestión y su obra por delante; basta constatar que el desocupado, pero en su sentido técnico, acaso no existe en esta tierra; basta encontrar por estas calles, no al señorito inútil con su jactancia, sino al hombre de depurada conciencia de su función productiva. Basta todo esto para significar automáticamente el coeficiente de producción nacional que a Ambato le toca y que Ambato cumple con amplitud. Ciudad en que trabajar es vivir, por eso tiene su alcurnia y su elevación ante el concepto que el país le otorga.

Pero el esfuerzo urbano, de suyo macizo y valioso, se complementa con el esfuerzo rural, floreciente y tesonero. La economía que la ciudad realiza es una parte porque la otra parte está cumplida en la economía campesina aledaña, cercana o distante y agraria propiamente dicha. Y si la ciudad presenta el cuadro optimista de gentes ocupadas en sus gestiones específicas, el campo ambateño, el agro de Tungurahua tiene su representación buena y su economía precisa en las ferias de que gozáis semanalmente. La feria, es decir, el mercado abierto, al aire libre, mercado que llega en la móvil diligencia de esos hombres y mujeres que traen al campo en la simbólica maravilla de sus productos. La feria es acontecimiento económico, pero es además un hecho social sumamente valioso. La feria responde a un imperativo de transacción comercial, pero responde también a un imperati-

vo de influencia necesaria entre categorías humanas que por su contacto y sus nexos van cobrando cierta unidad y homogeneidad para integrar, con el andar del tiempo, un todo común de naturaleza social.

Yo he observado vuestras ferias y permitidme que las describa a mi manera, a mi modo de apreciarlas, y que diga mi juicio al respecto y las compare con otras ferias. El lunes ambateño resulta día feriado, es decir, festividad de la acción y del trabajo, festividad de la riqueza. El lunes, como el sábado otavaleño, por ejemplo, es la caravana madrugadora de las gentes apresuradas por ocupar su puesto de ventas en la plaza o plazas. Vuestra feria es mestiza más que indígena, como es la feria imbabureña. Vuestra gente campesina tiene color suave y dulzón en el vestido de sus hombres y mujeres, pero no hay el grito rojo del poncho del indio o la tonalidad negra y blanca de la vestimenta de la india. Los hombres que llegan a vuestras plazas son hombres que expresan ya un paso adelante en la razón étnica nacional; triunfa el mestizo en lo vuestro. Y cuando se anota con frecuencia al Salasaca, que es nostalgia mitimae de algún grupo indígena histórico, se lo ve traslucir esa nostalgia en la coloración de su ropaje sencillo, que no es la llamarada india nuestra, sino un tono ajeno, un tono extraño aclimatado ya en la tierra parda de vuestros campos. La feria de Ambato es lujo frutal y abundancia alimenticia en todo caso; la feria de Otavalo, para enunciar lo que más conozco, es éxito claro del trabajo agrario e industrial del indio y, en menor escala, del mestizo. Aquí asoma la abundancia; allá asoma la energía que acopia productos y los matiza de indigenismo. Aquí se presenta la tierra cuajada en frutos de toda clase y en trabajo hecho industria; allá, en Imbabura, lo que más hay es tierra e indio confundidos espléndidamente en una actitud agraria que rinde productos de variada especie. Aquí se muestra el hombre señero que de semana en semana capta riquezas para cambiarlas por otras; allá se muestra de preferencia el indio en su gestión económica que intercambia lo suyo con aquello que necesita, incluso el alcohol que tanto bebe. Los sábados de Otavalo tienen esta sombría realidad; el indio se emborracha necesariamente y los caminos son dolorosa presencia del tóxico sobre el hombre vencido. No he visto en Ambato semejantes cuadros; no los he visto felizmente. He visto ese desfile interminable y vistoso de los campesinos de vuelta a sus hogares, en apiñados grupos de retorno. He visto cómo el hombre rural ambateño, del Tun-



gurahua en todo caso, llega y se va con fruición sana y con esperanza siempre enardecida.

En todo caso, la feria ambateña es riqueza agraria puesta al servicio del medio ambiente urbano. La feria es símbolo de poderío del campo que envía a la ciudad su reserva de subsistencias. El mercado diario es otra cosa: es mercado que día a día se presenta en cuadros menores de transacción comercial. Pero no es la feria propiamente, ya que ésta implica recolección de una semana y cuantía mayor de trabajo, para el lujo amplio de lo más grande y más fuerte. Los lunes son, pues, recolección numerosa de energía agraria para endosarla a la ciudad necesitada de auxilio en este sentido. Y, según lo ya dicho, la feria tiene el doble valor de fenómeno económico imprescindible y fenómeno social de verdad. Este movimiento comporta, asimismo, doble beneficio: da entrecruce de productos, intercambio de riquezas, pero da además oportunidad para que las gentes se relacionen, se vinculen, se acerquen de espíritu a espíritu como un medio eficaz de mejor entendimiento humano, base de progreso social para el porvenir de los pueblos.

La potencia de trabajo de un pueblo se mide con metros de valor social necesariamente. La economía, para apreciarse en su integral influjo, hay que referirla justamente al pueblo, es decir, al plano social. Y esto es lo que arroja buena medida en Ambato. Hay aquí lo que es posible llamar equilibrio y reajuste entre el factor hombre y su rendimiento y la percepción de ganancias más o menos aceptables. No quiero insinuar que todo está bien, no. Pero dentro de la relativa posibilidad de arreglo económico en un pueblo, se ha logrado este arreglo. Es claro que falta bastante por hacerse para que la sociedad halle su justicia, pero en todo caso hay en Ambato la fórmula de paz humana en funciones de trabajo. Por lo menos existe aquí, como no existe aún en otros lugares del país, una conformidad que no es renunciamiento y una sana alegría de vivir, que no significa jamás olvido de deberes ni indiferencia ante derechos que no se respetan. Es que hay, de seguro, es este pueblo las condiciones más adecuadas para la armonía social y apenas haría falta mejorar el mutuo respeto y la mutua consideración que se merecen todos los que intervienen en la lucha económica que la vida comporta. Cuando la justicia, que yo la entiendo como equilibrio pleno entre quienes orientan y quienes deben ser orientados, entre los que mandan y los que obedecen, los que se están arriba y los que deben estar en la llanura de igualdad democrática,

cuando esta justicia cobre mayor vigor y se muestre más fácil en el país, tengo la evidencia que en donde primero ha de hallar éxito es en Ambato. Porque aquí ya se ha adelantado el progreso de equilibrio y se ha logrado, siquiera en parte, hacer que la vida de las masas trabajadoras no resulte solamente sacrificio, amargura, dolor y privación eterna, sino que aspira ya a cumplir un modo de retribuir al esfuerzo con justicia. Adviértase, además, que el trabajador ambateño no es el miserable típico que es ejemplo de infortunios nacionales o internacionales: este trabajador es hombre cabal en el que su trabajo de asalariado es complemento de su labor honrada que puede desarrollar en su casa, en el taller, en su trozo de tierra, en su mínima industria, en su mínimo comercio.

Con la base económica que socialmente se imponga como una realidad, un pueblo puede y debe prosperar. Es mentira la cultura cuando el hambre ronda por las esferas mayoritarias de una patria. Es mentira el progreso porque el progreso no se hace para la nostalgia humana que desfallece de necesidades. Es mentira el mejoramiento porque no se mejora nada si la vida está magullada de desesperanzas individuales, familiares y colectivas. Nada puede ganarse con engañar a las masas sociales mediante la larga fila de promesas si previamente no se hace desfilar una hilera firme de realidades beneficiosas para el pueblo. Por eso pienso yo que en Ambato, por las especiales circunstancias de su economía relativamente aceptable, relativamente buena, es posible el ritmo más fuerte y acelerado de progreso social. Cualquier hombre prevenido ante los hechos que este pueblo presenta, prevenido para escrutarlos en su esencia, podrá notar que aquí se perfila el desarrollo de una juventud esforzada, decidida, libérrima, que no es sino la consecuencia de una modalidad vital que emerge de su grupo colectivo, que crece en el pueblo, que palpita en su seno numeroso. Esa juventud que se adjudica éxitos en el deporte, o que se engalana de virtudes patrióticas, o que se mueve ligera para la captación de ciencia y experiencia, o que se anima con su optimismo y alegría, esa juventud es encarnación simbólica de toda su tierra. Hay que reconocer esa victoriosa unión que caracteriza a los ambateños dentro y fuera del bello rincón nativo. He admirado siempre la vinculación de la colonia ambateña que reside en Quito, por ejemplo, lo cual demuestra que el hombre de esta ciudad siempre lleva a Ambato en sus entrañas y con ella, se está en cualquiera parte, junto a su tierra, metido en ella cordialmente y unido ejemplar-

mente a quienes hacen lo mismo. Esto es síntoma exacto de fervor nativo, de amor al suelo propio, sin que implique este sentimiento localista una exageración meticulosa o suponga egoísmo para con la patria más grande.

Pueblo serrano, Ambato, y que por serlo debiera cumplir la fatalidad triste de todos los pueblos enclavados en la altura cordillerana, no obstante la mansa ondulación del suelo que hace pausa de llanuras para acoger a los centros poblados. Pueblo del interior y que por serlo debiera mostrarse ensimismado, medroso, esquivo. Las tesis sociogeográficas de la vida de los pueblos manifiestan que el hombre y el grupo son más aptos para el despertamiento sentimental en el bajo litoral, antes que en la altura de las sierras. Esas tesis expresan cosas muy serias respecto a la cultura de las llanuras en relación con la cultura de las montañas: aquella es ciertamente más pronta y lista, más grave y fuerte; ésta resulta menos propensa a la celeridad y se forja con lentitudes penosas y complejas. El pueblo litoral es, según estas doctrinas, lleno de alegrías que rebosan de su espíritu. El pueblo serrano debiera ser, al contrario, un pueblo místico, encerrado en su tristeza, austero, silencioso y contemplativo. Estas diferencias solamente es posible hallar en los resabios culturales de nuestras razas aborígenes. Es el indio aquel hombre que se replegó a las montañas y se acurrucó en las quiebras de los Andes para mascullar sus nostalgias y hacerse triste, pese a que yo personalmente no creo en la tristeza consciente del indio ecuatoriano. En cambio el hombre de la costa, aquel parlador incansable, hombre comunicativo y franco, persistió, si no alegre, porque no se puede ser alegre sin razón y sin motivo, persistió en condiciones de hombre temperamentalmente capaz de dominio sobre sí mismo para dar paso al espíritu vivaz y bueno de las gentes optimistas y confiadas.

Pero Ambato es ciudad serrana en donde no se cumplen los fatalismos de la topografía y de la geografía. Ambato es ciudad en donde su gente palpita de esperanzas y en donde germina la fe en su mañana. Ciudad en la que su gente no llora ni en su música, ni en su tradición, ni en su literatura. El folklore ambateño no es de rondador o flauta indiana entonando trágicos lamentos; no es tampoco de danza ritual de misticismos estéticos. Aquí surge el tono alegre que más tarde, con el andar de los años, había de traducirse en la galanura musical y en la elegancia de aquel baile popular que se llama "La mapa señora". En el espíritu del pueblo hay un fondo de tristeza, claro está, porque la vida

así le determina y porque al fin y al cabo Ambato está en la mitad plena de este país plagado de desventajas y sinsabores. Pero no hay la nostalgia que se quiere atribuir en todas partes al alma ecuatoriana, en especial a la que vive y siente y sacude su dolor en la quietud suprema de los campos que se asientan entre altas montañas. Aquí hay posibilidad de dominio y posibilidad de lucha mejor. Por eso el hombre de esta tierra es hombre saturado de buenos propósitos y anhelos y la mujer ambateña recoge en su virtud y en su belleza la profunda verdad virtuosa y bella del vergel que significa la ciudad toda.

Cuantas veces he cruzado vuestro Miraflores, que es la ciudad jardín de un futuro no lejano para vuestra ciudad, he admirado lo que puede ser mañana la relación interhumana en lo que se relaciona con la vecindad, ya no en terrenos del derecho civil, sino en el campo de las vinculaciones de los hombres, en su convivencia pacífica y correcta. Quién no sabe que el muro, que la medianería, que la pared, que los linderos, que las señales de predio a predio, que los hitos de amojonamiento, significan separación necesaria antes que acercamiento. Quién no sabe que la vecindad está cercada y dividida y señalada por todos los medios aptos para cercar y dividir y señalar. El muro es advertencia severa y la pared es límite infranqueable del derecho individual. La muralla o, para nuestro caso, el muro simplemente, es implicación de buenas relaciones o siquiera la desconfianza marcada por una defensa artificialmente creada entre los hombres. Pues bien, señores. Cuando se observa que al muro antiguo, alto y más alto, fuerte y agresivo, desnudo y feo en su pesada uniformidad, se lo va por lo menos matizando de flores y adornando con belleza y fragancia o se lo va reemplazando por pequeños cercados, por limpias y ordenadas plantaciones de árboles, por una llana y hermosa línea de arbustos ornamentales, es que quiere decir que la vecindad cobra su sentido positivo, cambia su hostilidad por el acercamiento, que eso es vecindad. La separación predial, la linderación vecinal, ya no quiere ser de cerramiento, sino de amplitud, de puerta abierta, de muro vencido por la flor de varios colores que invita a los hombres a acercarse, no a defenderse unos de otros. Esto me ha parecido, a mí particularmente, un detalle muy interesante en vuestra ciudad jardín que es trasunto de un Ambato futuro plagado de flores y frutos y en donde las gentes serán más buenas, más amables, más vinculadas entre sí para hacer más homogénea su trabazón de espíritus

y más firme su robusto afán de progreso social.

No se requieren dotes adivinatorias ni intuiciones geniales para no más de descubrir, con líneas claras de buen suceso, lo que a esta ciudad, más aún, a esta provincia del Tungurahua, le espera en cercano porvenir. Hay una lógica deducción por hacerse: Ambato y su provincia madre, Tungurahua, tienen que ser paradigma de energía creadora de progreso colectivo integral, así en esferas de economía arreglada justicieramente como en planos de inteligencia y espiritualidad. Y si al Azuay, que es semejante a lo vuestro en su naturaleza estilizada de paisajes, le corresponde primacías literarias, líricas en todo caso, y si a Imbabura, gemela de vuestra provincia en armonía natural y en horizontes límpidos, le toca hacer futuro con sus indios y sus actuales hombres de cerebro y corazón, Tungurahua tiene que ser necesariamente el centro estupendo de la armonía social mediante el trabajo. Seréis la provincia en donde se cante a la vida con canciones de esfuerzo y liturgias de libertad. Mientras toda la patria, en su unidad necesaria, haga el profundo paso hacia las superaciones de su pueblo, vosotros, ambateños, deberéis ir adelante.

Sociografía de un pueblo ejemplar, la de Ambato, acaso no he podido acometer con sabiduría mi empeño. Pero tened la seguridad que he puesto devoción sin galantería en mi visión de vuestra ciudad que siempre se robó de mi alma los mejores auspicios y las más gratas impresiones.

Y, antes de terminar, dejad que silenciosamente crezca en esta sala austera y sagrada la figura severa de Don Juan, aquel que llena de orgullo al Ecuador y al continente. Dejad que aquel soberano presida necesariamente las deliberaciones sobre vuestro deber y sobre vuestro derecho de pueblo progresista. Dejad que Montalvo os oriente y aconseje. El, técnico supremo de las virtudes cívicas y excelso varón de las letras, os hará mejores de lo que ya sois. El, ahora mismo, se sentirá satisfecho porque su tierra no se estancó ni se estrelló contra ninguna valla, sino que pasó adelante en su camino. Esta será, sin duda, la mejor prueba de que Ambato es pueblo que anda sin titubeos hacia su propio destino.

Conferencia leída en el Mausoleo de la Casa de Montalvo de la ciudad de Ambato, el 19 de Noviembre, auspiciada por el Grupo América.

V. G A B R I E L G A R C E S

## REVALORIZACION DE LA CULTURA

Mis palabras no tendrán indudablemente el atractivo que suelen darlas su minuciosa selección ni su atinado acomodo, pues solamente buscan enunciar y llamar la atención hacia ciertas verdades o hechos por hoy ocultos y descuidados.

Y esta actitud mía que acaso aparente irreverencia al exteriorizarse en el propio santuario del más celebrado de nuestros estilistas, no es desacato ni encierra nada que bien analizado signifique disonancia con el auténtico espíritu del gran pensador ambateño. Ya el famoso ex-rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, tuvo valor para confesar lo menos espectado en un maestro de su prestigio, esto es, que lo que más le gusta en Montalvo es su formidable capacidad para luchar e insultar, pues que el insulto en ocasiones hácese indispensable. Y cierto es que lo mejor que tuvo Montalvo fue su indomable rebeldía, su fragor combativo, tanto más necesario hoy que con filigranas lexicológicas y rebuscamientos lingüísticos se pretende encubrir la vaciedad o la inactividad del pensamiento. Contra todo lo que se diga no es tan difícil la búsqueda de palabras nuevas ni su distribución gongórica que, en fin de cuentas, son obra de paciencia y estudio benedictino. Pero ser rebelde, tener valor para enrostrar la verdad en un ambiente adverso y rehacio a escucharla es tarea que arredra a los más y que sólo muy pocos la acometen. Y qué no lo será ahora que el preciosismo de la frase hace creer en profundidades de un talento y una cultura inexistentes!

Gran penetración psicológica, inmenso acierto filosófico el del artista que pintó la verdad como una bella mujer desnuda con una antorcha luminosa en su diestra y de la cual todos huyen protegiéndose los ojos para no ser cegados!

Y esto explica cómo mientras imperaba el enredo y alambicamiento hegeliano, no podía alcanzar éxito el pensamiento claro, audaz, demoledor, dicho en lenguaje sencillo del gran Schopenhauer y que, su magna obra "El Mundo como Voluntad y Representación" fuera eclipsada por el laberíntico expresar de los filósofos germanos contemporáneos suyos, a tal punto que la mayor parte de la primera edición tuviera que venderse como desperdicio de papel. Por esto que el pensamiento y la filosofía anglos, sobrios, diáfanos y fácilmente inteligibles, como en Spencer y Locke, hayan sido menospreciados o que no hayan sido difundidos como en el caso de Santayana.

Si Walt Whitman encanta y sobrevive admirado no es porque haya hecho frases, sino porque cada estrofa suya es una enseñanza propalada con reciedumbre.

El culteranismo que creyérse muerto con la desaparición de Góngora y su escuela brota intermitentemente y no se bate en retirada. Antes bien, llega a contaminar a altos y positivos valores intelectuales.

Recuerdo que la gran Gabriela Mistral, invitada a la Universidad de Columbia en New York para dictar un curso de literatura, decíame, conversando sobre estas materias: Nada nuevo se puede escribir. Todo se ha dicho ya. Si alguna novedad se quiere, no se la puede hallar sino en la forma.

Desde el ángulo de mi visión, pocas cosas más inexactas que ésta. Ni se ha dicho ni se ha podido decir todo, desde que todavía no están agotadas las fuentes del conocimiento. Por otra parte, hay cosas que aunque dichas hay que repetir las constantemente hasta que lleguen a enraizarse y aclimatarse.

Así pues, al rebelarme contra las modalidades de la actual civilización, que la han conducido al fracaso, no hago sino seguir las huellas del gran revolucionario ecuatoriano, y lo hago en defensa de la cultura entre cuyos paladines se cuenta también Montalvo.



En cada uno de sus ciclos históricos, la humanidad se ha forjado un ideal predominante, dentro del que ha querido modelar a las nuevas generaciones. El vigor físico, la erudición greco-romana, el misticismo religioso han enfocado la atención de los hombres de la antigüedad pagana, del

renacentismo o del medioevo y así adviene la época contemporánea en que resurge el ancestral y prehistórico culto de la fuerza bruta, el desdén y desprecio del saber y la inteligencia, la baja de los valores morales, la estrepitosa quiebra de lo psíquico con el apogeo de lo físico, sintomatología que no es sólo de este momento, sino que, cada vez más marcadamente, viene manifestándose en el siglo que vivimos.

Síndrome típico a la par que muy notable y significativo de esta verdadera enfermedad que aqueja al hombre sigloveintino es el que se puso de relieve hace dos décadas, en París, la ciudad luminosa, calificada como cerebro del Universo. Casualmente coincidió el arribo glorioso del eminente escritor y filósofo Anatole France con la llegada de Georges Carpentier, el vapuleado campeón francés de box. A la estación había afluído inmensa muchedumbre; pero toda ella a recibir al boxeador que regresaba de sufrir una derrota, mientras el genial literato recién galardonado con el premio Nobel, la más alta distinción a que puede aspirar la intelectualidad, sólo le daban la bienvenida dos de sus más fieles amigos. . . Y el caso no puede ser más elocuente ni revelador de cómo se valoriza en forma tan diametralmente opuesta la fuerza bruta y el intelecto: los músculos acerados y martillantes aún en decadencia se cotizan mucho mejor que el talento en perfecto auge. . .

Esta displicencia popular en la ciudad tenida por más culta, apenas era el preludeo de la tragedia más grande que había de soportar la cultura. Con el nacifascismo, digna florecencia de un mundo que naufraga, la bestialidad se erige en sistema que derrumba todos los principios civilizados y nace una pseudo filosofía propugnadora del músculo y de escarnio para el cerebro. El pensamiento deja de tener valor y sólo se aprecia la fuerza.

El califa Omar I, al ordenar hace más de un milenio que se incendiara la riquísima biblioteca de Alejandría para con sus libros calentar los baños de la ciudad, en medio de su locura y salvajismo, tiene una disculpa: al menos reconocía el valor de una obra, de El Corán, pues, para su manera de argumentar, el saber contenido en este libro sagrado del mahometismo era superfluo en otros libros, mientras era pernicioso lo contrario a él.

Mas, qué disculpa, qué explicación que siquiera aparentemente armonice con la cultura pueden tener los reincidentes actos del nacifascismo de levantar hogueras con los más



grandes tesoros bibliográficos por el mero placer de destruir la cultura?

A qué estado ha llegado la humanidad que ya no constituye un mérito, un honor, ser civilizado, culto, instruído y que muchos refugiados europeos esconden sus títulos académicos y ruegan no se los llame doctor, ni se mencione su saber profesional? Es concebible que mientras millares de enfermos se hallan abandonados en sus dolencias, médicos expertos y autorizados deban abandonar su saber para ganarse la vida como vulgares mercachifles?

Qué mundo es éste en que cualquier pelafustán y aún abogados que se dicen de avanzada pretenden injuriar con el calificativo de maestro de escuela, como si el enseñar al que no sabe fuera un oprobio?

Qué civilización puede ser ésta que lanza anatemas contra el libro y el saber, contra la ciencia y el estudio, contra el intelecto y la razón?

Qué podemos esperar de una época en que en el mejor de los casos a pretexto de exaltar la moralidad se afirma que los profesores no necesitan ser instruídos y capaces?

Y no es que hayamos de caer en el extremo opuesto de renegar de la higiene, de la salud, del vigor físico, ni despreciar la bondad, la corrección de proceder, la fuerza de voluntad, la más alta moralidad. Creemos, al contrario, en todas estas bellísimas y apreciables cualidades, precisamente porque aspiramos a que el hombre de mañana sea íntegramente educado. Lo que no admitimos es que, quizá como una reacción contra el intelectualismo y la erudición, a causa de sus deformidades y claudicaciones, se haya de desvalorizarlos y eliminarlos de la lista de las cualidades apetecibles.

Un cuerpo sano y fuerte, una moralidad sólida deben ir acompañados de una mente cultivada y bien nutrida de conocimientos.

Cuando al menos se sobrestima el desarrollo del carácter y la personalidad hay un ideal incompleto; pero admisible. No así cuando sólo se ve factores encomiables en aspectos de mera animalidad.

Por inútiles que sean los conocimientos que atesora el erudito, siquiera los justifica el hecho de que constituyen un saber, que son de una categoría elevada. No se diga cuando se trata de un sabio, de un investigador, de un creador auténticos!

Pero el mundo embrutecido del momento ve con mejores ojos al footballista, al basquetballista o al tennista pro-

fesionales, por más que su actividad es completamente inútil para la colectividad, siendo antes bien un malgasto de energías.

Hemos llegado a una época de tanto estrago moral y mental, de tal inversión de valores que para las grandes masas y aún para los pseudos intelectuales no es mérito ni nada representa haber conquistado un título académico, recibir una distinción de un centro científico o artístico, haber escrito una buena novela o un gran libro, haber realizado un invento o descubrimiento científico, producido una joya musical o pintado un magnífico cuadro. Es el siglo del football, del tennis, del box, de las corridas de toros, las carreras de caballos, el atletismo, la pértiga y los patines, alternando con el bridge, el ajedrez u otras ocupaciones de ociosos camufladas de intelectualidad.

No siquiera vivimos la edad del chauffeur como pretende Spengler. Los prototipos de hoy son el jockey, el torero, el boxeador, el pujilista, el tennista. En cuanto a la danza (que incuestionablemente es un arte) tampoco se la aprecia en su belleza rítmica; lo que vale en ella es su mecánica. Los concursos no premian a quien baila mejor, sino a quien resiste más. Lo de menos es bailar armoniosamente, con arte; lo esencial es haberse mantenido por el mayor número de horas sobre la pista.

La prensa y la radio no podrían sostenerse si no fueran fieles reflejos del medio. También han sucumbido y sufren de este trastocamiento y reversión de la cultura. Sus columnas y sus ondas son más para los pormenores de cualquier competencia deportiva y subsidiariamente para reseñar las conquistas de la ciencia o dar a conocer la marcha evolutiva del arte, la literatura, la filosofía.

Los noticiarios cinematográficos que asimismo deben contemporizar con los gustos y exigencias del ambiente, no prescinden jamás de exhibir minuciosas escenas del Derby, de los matchs de box, de las partidas de rugby o volleyball; pero nunca o muy rara vez fotografian la silueta de un sabio o las actividades de un hombre que haya hecho algo en beneficio de la humanidad.

Si admira y preocupa el hombre moderno del aeroplano, el tanque, la granada y el torpedo, es en cuanto elementos de fuerza y destrucción, perdonando u olvidando que su existencia e invención significan el concurso del talento y de las más altas capacidades intelectuales.

En tal grado se encuentra pervertido el sentido crítico del hombre moderno que se llama civilizado, que confunde el matonismo con la hombría, ya en lo individual, ya en lo internacional; que considera que debe avergonzarse quien ha recibido un golpe o un puntapié antes que el que lo dio, y que supone valentía en los agresores.

Mas, reflexionando bien, hay virilidad, hay psicológicamente algo de valor en quienes se lanzan a la agresión de los pacíficos, inermes o desprevenidos? No y mil veces no. El verdaderamente valiente nada teme y no temiendo no hay móviles o estímulos que lo hagan reaccionar como salvaje. Ante un riguroso análisis, el asesino no es valiente, no puede serlo. Mata por miedo a que sus enemigos o quienes los supone tales se anticipen en victimarlo. El matón y el asesino son cobardes como lo son todos los criminales. La matonada o el puñal asestan en prevención de lo que les puede ocurrir.

Fuera de la órbita de lo individual, la actual mal llamada civilización ha endiosado al matonismo internacional. No otra cosa son el fervor, el fanatismo, la adoración que experimentan muchos débiles mentales ante el poderío guerrero y las hazañas de barbarie y destrucción que cometen las nacis.

Pero mirados bien los hechos, serena y reflexivamente, qué hay que racional, moralmente, merezca admiración en ellos? Requiere algún esfuerzo cerebral acabar con todas las instituciones de cultura y con los medios de difundir el pensamiento y la instrucción o restringir las comodidades de la vida y la satisfacción de las necesidades biológicas, para emplear todo ese dinero en armarse como jamás lo hiciera pueblo alguno?

Podríamos decir, por muy extraviados que se hallen los criterios, que es un portento de genialidad el hombre que dejara de comer y vestirse decentemente por largos años, que mantuviera en el hambre y la desnudez a su mujer y a sus hijos para invertir todo el dinero así reunido en comprar armas; que además privara de la escuela y del colegio a su prole para dedicarla todo el día a ejercicios gimnásticos y guerreros, para después de todo esto, armados hasta los dientes, proclamándose seres superiores a los que les rodean, invadir las casas de los vecinos pacíficos, desvalijarlos y reducirlos a la servidumbre? Sería esto prueba de superioridad sobre los vecinos enfervorizados en la educación de su descendencia y el mejoramiento del hogar, confiando en que sus casas y sus derechos serían respetados?

Esto y no otra cosa es lo que han hecho los nacis en Europa y por tanto nada tienen digno de admiración. Pero el desequilibrio mental de muchos llega a tales grados que no alcanzan a comprender esta sencilla verdad.

Necesario, indispensable es, pues, que con la mayor premura encontremos un remedio a este trastorno y para ello hace falta que primero indagemos las causas que han producido tal aberración en los hombres de esta época.

Menester es confesarlo. La culpa, la gran culpa de todo este desbarajuste tenemos los intelectuales por no haber sabido proceder conforme corresponde a la privilegiada posesión de conocimientos y medios de difundirlos.



Ya el afamado poeta y dramaturgo norteamericano Archibald Mac Leish, director de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, valientemente abordó el problema de la responsabilidad de los hombres de letras y de pensamiento de la presente generación frente a la debacle de la cultura.

Se pregunta "ante este ataque directo, explícito y deliberado al mundo, a la vida y a la obra del hombre de estudio, los cultivadores de la ciencia y la erudición en los Estados Unidos se han mantenido indiferentes. Y si no indiferentes, inactivos; cuando más en calidad de observadores; a medias vigilantes, temerosos e inactivos. Y es por esto por lo que la historia formulará la pregunta: ¿cómo pudieron ser pasivos espectadores de una guerra en contra de ellos mismos?"

Esta misma interrogante la precisa mejor al decir: "A qué se debió el que los eruditos y los escritores de esta generación no obstante haber sido testigos de la destrucción de la actividad literaria y la investigación científica en vastas porciones de Europa, y del destierro, encarcelamiento y asesinato de hombres cuyo único crimen fue la sabiduría y el talento, como asimismo testigos de la gradual aparición en su propio país de análogas fuerzas destructivas con idénticos impulsos, motivos y procedimientos, a qué se debió —repetimos— el que esa generación de eruditos y escritores de los Estados Unidos no hicieran frente a tales fuerzas cuando ello era todavía factible, cuando aún había tiempo y no faltaba terreno en donde afirmar el pie para contrarrestarlas con las armas de la erudición y de la pluma?"

La pregunta, aunque dirigida a los Estados Unidos, tiene alcances de universalidad y en este sentido intentamos también contestarla nosotros.

El mismo publicista responde que no hay falta de valor ni de cordura y opina que la verdadera causa de irresponsabilidad está en la escisión entre escritores y eruditos o sabios, esto es, **scholars**, quienes han formado dos castas, ninguna de las cuales ha querido afrontar la defensa de algo que les es común, la cultura.

Max Lerner, catedrático de Ciencias Políticas de Williams College acepta como muy merecida la acusación de MacLeish; pero no carga todo el peso de la responsabilidad sobre los intelectuales. Pero su respuesta va más allá y es más profunda que la de quien promovió la discusión sobre este tema. Para Lerner la responsabilidad de sabios y escritores reside en que a unos y a otros se los ha recluso en la inocuidad de una ciencia y un arte puros, apartándolos de las barricadas ideológicas y haciéndolos unilaterales. El remedio —a su ver— está en situarlos en los propios terrenos de la realidad social, en impulsarlos a estudiar los males del capitalismo y estimularlos a que tomen parte activa en transformar nuestro sistema económico; pero no aisladamente, porque fracasarían, sino en íntima cooperación con los obreros y todos los profesionales.

Waldo Frank, cuyas ideas se tratara de contrarrestar a garrotazos por el naciismo argentino, encuentra que el mal es más grave de lo que supone MacLeish; cree que los intelectuales no han rehusado su responsabilidad social; pero, agrega que han tomado una parte como el todo y dice: **“Una parte que actúa como si fuera todo: he ahí en unas cuantas palabras la tragedia moderna. Es el programa del fascismo. Pero caracteriza también las religiones del liberal, del pragmático, del marxista, del cristiano transcendentalista, todos los cuales hubieron de desempeñar su papel preliminar antes de que el fascista apareciera en la escena para barrer con todo”**.

Estos son, por decirlo así, los grandes y capitales pecados de los intelectuales. Pero junto a ellos agravándolos hay otro sinnúmero de grandes y pequeñas faltas de las que son responsables y a las que vamos a referirnos sin pretensiones exhaustivas.



Antes que todo, sin embargo, es de rigor apuntar que se ha olvidado o metamorfoseado el propio e integral concepto de cultura, que se lo ha sustituido por una acepción par-

cial, restringida como a simple estado de adelanto o progreso intelectual o material de un pueblo, como sinónimo de ilustración. Y aun hay quienes, preciándose de conocer el idioma, confunden cultura con modales, a veces, con amaneramiento, es decir, con lo que más propiamente se conoce con la denominación de urbanidad.

Pero cultura es algo mucho más amplio y extenso de significado: comprendiendo la ilustración y el desarrollo de la inteligencia, como elementos integrantes suyos, dice relación con lo moral y abarca el cultivo de la voluntad.

Es por esto que no podemos despreciar la bondad ni el carácter, dos preciosos complementos que no deben faltar en ningún intelectual. Y hay algo más a este respecto: cabalmente la ausencia de afección y cariño por lo humano en unos y en otros, la carencia de carácter para sostener los principios de la civilización contra las arremetidas de la barbarie es lo que ha conducido al mundo al desbarajuste que presenciamos.

Menester es reconocer también con franqueza que se ha abusado de los principales elementos de la cultura, especialmente del libro y de la palabra impresa en general. Se ha falsificado la ciencia, se ha prostituído el arte, se ha comerciado con el talento. Y el prevaricato de los escritores es tanto o más funesto que el de la judicatura. El desmedido afán de lucro, el ansia insaciable de riquezas y honores fáciles, cuando no el hambre a la que se ha reducido al escritor, lo ha corrompido todo, por lo que el colapso de la cultura tenía que presentarse ineludiblemente.

Es ciencia o es siquiera respetable la de aquellos pseudo-sábios que nada han descubierto, nada han investigado, pero que se inflan como pavos reales haciendo creer a los ignorantes e incautos que la ciencia consiste en una vana y fatigosa palabrería en que campean funambulescamente los términos latinos para asombrar a los tontos o en una lista atomizada de misceláneos artículos de periódicos, cuando no en la nómina de las sociedades a las que se pertenece? Puede admitirse como tal, la ciencia al servicio de los prejuicios y de las conveniencias políticas que no trepida en proclamar como verdad inconcusa cualquier insensatez concebida e impuesta por una secta política dominante?

Es arte aquél que únicamente halla motivos de inspiración en las fuentes oficiales o aquél que encubre la inhabilidad y la carencia de dotes en malabarismos conceptuales o en realizaciones del más inconfundible infantilismo? Y aclaro que no me escandalizan y antes bien gusto de muchas

creaciones futuristas, dadaístas, impresionistas y modernistas.

Y qué decir de tanto poeta y escritor que, cobarde para defender sus propias convicciones, no sólo ha sido incapaz de mantenerse en una decorosa neutralidad, sino que ha alquilado su pluma para la propagación de ideas que nunca profesaron, con las cuales siempre estuvieron en pugna por contrarias a su raza, a su nacionalidad y a sí mismos?

Qué de todos aquellos autores que no escriben para sostener lo que piensan sino para congraciarse con potentados o masas no cultivadas y que para conseguir una nota bibliográfica o un comentario favorable a su obra, mendigan artículos con dedicatorias insinceras en que hiperbolizan o crean imaginarios méritos del posible crítico?

Y el periodista que, prescindiendo de los casos de venalidad, se inclina ante el éxito, ante el poderío; elogia los golpes de fuerza y audacia y aúpa las producciones o los actos de mediocridades adineradas, no es menos culpable del desbarajuste de la cultura? Cómo no lo va a ser, si muchas veces procede por simpatías o antipatías, con exceso de personalismo para juzgar a los hombres y sus hechos, olvidando su deber de encauzar la opinión pública aplaudiendo cuanto tienda al bienestar general y reprobando lo que dañe al bien colectivo?

Es edificante, por otra parte, pasar por alto en el comentario periodístico la producción intelectual de los verdaderos orientadores de la conciencia nacional y social porque de ellos no se espera prebendas, porque son contrarios al régimen gubernativo, porque no son del agrado de los acaudalados, por envidias y rivalidades o por cualquiera otra falaz razón de análoga índole?

Son realmente escritores y fecundos por añadidura, aquellos editores o recopiladores de artículos de otros por el solo hecho de acompañarlos de breves notas bibliográficas?

Asimismo se ha falseado tanto la verdad y se ha subvertido los valores morales dentro de casi todas las profesiones intelectuales, que se considera como mejor médico al que más réclame se hace y al que improvisa el mayor número de recetas que a aquel otro que estudia prolijamente al enfermo para entonces prescribir un tratamiento científico y eficaz.

Pésimo abogado es para esta sociedad el que elude la maraña de sutilezas tinterillescas y los interminables años de una acción jurídica para lograr una rápida y atinada conciliación benéfica para ambas partes. En cambio, jurisconsulto ta-

lento y sabio es el que demora generaciones tras generaciones la solución de un litigio o el especialista en quiebras fraudulentas!

Cuando se para mientes en estas miserias en que con bastante frecuencia cae la intelectualidad, no es posible extrañarse ni cabe sorpresa alguna de que la cultura haya perdido su fuerza, de que sea escarnecida y vilipendiada por la ignorancia y la brutalidad. Más aún todavía cuando la versatilidad del intelectual es tan susceptible de agudizarse al compás de las más leves variaciones de estímulos, como la de quienes nacen conservadores, se desarrollan socialistas y devienen liberales, o vice versa, o la de aquellos nacifascistas declarados de otrora que hoy aparentan ser medularmente democráticos, porque la democracia empieza a ser negocio lucrativo!



Pero tal orden de cosas, tal panorama de descomposición no puede perdurar. Urge un movimiento renovador que levante la cultura de la postración en que yace. Y esta acción depuradora, de regeneración, de revalorización de la cultura no puede tener su génesis en otros campos ni proceder de otras fuerzas que de los mismos intelectuales.

El maestro, como modelador de la niñez, precisa educar con el ejemplo. El intelectual, orientador de la sociedad, forjador de la humanidad adulta requiere también emplear como principal instrumento de reeducación del hombre formado, el ejemplo y siempre el ejemplo.

Por tanto, el intelectual ha de ser todo cuanto queremos que sea la humanidad.

No se concibe escuela buena con maestros malos; no se puede edificar una sociedad decente con intelectuales deshonestos. Y de aquí que la primera labor de los empeñados en reconstruir el mundo, sobre bases de dignidad, librándolo de las taras que lo aquejan, ha de ser luchar por el agrupamiento para el esfuerzo común de intelectuales aptos para la acción, para el ejemplo, para la defensa de una civilización merecedora de su propio nombre y en la que la filosofía, la ciencia, el arte, la literatura, la técnica ocupen el más alto sitio por ser fuerzas útiles y creadoras, por constituir valores morales, bienes preciosos, lo que sólo puede ocurrir tras el desplazamiento de los valores engañosos y oropelescos.

Deber de los intelectuales honrados, al menos si aspiran a desempeñar el papel que les corresponde de directo-



res, de conductores de los pueblos, es ser valientes, honrados, sinceros, luchadores, altruistas, incorruptibles.

Valientes para atacar el mal donde se presente, sin vacilaciones ni claudicaciones.

Honrados para no metamorfosear el pensamiento a cambio de los clásicos denarios del Iscariote.

Sinceros para no engañarse a sí mismos ni a nadie, para proclamar el propio pensamiento sin esperanzas de recompensas ni laudatorias ni temor de que se los someta a cuarentena en la fatuamente llamada "buena sociedad".

Luchadores para sostener con perseverancia y decisión lo bueno, lo hondamente meditado, lo que ha de significar bien colectivo, por más que hiera los intereses y privilegios de unos pocos.

Altruistas, pues desde que vivimos en sociedad —la que es indispensable a la supervivencia del hombre— se hace imprescindible amar al prójimo, ayudarlo, trabajar en cooperación, que sólo así cesará el canibalismo que tantos disfraces ha vestido en la civilización que se extingue.

Incorruptibles para no desviarse de la línea recta, ni por los halagos de las sirenas del capitalismo y el poder, ni por miendo a los sacrificios que tienen que soportar cuantos traten de mantener a salvo la justicia, el derecho, la libertad, la igualdad, el verdadero espíritu cristiano de amor a los demás.

Cuando los intelectuales acometan esta difícil y tremenda tarea, indudablemente muchos quedarán en el camino; pero la humanidad se habrá salvado, para no sufrir la repetición de un nuevo cataclismo como el que la aqueja ahora.

Mucho de esto, si acaso no todo, lo tuvo Montalvo, el gran rebelde y demoleedor. Tócanos, pues, a los ecuatorianos, seguir su ejemplo luminoso, de demoleedor e idealista, desde luego adaptándolo a las necesidades de nuestros días. Entonces, habremos contribuido con nuestro aporte a la obra que deben acometer los intelectuales del orbe, cual es la de revalorizar la cultura.

Conferencia leída por su autor en la Casa de Montalvo de la ciudad de Ambato, el 20 de Noviembre de 1942, auspiciada por el Grupo América.

E M I L I O            U Z C A T E G U I

# D I S C U R S O

Señores y señoras:

Por gentileza de los iniciadores y factores de la gran Feria Interprovincial que se inicia en esta fecha clásica, y por insinuación de distinguidos miembros del Grupo América, al que me honro en pertenecer, he tenido la oportunidad de subir a esta tribuna ilustre, para inaugurar la Exposición del Libro, precisamente en el solar histórico: la Casa de Montalvo, donde viven mis mejores recuerdos. Aquí se inició en época lejana, mi amor a las letras; bajo este venerable techo hice los primeros ensayos literarios, junto a personalidades verdaderamente valiosas por su prestancia y su clara mentalidad, como el meritísimo e ilustre Director de este asilo de paz; en donde encuentran benévolo acogimiento cuantos son los que persiguen el favor de la meditación y el estudio; aquí reposan los despojos del Maestro, custodiados por el pueblo que bendice la memoria de sus hombres inmortales: Montalvo, Cevallos, Mera, los Vela, los Martínez, los Fernández y otros varones ínclitos que pasaron a la Historia con la imponente majestad de los dioses que suben a la montaña Olímpica; aquí, en fin, se inaugura hoy la Exposición del Libro, como testimonio elocuente de la cultura ambateña que sabe abrir dilatados horizontes de luz intelectual, para quienes buscan los afanes de la ciencia y las bienhechoras enseñanzas de la verdad y la justicia.

El libro es y ha sido la fuente del bienestar humano.

Sin el libro, que trata del pasado, el presente y el futuro, con enseñanzas y descripciones precisas, el mundo sería un dédalo de errores y miserias.

El libro nos lleva a las regiones<sup>9</sup> del espacio, y nos deja visitar los astros, no obstante la enorme distancia que de ellos nos separa.

El libro nos sumerge en la profundidad del mar y nos muestra las secretas maravillas del piélago inmenso, imponente y convulso.

El libro es la prédica nunca interrumpida de los apóstoles de redentoras doctrinas, que hablan a las generaciones, a través de las edades y desde el fondo de la huesa donde duermen el sueño de la muerte: la materia desaparece, ciertamente, convertida en polvo, pero el pensamiento, guardado en las páginas del libro, es eterno, es inmortal, y cruza, con vuelo fecundo y constante, alentando a las colectividades, para que prosigan sin desmayo en el plausible esfuerzo de mejorar las costumbres; elevar el nivel de las virtudes; descifrar los jeroglíficos que aun perduran en el terreno de la ciencia; ir en cautelosa labor de perfeccionamiento industrial; sorprender las sugestionantes delicadezas de la poesía, la música, la escultura, la pintura, el arte, en una palabra, para entonar himnos de sentimentalismo espiritual que revelen el grado de cultura dominante en cada pueblo y en cada época.

Poetas y soñadores: guardad los delirios de vuestras horas de inspiración en las páginas de un libro, y así habréis dado a vuestras lirás una vibración perpetua.

Historiadores que investigáis y captáis los hechos que determinan la vida de las naciones, escribid día y noche para darnos libros que nos harán conocer los detalles del peregrinaje humano.

Oh Filósofos que dirigís vuestras lucubraciones a demostrar lo que es la esencia del alma, dadnos libros que nos induzcan a la meditación serena de lo que somos y nos expliquen clara y sinceramente, sin las mixtificaciones de la fábula, de donde viene el hombre y a donde va; lo que es el pensamiento, lo que es la razón que se estrellan muchas veces en la dureza de la duda, la desesperanza y la inquietud por escuchar la última palabra sobre lo que hay de cierto en el laberinto de las investigaciones psíquicas.

Considerando que son de oportunidad, me permitiréis, señores, reproducir aquí ciertos párrafos de algo que publiqué respecto del libro, hace ya mucho tiempo:

“Si en horas de soledad —dije— y acaso de tristeza, nos faltara la mística compañía de un libro amigo, pensaríamos que es aún más dilatado y fatigante el Sahara de la vida, por donde vamos, confundidos en la caravana de los que marchan a su fin, sin esperar nada tras la tumba.

Mas, cuán dulce descansar en el oasis del ensueño, donde florecen los recuerdos, junto al arroyo de agua pura del recogimiento espiritual que fertiliza los yermos del corazón humano y da vida al rosal de las esperanzas; mas, cuán dulce, decimos, abrir, entonces, las páginas de algún viejo volumen, quizá olvidado por mucho tiempo, pero que tiene palabras de bondad, de consolación y sabiduría, para elevarnos a más amplias esferas, sobre la mísera pequeñez del tumulto social con sus hondos egoísmos, sus ambiciones y sus lágrimas.

El libro es nuestro guía, el libro es nuestro maestro.

La Biblia, aquel libro maravilloso compuesto por ignorados poetas de viva y creadora fantasía, guarda profundas enseñanzas, al par que peregrinas lucubraciones en las que Dios platica amistosamente con los predestinados, los directores del pueblo de Israel.

El libro 'nos muestra cómo nació la humanidad y cómo se sucedieron las civilizaciones de las diversas razas, la grandeza y caída de los imperios. La Grecia de Aristóteles y Platón y la Roma de los Césares, se destacan en el libro tales como fueron: grandes en el apogeo, pequeños en la hora inevitable de la decadencia. Tras de Sócrates, llega Jesús como un heraldo de la buena causa, y gracias al libro, sigue predicándonos las doctrinas que hace veinte siglos le escucharon las montañas y los caminos de Judea.

Subimos al paraíso con el ciego Milton, y presenciamos la rebeldía de Luzbel y sus aliados, o bajamos hasta la impotencia del infierno, conducidos por Dante Alighieri y por Virgilio, mediante libros tanto más ponderados cuanto más bellos.

Junto a Miguel de Cervantes discurrimos por los campos de Montiel, aplaudiendo y admirando al Caballero de la Mancha. Y, finalmente, los trovadores de capa y espada llegan hasta nosotros en las páginas de amarillentos libros, como viajeros de la eternidad sobre góndolas de estrellas, y nos repiten en las noches de luna, las serenatas de amor que entonaron en las calles desiertas de ciudades que acaso ya no existen.

Sólo el libro es inmortal bajo los rayos del sol."

Aquí, señores, termino mi discurso, para no cansar vuestra atención; y ahora, dejando, como dejo, apenas en breve resumen lo mucho que pudiera decirse sobre tan fecundo tema, declaro solemnemente instalada la Exposición del Li-

bro en la Casa de Montalvo, a nombre del pueblo ambateño que, aun en medio de sus faenas de industria y de trabajo material, no ha olvidado nunca su obligación más significativa: la de rendir tributo justiciero a la intelectualidad y a los anhelos del pensamiento, sintetizados en el **libro**.

Discurso pronunciado en la inauguración de la Exposición del Libro Nacional, verificada el 13 de Noviembre, en la Casa de Montalvo de la ciudad de Ambato.

M I G U E L   A N G E L   A L B O R N O Z

# LA NUEVA ECUATORIANIDAD

Para "América"

## PONGAMOS FIN A LAS LAMENTACIONES

Quiero advertir liminarmente que no ofreceré en este ensayo ideas adornadas con el sello de la novedad, pues que, a más de ser utópica la originalidad, en estos tiempos de decapitación de distancias y decantada democracia, es preferible abordar cuestiones que se relacionen con el porvenir inmediato de la tierra y que, por lo mismo, se encuentran presentes en la mente de todos los que, siquiera por breves instantes, han enfocado la conciencia vigilante hacia los destinos nacionales.

Pero también afirmo con franqueza que, si no se encontrarán ideas nuevas en mi exposición, en cambio quizás me sea posible comunicar el palpitar de la emoción con que he sentido la tremenda realidad de estos momentos ecuatorianos y que, como las ideas fuerzas de la voluntad, darán a mis palabras sinceridad de corazón.

Hay que confesar con amargura que vivimos una época de duelo nacional, afirmación que tengo la esperanza que será compartida plenamente, porque aun están frescas y sangrantes las heridas abiertas en el corazón de la Patria por los desgraciados reveses de El Oro y por la no menos desafortunada capitulación de Río de Janeiro.

El panorama que se ofrece al observador, que se acerca con ojos filiales al escenario nacional, es una panorama sombrío, de angustiosas perspectivas históricas. No tenemos los ecuatorianos derecho a la alegría confiada ni al descanso tranquilo, mientras el país se debate en el sufrimiento y la miseria; y tenemos la obligación perentoria de buscar las fór-

mulas que puedan conducirnos a soluciones armónicas y regeneradoras.

El Ecuador, hoy más que nunca, es un problema a cumplir y es un sagrado deber ineludible buscar la solución. Para ello, nada mejor que leer con ojos escrutadores en los laberintos del pasado, empaparse del sentido de ecuatorianidad que rezuma la historia nacional, a fin de proyectar la emoción salvadora de la Patria hacia los tiempos nuevos; porque si la época es incierta y los problemas oscuros, no debemos dejarnos llevar de la corriente de indiferentismo, que pronto nos arrojaría en el abismo de un pesimismo infecundo; sino que —por el contrario— debemos orientar nuestros pasos hacia un futuro promisor, resueltos a conquistarlo con afán indeclinable, impulsados por las fuerzas históricas que encarnan el sentido auténtico de la nacionalidad, haciendo nuestro el lema de Nietzsche, adoptado por Ortega y Gasset: "La Patria es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos", o mejor el de Azorín que afirma: "La Patria son los niños".

Pero el principio de la obra de regeneración, que inevitablemente será larga y heroica, es dejar a un lado, de una vez para siempre, el tono lacrimoso y de perpetua queja, que ha caracterizado —en estos últimos tiempos— a la voz ecuatoriana. Hay que convenir en que el papel de víctimas, a la larga, conduce al desprestigio y al ridículo; y un pueblo que alienta aun la fe germinal en sus futuros destinos, debe encarar las adversidades con serena dignidad.

Hay que tener el valor de confesar que, entre las causas múltiples del desastre se encuentran, no sólo la felonía y la deslealtad eternas del Perú, sino también —en grado decisivo— la desunión proverbial y la desorganización manifiesta de nuestro país.

No voy a enunciar las circunstancias evidentes que originaron la tragedia, por ser demasiado conocidas por la ciudadanía y, además, porque resultaría inoportuno repetirlas; pero sí creo que ha llegado el momento de proclamar con entereza que ha concluido definitivamente la etapa de las lamentaciones estériles y ha comenzado la del trabajo fecundo y constructor; que sólo debe escucharse el lenguaje esperanzado y vigoroso de los hombres capaces de conquistar el porvenir, porque, —parodiando una repetida frase histórica— no es honroso para la Patria que lloremos como mujeres, lo que no supimos defender como hombres...!

## EL SENTIDO DE ECUATORIANIDAD

Trataré de fijar previamente en qué consiste el sentido de ecuatorianidad, para averiguar luego si existió en el proceso histórico de nuestra Patria y si lo podremos avizorar en el horizonte futuro de la nacionalidad.

Yo pienso que la ecuatorianidad se manifiesta en el sentir y querer colectivos de formar una Patria independiente, libre e indivisible, en el espíritu público dirigido a la solución de los problemas nacionales, para cristalizar el espíritu de la raza en obras perdurables, en las diversas expresiones culturales; y, sobre todo, en el propósito inquebrantable de defender el territorio patrio, en los momentos decisivos de peligro; porque —es elementalmente conocido— los factores indisolubles de la Nación son un territorio propio, indiscutible, y una población homogénea, siendo el primero el supuesto fundamental para la formación de la segunda.

Este espíritu alerta para defender el patrimonio nacional, ha existido siempre, a través de todas las vicisitudes que ha soportado la República; y, aun cuando no es mi propósito analizar los orígenes de la nacionalidad, recordaré —de paso— que salvando las etapas gloriosas de la Independencia en dirección hacia el pasado, es indudable que esa fuerza generadora se proyecta claramente en el período colonial y se gesta antes de la época incaica, en el Reino de Quito, concretándose magníficamente en Atahualpa, el precursor de la nacionalidad.

Proclamada ya la independencia por los convencionales de 1830, que consagraron patrióticamente las ambiciones de un caudillo extranjero, el sentido de ecuatorianidad ha estado siempre presente en todos los avatares históricos, jalando la marcha de la Patria en su trayectoria luminosa hacia el futuro.

Este sentimiento indestructible es el que enciende las páginas vibrantes de "El Quiteño Libre" y cristaliza en la obra progresista y fecunda del Presidente Rocafuerte. Esta llama patriótica es la que enfervoriza hasta el sacrificio a los ecuatorianos, en la eclosión heroica del 6 de Marzo de 1845, que dió fin a la dominación absolutista del floreanismo, dando paso al despertar de las energías nacionales, con un gobierno genuinamente ecuatoriano. Este sentimiento formidable fué el que alentó en la obra enorme y constructiva de García Moreno, no obstante sus aberraciones ancestrales de tirano; y que, en ese año cruento de 1859, cristalizó en Loja, en el gesto vi-



ril y patriótico de Carrión Pinzano, que salvó el prestigio del solar nativo frente a la anarquía ecuatoriana que fomentaba el invasor, haciendo viable un nuevo despertar de la conciencia nacional adormecida y humillada. Ese sentimiento autóctono fue el que, del brazo con los ideales democráticos, ante una incalificable ofensa al emblema nacional, se levantó gallardamente con Alfaro en la famosa cruzada de 1895, inaugurando una etapa de superación en la historia del país, que se eclipsó trágicamente en 1912 con el sacrificio del caudillo, después de haber cuajado magníficamente en la obra gubernativa del "Viejo luchador" y en la de su sucesor y rival, General Leonidas Plaza, el de la primera Presidencia.

El sentido de ecuatorianidad ha florecido también en las más altas manifestaciones espirituales, en la obra de los escritores y artistas, que son la expresión más calificada del sentimiento colectivo, porque, como muy bien anuncia el lema vasconceliano, "por la raza hablará el espíritu", conforme con el de Nietzsche, de escribir con sangre "porque la sangre es espíritu".

Así, hay que considerar como manifestaciones superiores del alma nacional, la épica condórica de José Joaquín Olmedo, la prosa panfletaria y flamígera de Juan Montalvo y Manuel J. Calle, la erudición histórica de Pedro Fermín Cevallos y Federico González Suárez, la obra jurídica de Luis Felipe Borja y Víctor Manuel Peñaherrera y la elucubración internacional y sociológica de Honorato Vázquez y Pío Jaramillo Alvarado, para no citar sino a los tipos más representativos, cuya obra ha sido consagrada con el sello glorioso de la perdurabilidad; por lo que se puede concluir que un pueblo que ha dado esas primicias culturales, tiene derecho a figurar con honor en el concierto de las naciones civilizadas, porque las obras cumbres del espíritu humano constituyen un monumento de fe.

El sentido de ecuatorianidad, de unidad nacional, se perfiló arrogante en 1910, cuando la injusticia posible de un laudo arbitral puso al país al borde del conflicto con el enemigo secular, que cobarde y artero no se atrevió —entonces— a medirse con el hombre ecuatoriano en el terreno del honor; y que sólo mucho después asechó la ocasión propicia, cuando una larga serie de errores ecuatorianos habían incapacitado trágicamente al país para la defensa eficiente, aun cuando no para el sacrificio sublime y para la acción heroica.

Tenemos el derecho sagrado de proclamar que el sentido de ecuatorianidad no puede desaparecer jamás, pese a todas

las adversidades, porque tenemos el supremo deber de salvar del naufragio tan preciada reliquia, si queremos merecer el honor inmarcesible de llamarnos ciudadanos de una Patria libre.

Ha llegado, pues, la hora fecunda de la reconstrucción, punto en el que estamos completamente de acuerdo todos los ecuatorianos, lo que ya es alentador para la fe patriótica, porque significa la posibilidad de la obra regeneradora. Falta si un armónico propósito en la tarea a emprenderse, pero hay la gran base del punto de partida conocido y de la común aspiración.

Me propongo bosquejar en este breve ensayo una posible solución a tan arduo problema; y, en todo caso, quiero dejar constancia de la sinceridad de mis ideas, que procuraré esbozar en forma sintética y esquemática.

### LA NUEVA ECUATORIANIDAD ES UN PROBLEMA DE CULTURA

Creo estar en el principio del acierto al afirmar que la nueva ecuatorianidad es un problema de cultura, porque si en el Siglo pasado resultó apodíctico el lema de Alberdi: "civilizar es poblar", bien pronto se comprendió que su complemento directo era este otro: "civilizar es educar".

En efecto, sólo por el camino de la educación, que significa mejoramiento de condiciones y superación de ideales, puede una sociedad exteriorizar las cualidades inherentes al alma de la raza y al sentido recóndito de la nacionalidad. Porque, en último término, en los grandes desastres lo que salva a un pueblo es la fuerza primigenia del espíritu, como lo demostró España con su famosa generación del 98, tan oportunamente evocada —hace poco— por Carlos M. Espinosa, uno de los valores auténticos de la juventud lojana.

En el caso ecuatoriano, pienso que la suerte de la Patria habría sido distinta, si hubiera primado una honda corriente de ecuatorianidad, que hubiera exaltado la defensa del terruño hasta los límites del sacrificio; pues, si bien es preciso reconocer el inmenso valor del soldado ecuatoriano, en el que radica nuestra mejor esperanza, para la hora —quizás no muy lejana— de la revancha; es forzoso que confesemos también las amargas verdades de casa adentro, o sea que faltó la indispensable unión nacional en los momentos supremos, ya por una inexplicable desconfianza política, ya por carecer el pueblo de cultura homogénea, ya también por fal-

ta de una educación orientada hacia los más puros ideales nacionales, que no son otros que la defensa de la Patria y el anhelo de su progreso moral y material.

Por falta de educación histórica perdimos de vista el principio incontrovertible de que sólo la fuerza militar hace respetable la justicia de los pueblos. Confiamos demasiado en las sutilezas diplomáticas, sin caer en la cuenta de que éstas sólo alcanzan efectividad cuando están respaldadas por la fuerza.

Pero, como ha llegado la hora de enmendar la plana, lo que manda el honor es la regeneración de la Patria, cultivando los más nobles atributos del espíritu, que tiendan a restaurar el sentido impoluto de la ecuatorianidad. Para esto, nada mejor que recordar como han actuado las Naciones más adelantadas, cuando han sido azotadas por crisis más terribles que la que soporta el Ecuador; y caeremos en la cuenta de que todas ellas han buscado en los hontanares de la cultura, en los planteles educacionales, el lenitivo para sus grandes desgracias y el principio ecuménico de su perentoria redención.

Así ocurrió con la Francia de la Tercera República, que encontró en la escuela democrática gala de fuerza de libertad y de grandeza, que cuajó espléndidamente en la victoria de 1918, que desgraciadamente los aliados no supieron aprovechar. Así ha ocurrido después con la potente Alemania, que ha convertido su anterior derrota militar en una transfiguración de victoria, merced a una cruzada educativa, que ha levantado rápidamente, en una sola generación, los cimientos formidables de su maquinaria bélica actual, aunque —por desgracia— orientada hacia la destrucción de la Cultura de Occidente, que es la cultura cristiana. Lo mismo ha ocurrido con la gigantesca Rusia de los Soviets, que en la educación y el trabajo ha fincado sus aspiraciones incomensurables de grandeza. Y, en la América nuestra, basta citar el caso elocuente de México, que salvó el prestigio de la Revolución de Madero con una cruzada cultural sin precedentes entre los pueblos jóvenes, enfocando los problemas vernáculos con soluciones nacionales, en consonancia con las necesidades de la tierra y con los ideales reivindicacionistas del pueblo.

Es por esto que no creo estar lejos de la verdad, cuando afirmo que, la nueva ecuatorianidad es un problema de cultura y que su solución está en las manos incontaminadas de la juventud, que es la llamada a operar el milagro de encau-

zar la educación nacional futura por caminos de superación humanística y de reivindicación social.



Intentaré trazar, siquiera en escorzo, algunos lineamientos de la nueva educación ecuatoriana, desde la Escuela al Colegio y la Universidad; y comenzaré por apuntar una verdad de fácil constatación: En el Ecuador se ha progresado algo en Educación Primaria, muy poco en la Secundaria y pequeña parte en la Universitaria.

En efecto, en la Primaria se ha operado una transformación apreciable en los sistemas de enseñanza, merced a los Colegios Normales; se ha preparado con alguna eficiencia al Profesorado, se ha abandonado, en parte, la enseñanza libresca y memorística, para acercarse a las prácticas de la Escuela activa y del trabajo; se ha fomentado la educación física, que aspira al mejoramiento de la raza, por la vigorización del cuerpo y la moralización del espíritu. Pero sin embargo del buen trecho andado, cuán larga es aún la ruta para las necesidades de la enseñanza primaria, que es básica en todo el país, porque está al alcance de todos. Es la escuela democrática por excelencia, llamada a formar una homogénea cultura popular, hasta convertir la nacionalidad en un bloque armónico y compacto.

Y, lo que entre nosotros agrava el problema es que la evolución de la escuela no ha tenido caracteres de uniformidad; y abundan todavía los profesores que ignoran el alcance de su misión sublime; y hay todavía muchas escuelas, en las que se sigue poniendo en práctica métodos y sistemas terroristas, que se usaron hace ya más de un siglo.

Además, en el panorama de la cultura ecuatoriana, todos sabemos que hay un tremendo porcentaje de analfabetos, que pesa sobre la unidad nacional como una montaña de plomo. Me refiero a los pobladores de los campos y especialmente a la llamada "raza indígena", que —sin embargo de todos los predicamentos— no se ha incorporado prácticamente a la nacionalidad, lo que es de realización perentoria; porque todos los ecuatorianos deben saber lo que es la Patria, para que sientan en el alma la necesidad de amarla y defenderla.

Aparte de este aspecto, de extensión cultural, hay que dar orientación adecuada a la Enseñanza Primaria, diferenciando claramente la educación del habitante de la ciudad, que debe tener finalidades primordialmente industriales, de

la educación rural, que debe ser eminentemente agraria, dirigida hacia el cultivo de la tierra.

Y, en todos los aspectos, hay que potenciar la educación cívica, histórica y geográfica, enseñando el amor al terruño y preparando al futuro ciudadano para la vida de la democracia y de la libertad.

En lo referente a la Enseñanza Secundaria, la evolución ha sido más lenta y los resultados menos efectivos. Si bien se obtuvo la bifurcación del bachillerato, estableciendo el ciclo de cultura general y los diferentes ciclos de especialización; y si es verdad, por otra parte, que ha habido —de tiempo en tiempo— catedráticos sobresalientes, también es cierto que en lo fundamental —los métodos y sistemas— no ha variado el aspecto de la Segunda Enseñanza. Si bien en parte, en muy pequeña parte, se ha abandonado la enseñanza memorista y libresca, se ha caído en el extremo opuesto, del aprendizaje a base de la conferencia oral, repitiendo —en lo posible— las mismas palabras del profesor, sin ahondar en la materia, ni hacer la más insignificante labor de investigación personal. Ni siquiera se ha ensayado, como en otros países, la aplicación del Plan Dalton a la Enseñanza Secundaria, a base de la investigación y el trabajo colectivos, bajo la inteligente y cordial dirección del profesor, que se transforma en un guía, en un compañero mayor del alumno, con más experiencia y más lecturas; y que viene a resultar la antípoda del antiguo dómine, del que aún quedan varios rezagos por estas latitudes, y que era una especie de carcelero antipático, de fiscalizador general, que en los días de examen se convertía en el más acérrimo enemigo del discípulo.

Falta, principalmente, la generalización de la Segunda Enseñanza a todas las clases sociales, porque esta es la etapa educativa en que se forma la personalidad, la educación de la adolescencia; y el ideal es que sea común para todos los futuros ciudadanos de la Patria.

En cuanto a las materias, tampoco se ha dado la debida importancia a la enseñanza de la Geografía y de la Historia patria, para que el hombre ecuatoriano se compenetre con el sentir emocionado y sugerente del alma nacional.

Siempre he pensado —siguiendo al Profesor Montovani— que se debe calificar a los Colegios de Segunda Enseñanza como Colegios Nacionales, porque a la verdad, en ninguna etapa de la educación se encara más de cerca el problema del hombre, en la formación de su cultura integral,

en la que debe predominar el culto a la Paffia, como la base magnífica para formar el ciudadano, que luchará —en todo terreno— por el adelanto y defensa de los ideales nacionales.

Luego encontramos, en la cúspide más alta del proceso educacional, a la Enseñanza Universitaria o Superior, en la que recibe el hombre los más elevados principios científicos y se forman las clases dirigentes que orientan y administran el Estado.

Esta enseñanza tiene una triple finalidad: en primer lugar, y ésta es su misión más elevada, como centros de investigación de la verdad, en los diversos aspectos científicos; en segundo lugar, como impulsoras de la cultura general, en que se complementan los principios recibidos en la Secundaria; y, en último término, la formación de profesionales capacitados en la vida práctica, para salir avantes en la lucha por la existencia y para poner su profesión al servicio de la sociedad.

De tales aspectos, hasta hace poco se miraba de preferencia el tercero y en pequeña parte el segundo, descuidando el más importante, o sea el de ser laboratorios de investigación de la verdad. Por eso, como lo apunta ese gran hombre mexicano que se llama Ezequiel Padilla, no se ha conocido la realidad circundante, no se han enfocado los problemas nacionales, no se ha hecho obra propia, pues hasta para el estudio de las cuestiones de casa adentro, se ha recurrido a la ciencia y a la literatura extranjeras.

Este ha sido el más grave escollo para la modernización de la Universidad, que ya no se propone hacer sólo obra teórica de enseñanza, sino que tiene mirajes más amplios, enrumcados directamente a la solución de los problemas nacionales, con proyecciones al perfeccionamiento de la ciencia, al mejoramiento del hombre y al adelanto de la Patria.



He llegado al final de este apresurado ensayo sobre la nueva ecuatorianidad que, en mi concepto, tiene que resolverse como problema cultural, porque tengo una fe ilimitada en la fuerza liberadora de la ciencia y una esperanza inmensa en los futuros destinos de la Nación ecuatoriana.

Creo que el espíritu nacional, el sentido patriótico que ha presidido siempre los más difíciles avatares ecuatorianos, no puede morir, ni siquiera eclipsarse, en estos tiempos de angustia y duelo nacional; si tenemos la firme voluntad de

salvarnos del naufragio presente y aplicamos nuestras mejores energías a trabajar por el porvenir de la República.

En esta cruzada redentora, he pensado que tendrá lugar preferente el progreso cultural y por eso he dedicado el entusiasmo de este ensayo, a analizar —en visión panorámica— sus posibles proyecciones inmediatas.

Creo, con esperanza indeclinable, que sólo la cultura, en sus diversos aspectos y manifestaciones, asegurará nuestra futura independencia; porque hay que tener presente que la obra de la depredación internacional no es un proceso concluído, y es preciso estar preparados y alerta, para no recibir —otra vez— indefensos el nuevo zarpazo artero del enemigo secular.

Sólo la cultura operará el milagro de la unión nacional, por sobre diferencias doctrinarias y principios de Partido; porque, ante el peligro común, las divergencias internas no tienen importancia y hasta carecen de sentido.

Sólo la cultura convertirá al país en un pueblo enérgico y trabajador, con amplias posibilidades para la defensa, frente a cualquier agresor.

Y, sólo mediante la cultura florecerán incólumes el sentido de ecuatorianidad, el espíritu nacional y el alma de la raza, que —si en días de abatimiento y de vergüenza— se consume de dolor y de angustia; sinembargo, como el ave fénix de la Mitología griega, no puede morir jamás, porque la Patria es inmortalidad!

Loja, Julio de 1942.

A L F R E D O   M O R A   R E Y E S

## RASGOS ESPAÑOLES DE LA NOVELA "INDIGENISTA"

"Rasgos españoles de la novela indigenista": las palabras evocan la sorpresa evidente del joven sudamericano de cualquier país de América. Su sorpresa es, en primer lugar, un índice de la amplitud que ha alcanzado el movimiento "indigenista". El bachiller, el universitario, el licenciado de los pueblos de América conocen la palabra y tienen una idea muy firme y fija de su significado. Uno de los múltiples aspectos del significado de la palabra "indigenista", se piensa que es la negación de todo lo español, que es la lucha del elemento indígena del alma americana por libertarse, por dominar. No olvidemos esto. Más luego hemos de regresar a tratar este tema.

Otro público, entre los americanos de habla española, reaccionaría de otro modo. Veríamos pintado en sus rostros inteligentes una sonrisa gálica que nos parece decir: "¿Es que hay una novela indigenista?" A ver!, indique usted una capaz de tomar su sitio entre las grandes novelas del mundo, entre, digamos, Thackeray, a un lado, y Balzac al otro.

A los dos auditorios quisiéramos decir que esperen unos cuantos minutos a ver si no estamos, ellos y yo, de acuerdo al acabar las palabras que he preparado sobre el tema paradójico de "Rasgos españoles de la novela indigenista".

Podemos admitir, desde luego, que la novela indigenista todavía no existe. Podríamos, hasta sería más fácil todavía, acordarnos del título sugestivo del libro de Luis Alberto Sánchez: "América: Novela sin Novelistas". Pero el mismo Luis Alberto, consagró todo el largo volumen que lleva ese título al estudio de la novela americana.

Negar que haya una novela indigenista es pura cavilación.



Lo que sí pueden hacer los críticos enemigos del género, o de la escuela, es señalar que la novela indigenista no muestra todo el desarrollo de la novela inglesa del siglo diecinueve. Que muchos de los personajes son meros muñecos, que el argumento, en general, es demasiado corto, sencillo, y estereotipado. Lo que no pueden negar es que esta fuente literaria de estudios sociológicos e ideales populares es un fenómeno de los más interesantes, intelectual y emotivamente, del hemisferio nuestro, y que, como literatura, tiene un aspecto de mucha importancia, una característica que se busca en vano, exceptos muy raros casos, tanto en el peninsular ibérico como en América, y es éste: que la novela indigenista, con todas sus fallas, con relación a la literatura mundial, es una literatura original, es decir, no imita a nadie. Si es verdad que los autores conocidos de novelas indigenistas han tomado prestado algo de Freud, algo de Barbusse, algo de Maxim Gorki; ¿cómo podemos reprocharles por estar al corriente de la intelectualidad mundial? No son rústicos, ni tampoco, en el sentido ordinario de la palabra, son "primitivos". Son los creadores de una cosa nueva, que es la novela indigenista, y podrán ser los renovadores de una cosa quizás más antigua que la conquista de España por los moros: la hegemonía del idioma español como la gran fuente de cuentos, novelas e historias entre los pueblos del oeste.

Para buscar los rasgos o características esencialmente españoles de la novela indigenista, tenemos que recurrir a las mismas fuentes de esta literatura, que parece tan nueva, y tan americana, y que, en efecto, lo es. Para un estudio más amplio que el que podemos seguir dentro de los límites de esta charla, debiéramos mencionar como guía segura el libro de Concha Meléndez, publicado por la Universidad de Puerto Rico, que anda creciendo de fama y de importancia con el interés por la cosa indígena que hay en el mundo americano en nuestros días: *El Indio en la literatura americana hasta fines del siglo diecinueve*. En el estudio de los monumentos contemporáneos de la literatura americana aquí mencionados, encontraríamos todos los elementos del robusto movimiento de estos días.

En cuanto a mi concepto de los principios del movimiento, hay dos corrientes fuertes desde muy temprano. Estas dos corrientes corresponden, sorpresivamente, quizá más bien, a aspectos de la literatura europea que a algún nuevo horizonte intelectual abierto entre las selvas y los cerros de un nuevo mundo. Para no andar a ciegas, escojamos dos novelas, las

dos aceptadas como monumentos de la literatura hispanoamericana, las dos ecuatorianas sobre el conflicto del indio con el blanco, pero la una sentimental, romántica, irreal; y la otra, realista, brutalmente realista y con intención netamente polémica. La primera, "Cumandá", de Juan León Mera, la segunda, "Huasipungo", de Jorge Icaza.

Esta sensiblería, a lo Cumandá, y este realismo brutal e intencionalmente chocante, a lo "Huasipungo", lejos de ser conceptos literarios antagónicos, al principio, tienen su origen en el romanticismo europeo del siglo dieciocho y diecinueve. Cegados por lo paradójico de este hecho, observado por tantos críticos como los que han tratado el tema, podríamos olvidar dos cosas muy sugestivas: en primer lugar, el hecho declarado por Aubrey Bell, E. Allison Peers y tantos otros críticos no españoles de la literatura española, que las letras españolas, desde su principio, hasta el momento actual, han sido siempre y eternamente románticas, hasta el punto que el romanticismo, que más tarde tiene tanto poder revolucionario para el alma del resto de Europa, asoma en las letras ibéricas, increíblemente, en pleno neo-clasicismo. En segundo lugar, los mismos pedagogos, los mismos académicos de la literatura no podemos menos de reconocer la importancia de la novela pastoral española, no sólo como antecesora de la novela pastoral francesa, sino también de toda la sensiblería de la temprana novela epistolaria, seguida por la obra novelística de Rousseau y de Chateaubriand.

Este esbozo, entonces, servirá, por el momento, para vincular, aunque solo teóricamente, el romanticismo europeo (la tierra de que brotan las primeras novelas indigenistas) con hondas raíces españolas. Más tarde volveremos a este punto.

En cuanto a las fuentes inmediatas del indigenismo literario, vemos en seguida su vinculación con el romanticismo europeo: Son 1º, el exotismo, tipo Chateaubriand, que encontramos en la novela Renée, y 2º, el sentimiento de la igualdad de las razas, idea revolucionaria, inspiradora de una guerra civil entre los estados de Norte América. La corriente de la literatura indigenista es una e indivisible. El parentesco entre las distintas obras de la escuela es más fuerte que sus diferencias individuales. El aparente dualismo ideológico dentro del género consiste en que una obra se acerca más al polo del criterio romántico del exotismo, mientras la otra se adhiere más a los principios, también románticos en su origen, de la igualdad de los hombres, de la lucha de las masas.

Empiezo con la lectura de un trozo de la novela "Cumandá", novela del siglo pasado, quizá la primera novela de importancia internacional que trata al indígena:

"Venga, Cumandá," dice entonces Tongana, "y conozca a su dueño y protector".

La joven se hallaba cabizbaja y silenciosa tras su padre, escuchando indignada cómo se disponía de su futura suerte. El viejo de la cabeza de nieve la toma de la mano, y la obliga a ponerse delante, diciéndole: "Hija, el gran jefe de todas las tribus, Yahuarmaqui, se ha dignado acoger mis palabras y guardarlas en su pecho. Vas, pues, a ser su esposa; y desde hoy, aun antes que te ciña la faja del matrimonio y los brazaletes de la culebra verde, vivirás a su sombra y formarás parte de su familia, y junto con sus otras mujeres le prepararás la bebida de yuca, asarás la carne para su alimento, y tenderás las pieles de su lecho."

"El anciano jefe... deja escapar de sus labios, quizás por la primera vez en su vida, una frase de cariño, y dice: "Linda virgen de las flores, ¡oh Cumandá! tu padre me ha dicho palabras tan dulces acerca de tí, que les he guardado en mi corazón, y vas a ser, el primer día después de muerta la madre luna, la séptima esposa del jefe de los jefes o curaca de los paloras. Aunque ya no soy joven me esforzaré en agradarte, y te daré un bello adorno de huesos de tayo. Si no puedo presentarte uno nuevo, te daré dos arrancándolos de mis enemigos, pues si es difícil cazar el tayo de los huesos preciosos es muy fácil para mí derribar un par de enemigos y arrebatárselos con la vida sus pendientes y sus armas. Te daré también, a más de los adornos dichos, muchas y lindas sargas de jaboncillos partidos, simientes de copal, y dientes de mico; dos cintos de paja con labores de alas de moscardones, dos vestidos hechos a mano y dos de la segunda corteza de llanchama. Serás feliz, oh Cumandá, Yahuarmaqui el poderoso te lo asegura..."

"Cumandá no replicó, pues era del todo inútil replicar; las lágrimas suspendidas en sus largas pestañas rodaron y cayeron en las manos que ocultaban la hoja simbólica, la prenda del mudo juramento que acababa de hacer a presencia del terrible curaca."

¿Es injusto citar a Cumandá en un ensayo sobre la novela indigenista? Vamos a ver. Que la novela Cumandá trata de indios, no cabe duda. Que peca de sensiblería romántica, también es verdad. Pero que no tenga esta novela nada que ver con la novela indigenista moderna, no admito.

No hay manera de tratar el tema del indigenismo moderno sin criticar la obra de Enrique López Albuja. Para muchos es él más que nadie el alma del movimiento indigenista. Vamos, pues, a citar unas frases de sus "Nuevos Cuentos Andinos", de la edición chilena de 1937: Examinemos el cuento titulado "Como se hizo **Pishtaco** Calixto." En la primera sección de este cuento encontramos una situación muy parecida a la que acabamos de citar en Cumandá. La comunidad indígena está reunida. Habla el alcalde, y contestan los comuneros. El protagonista, en el cuento, hace un juramento. Como en el capítulo de Cumandá, es un pobre ser infeliz que jura oponerse a fuerzas invencibles, que arrostra una tarea imposible:

"Ah, estabas ahí! No te ha tocado el peste", murmuró el **yaya Evaristo**, fijando una escrutadora mirada en un mozo de unos 18 años, que había respondido cuadrándose, militarmente.

"Aquí estoy, taita."

"Y tu hermana Maruja? ¿Por qué no responde a la llamada? ¿Se ha llevado algún zorro de dos pies, acaso? ¿Está ya en prueba?"

"Peor que el zorro, taita. Cargó con ella el puma."

El **viejo Evaristo** hizo un movimiento de sorpresa, que no pudo contener.

"¿Puma de cuatro pies, o de dos?"

"De dos, taita. ¡Puma Jauni!... Es a mí a quien toca cobrar esa cuenta. Y juro, taita **Evaristo**, por la sangre de mis antepasados y por todos los jircas que rodean Chupán, que no volveré a dormir en mi casa, ni a calentarme en su fogón, ni a pedir mujer para casarme, hasta que no le haya cobrado la deuda a Puma Jauni."

"Que así sea", respondió con voz solemne el **yaya Evaristo**.



He escogido estos dos trozos con un propósito muy claro. Cierta es que el gran crítico y novelista español **Juan Valera** señala a **Juan León Mera**, el autor de *Cumandá*, como al **Fennimore Cooper** de América del Sur, y en otra página le compara con el gran romántico **Chateaubriand**. Cierta es, también que un conocido crítico cubano escribiendo en las páginas del *New York Times* cita a **Enrique López Albuja**, autor de los *Nuevos Cuentos Andinos*, como al **Oliver Lafarge** del idioma español. Tales comparaciones son siempre muy fáciles, pues en un momento dado, que sea el momento de **Fennimore**

re Cooper y Mera, o el de Oliver La Farge y López Albújar, en un momento dado, digo, los escritores de todos los países sufren ciertas influencias en común, que, por lo pronto, tienden a ofuscar lo esencial de su obra. El elemento esencial común a Mera y López Albújar es el idealismo del cuadro que nos ofrecen. Presenciamos en los dos casos, no un grupo de indígenas americanos discutiendo la suerte de uno de los comuneros, sino un grupo que reconocemos, tras su disfraz exótico, un grupo que hemos visto bajo varias formas y en varios países, desde que el elemento romántico oriental tocó el alma ibérica en los primeros días de la ocupación árabe de la península. Esta escena, que es la misma de Cumandá y de Nuevos Cuentos Andinos, se dió a conocer en España con los cuentos de Calila et Dimna, y desde España, pasó a reaparecer en todas las literaturas de Europa. Pero su origen y su vitalidad literaria nos ocupan muy poco. Lo interesante es que la escena está basada en conceptos que, durante los siglos, se han hecho típicamente españoles. En tales escenas como las dos citadas, estamos seguros de la honradez de cada persona de la escena. No cabe duda tampoco del rango, de la jerarquía de los personajes. Tenemos en todo caso una economía intelectual y social perfectamente planeada: La hija que tiene que obedecer a su papá: jerarquía familiar. El papá que debe su honor y su respeto al jefe de la tribu: jerarquía social. El enemigo, o el antagonista, estilizado, que existe sólo para ser destruído por el protagonista, pero que tiene, él también, su integridad, que consiste en quedar siempre fiel a su papel de antagonista. Esta estilización idealística de los personajes, y hasta de las situaciones y circunstancias del argumento no es fortuita. Busquemos donde queráis, dentro de la literatura española encontraremos que tal estilización es un fenómeno siempre presente. Que es una característica, o un rasgo, de la literatura española. La novela pastoral, de Cervantes, de Lope, o de Montemayor. El drama de índole sociológico de Lope, como, por ejemplo, "Fuenteovejuna". Podríamos dar un paso más, para decir que es también un rasgo del espíritu político español el perfeccionamiento, el idealismo del tipo que hemos estado examinando? Ciertamente es que las Leyes de Indias, como literatura, y el cabildo municipal, como organización política, muestran un idealismo, una fe en la integridad de los hombres y las jerarquías que, de vez en cuando, al caer en manos inescrupulosas, parece ingenuidad.

Para no pecar de superficiales, quiero señalar que el "cabildo" de comuneros indígenas, tal como lo hemos visto funcionar en dos ejemplos de la literatura indigenista de este siglo y del pasado, es un lugar común en el género. Citamos por lo pronto "El Mundo es Ancho y Ajeno", de Ciro Alegría, y "El Indio", de Gregorio López y Fuentes, donde hubiéramos podido encontrar ejemplos tan buenos como los citados.

Entre paréntesis, y antes de pasar a otro aspecto de la novela indigenista, quisiéramos señalar que, hasta en el mismo siglo de oro, el romanticismo literario coincidió con la reforma social revolucionaria, si no leemos mal el drama de Lope de Vega que acabamos de citar.



Qué tema más lindo para una tesis de cualquier grado sería un estudio de lo picaresco en la literatura de América. Aquí no cabe mencionar al "Periquillo Sarniento", pues, no nos permite el título de la charla, ni tampoco encontramos manera de hacer entrar en nuestros comentarios la literatura gauchesca, con su fuerte elemento picaresco. Y la verdad es que el pícaro, tal como suena, aparece muy rara vez en la literatura indigenista.

Acaba de aparecer uno. Mandado hacer. Es el pícaro del siglo de oro. Es, además, el caballero de la sierra que encontramos en el capítulo veintitrés del primer libro del Quijote. Tiene rasgos inequívocos, es un visitante que llega a nuestro siglo desde el siglo dieciséis. Me refiero al personaje de la última novela de Ciro Alegría que se llama El Fiero Vásquez. Para que no se pueda decir que no haya un verdadero pícaro en nuestro género, el Sr. Alegría ha llenado ese vacío.

Y la verdad es que el pícaro Vásquez, por todo el sabor clásico que tenga, es uno de los personajes más interesantes del género. Aquí tenéis el sabor de algunas de las frases que nos pintan a este pícaro:

"Y era por un tiempo en que aquel Fiero ya había caído de lleno en la mala vida, y andaba cargando fama de cuchillero y matón. En eso, pues, estaba metido porque el cuerpo se acostumbra a lo bueno como a lo malo. Ni qué decir que vivía corrido de la policía y tenía muchos enemigos. Estos eran los más peligrosos. Por delante, debido al miedo que le tenían, calladitos. Por detrás, matreando siempre. Y una noche estuvo en un baile de un lugar llamado la Pam-

“pa, y a eso de la media noche, porque el dueño de la casa  
“lo atajaba para que se quadara, se fué, porque así son las  
“cosas cuando están por suceder. Su caballo caminaba con  
“paso receloso, orejeando, y él decía, ¿qué verá? porque  
“hay muchas veces en que el caballo sabe más que el hombre.  
“Sacó su revólver porsiacaso . . .”

Y pasando algunas páginas:

“Los dolores le fueron disminuyendo y ni los sentía ya.  
“Viéndose allí, atendido y sin tener el peligro de que lo apre-  
“saran o mataran, pensó que no era tan malo el mundo.”

Si, este pícaro clásico, que aparece tan inesperadamente, dentro de la literatura indigenista, pasa las malas, como todo buen pícaro. Hay otro aspecto de lo picaresco que nos dará más provecho en el estudio de la novela indigenista. En las páginas más interesantes de sus valiosísimos estudios críticos del alma española, el fraile agustino alemán, Ludwig Pfandl nos aclara su esencial dualismo.

Este dualismo tiene, dice Pfandl, la forma de la cara y cruz de una moneda. Idealismo por un lado, realismo, por el otro. En la literatura, se encuentra el idealismo de los Místicos, que es la negación de los valores que llamamos “reales” de esta vida, y el anhelo de la muerte, y las cosas “irreales”, o suprarreales de la otra. En otras palabras, es la expresión de una repugnancia ante la realidad física de este mundo. En tal misticismo, hay una fuerte mezcla de realismo, pues para reaccionar con tanta fuerza contra la realidad, se necesita conocimiento muy íntimo de ella. Lo mismo se observa en el realismo español: es decir, que tiene su buena dosis de misticismo. Que es un culto de los aspectos más gráficos de la realidad. Si no, ¿cómo explicamos, por ejemplo, la muy gráfica presentación en un capítulo de Guzmán de Alfarache de un plato de huevos no del todo buenos? Ahora: al acabar el siglo de oro, y al principiar en España, y por toda Europa el movimiento neoclásico, perdemos de vista este realismo acentuado, con excepción de algunos remedos franceses de segunda importancia. Lo que tenemos es la picardía, y no el espíritu picaresco. Durante el siglo de la grandeza de España, el autor participaba de lo picaresco de su tema. Durante los siglos de la imitación, de parte de España, de las literaturas ajenas, no aparece lo pícaro ciento por ciento tal como lo encontramos en la Pícara Justina, Guzmán de Alfarache, La Lozana Andaluza, y los mayores ejemplos del género. Ahora, en el siglo nuestro, al alzar Mariátegui el grito de

"Realidad", aparece de nuevo aquel místico fervor realístico que menciona el monje agustino en sus estudios. Se encuentra hoy, quizá por la primera vez en tres siglos, dentro del nuevo movimiento americano del cual forma parte la novela indigenista. Y con su fervor realístico, se encuentra siempre un espíritu indefinible de reto contra el estilo de un Juan Valera, de una Pardo Bazán, de todos los que sufren la hejía de la decencia.

Otro aspecto típicamente español es el regionalismo. Sería curioso, por supuesto, no encontrar el mismo regionalismo en la novela contemporánea sudamericana que existe en la novela española de todos los tiempos y todos los climas, y, en verdad, lo encontramos sin dificultad. La novela indigenista es una novela regional por esencia. La inevitable repetición del tema, de que padece un tanto el género, sirve para subrayar lo hondo de este regionalismo. Señalemos, por ejemplo, las dos novelas: *Huasipungo*, de Jorge Icaza, y *El Indio*, de Gregorio López y Fuentes. Un mismo tema, hasta con semejanzas casi peligrosas en los detalles, no pierde interés cuando lo relata por segunda vez López y Fuentes, pues el sabor regional es tan fuerte. No es esto el regionalismo consciente de un Pereda, quien, por muy civilizado, culto, viajado y estudiado, ha perdido el olor de la tierra de sus manos, y quien escribe de las auroras y brisas de su tierra con un regionalismo que tiene algo de lo turístico, algo del viajero culto que observa la tierra, pero que no se identifica con ella, que la quiere, pero que no conoce sus asperezas y amarguras, ni quiere conocerlas. El regionalismo de los nuevos autores americanos tiene esto de nuevo, de fresco, de llamativo, que es un regionalismo de hecho, que es el regionalismo de hombres que, por la mayor parte, no han viajado, que es un amor para con su tierra, pero un amor siempre muy cerca de odio, un amor mucho más sensual que intelectual.

Al acabar, es sumamente necesario mencionar, aunque sea sólo con muy breves palabras, el espíritu democrático de esta nueva novela. El espíritu democrático es una de las principales características de la literatura (cuando no de la política) española de todos los siglos. Ejemplos hemos mencionado ya, citando el drama sociológico de Lope de Vega, y el tema del Mejor Alcalde El Rey. El sentido de la democracia es inherente, como queda dicho, en las leyes de España de las épocas monárquica y republicana, y en tales instituciones como el cabildo municipal. En la novela in-



digenista, encontramos robustecido este concepto de la igualdad de los hombres españoles, con el concepto de la igualdad de razas. Sí, la novela indigenista es una novela ideológica. Peca de predicaciones, y de intenciones de prédica. Lleva más alto que nunca el espíritu democrático de la literatura española, expresando con frecuencia el anhelo de la formación de una nueva raza, el nuevo indio americano, que será la mezcla de todas las razas del continente.

Por su idealismo místico, su realismo recio y chocante, su regionalismo y su sentido democrático, y por la sensualidad artística que lo penetra todo, la novela indigenista contemporánea se muestra digna de sus antecedentes españoles, y una fuente renovadora de la sinceridad y de la vitalidad del arte literario español.

Conferencia dictada ante la Asamblea de la New England Modern Language Society, en Walllesley, Boston, Mass., el 11 de Mayo de este año.

A L B E R T O   B .   F R A N K L I N

# C R O N I C A

## SECCION DE BIBLIOGRAFIA

Debido a la premura de la publicación del presente volumen y de la falta de espacio necesario, nos hemos visto obligados a omitir, por esta sola vez, la Sección de Bibliografía, la misma que aparecerá puntualmente desde el próximo número de esta Revista, con información sobre el movimiento bibliográfico extranjero y nacional, como se ha venido publicando.

## CONTRIBUCION DEL GRUPO A LA FERIA INTERPROVINCIAL DE AMBATO

Por invitación especial de la Cámara de Comercio de la ciudad de Ambato, el Grupo América pudo desarrollar, como parte de los números culturales organizados para las festividades aniversarias de Noviembre pasado, un ciclo de conferencias que fueron dictadas en la Casa de Montalvo de esa ciudad.

La inauguración de la Exposición del Libro Nacional correspondió al consocio señor don Miguel Angel Albornoz, Presidente del Congreso Nacional, quien en un brillante discurso habló acerca del libro en la historia de la cultura de la humanidad.

En esta misma sesión inaugural, tomaron la palabra el Director de la Casa de Montalvo, don Carlos Bolívar Sevilla, y sus entusiastas e inteligentes colaboradoras señorita Alicia Paredes Borja y señora Laura Romo de Salazar. Contribuyó asimismo con una recitación en elogio del libro, la señorita Ligia Caicedo.

En los días sucesivos a la inauguración de este ciclo, —13 de Noviembre— pronunciaron conferencias los siguientes socios del Grupo: señor Augusto Arias, sobre "Literatura Ambateña"; señor doctor Emilio Uzcátegui, sobre "Revalorización de la Cultura"; señor Juan Pablo Muñoz Sanz, sobre un tema americano de actualidad. Tomaron parte, además, el señor doctor Víctor Gabriel Garcés, disertando sobre el

tema: "Ambato, Sociografía de un Pueblo Ejemplar" y señor Raúl Andrade, con su conferencia sobre "Retablo de una Generación Decapitada".

También nuestro consocio señor don Oscar Efrén Reyes, con ocasión de inaugurarse el busto del historiador ambateño Pedro Fermín Cevallos, en uno de los parques de su ciudad natal, en las mismas festividades, pronunció a nombre del Grupo América, un muy aplaudido discurso en el que se trasó un esquema biográfico del historiador, a la vez que un análisis de la obra, considerada en sus aspectos más relevantes.

Felicitamos a los organizadores de la Feria Interprovincial, especialmente a los Sres. Neptali Sancho y Celso López, Presidente y Secretario de la Cámara de Comercio de Ambato.

### ANIVERSARIO DE AMERICA

En Agosto del presente año, esta Revista cumplió 17 años de existencia. La dura realidad del momento internacional en que vivimos, nos obliga, hoy más que nunca, a sostener en alto el ideal que ha venido propugnando a través de sus largos años de existencia, pues que, si mucho antes de ahora, con un sentido de prioridad, propugnamos la solidaridad continental, el mejor y más franco entendimiento de los pueblos de nuestro hemisferio, la verdad de hoy nos obliga a reforzar y consolidar nuestros propósitos, haciendo hincapié en la urgente necesidad que hay de que todas las naciones de América, hagan carne de conciencia social sobre el mantenimiento y triunfo de los fundamentales ideales humanos, a base de los cuales sólo será posible la estructuración de nuestra vida futura. En esta obra, "América" aportará su contingente entusiasta y su antigua voluntad de lucha.

### SEGUNDO CONCURSO LITERARIO LATINOAMERICANO

Los tres premios establecidos en el presente año por la Editorial Farrar and Rinehart de New York, para el Concurso Literario Latinoamericano, han contribuido a que éste, por lo que respecta al menos al Ecuador, cobre un interés mayor al del año pasado.

Los siguientes han sido los trabajos presentados a los diferentes concursos:

1) NOVELA.—Premio único de dos mil dólares:

Humberto Salvador: "Prometeo" y "La Novela Interrumpida".—  
Clara de Alba: "El Dolor de Amar".—José Elías López: "Carcajadas y Llantos".—Duchicela: "Los Crímenes del Oriente".—Pedro Jijón Sal-

cedo: "El Camino de Luz".—Tirso: "Camino de la Esperanza".—Alfonso Cuesta y Cuesta: "Los Hijos".—Guido: "Lo que Niega la Vida".—Nativo: "Tierra Amputada".—Adalberto Ortiz: "Juyungo. Historia de un Negro, una Isla y Otros Negros".—Pedro Jijón Salcedo: "Las Lindes de la Farsa".—Marcel: "Los que Viven por sus Manos".—Joaquín Gallegos Lara: "Las Cruces Sobre el Agua".—Refugiado: "Los Castillos de la Frontera".—Demetrio Aguilera Malta: "El Continente de la Esperanza".

2) Obra en prosa de tema no ficticio, o sea, de género no imaginativo, que presente un aspecto importante de la vida o psicología latinoamericana (comentario sociológico o histórico, visión de una época o de una cultura, biografía de un hombre representativo, libro de memorias o de viaje, o cualquiera otra forma de estudio desarrollado en torno a un tema central, excepción hecha de las obras didácticas y de las monografías científicas). Premio único de dos mil dólares.

Angel Modesto Paredes: "Los Nuevos Signos de la Cultura en el Mundo de la Post Guerra. El Destino de Indoamérica".—Gustavo Vásquez H.: "Pluma de Acero o la Vida Novelesca de Juan Montalvo".—Leopoldo Benítez Vinuesa: "Argonautas en la Selva. Don Francisco de Orellana".—Humberto García Ortiz: "La Forma Nacional".—Luis Monsalve Pozo: "El Indio. Cuestiones de su Vida y de su Pasión".—José Alejandro: "Biografía de Honorato Vázquez".—Miguel Albornoz: "Orellana. El Caballero de las Amazonas".—Fernán Caballero: "América Cordial".—Juan Pablo Muñoz: "América en Ruta".—Jorge Pérez Concha: "Manuela Sáenz. Libertadora del Libertador".—Jorge A Diez: "Itinerario del Trópico".—Alfonso Rumazo González: "Manuela Sáenz".—B. Mantilla: "La Lumbre de la Vida".

3) Obra literaria en prosa para la juventud de doce o diez y seis años de edad. Premio único de mil dólares.

Luis Pastor G.: "Libro de Lectura para uso de los Niños".—Héctor Iván: "Simón Bolívar ante las Juventudes de América".—Alma Fontana: "Mundo Pequeño".—Don Gil: "Estamos en la Calle".—Tarquino A. Idrovo: "América Tierra de Libertad y Trabajo".—Alfredo Ricardi Drouet: "La Épopéya de un Naranjo y Otros cuentos".—Vicente Velásquez: "América a la Vista. Un Relato Sobre el Nuevo Mundo".

Los Jurados para estos concursos fueron integrados en la siguiente forma:

- 1) Señor don Isaac J. Barrera
- Señor don Augusto Arias
- Señor don Antonio Montalvo

- 2) Señor doctor don Pío Jaramillo Alvarado  
Señor doctor don Carlos Salazar Flor  
Señor don Ignacio Lasso.
- 3) Señor doctor don Jaime Barrera  
Señor doctor don Emilio Uzcátegui  
Señor don Francico Terán.

Los veredictos sobre estos concursos serán dados a conocer oportunamente.

### MENSAJE A ESTADOS UNIDOS

Con motivo de la ocupación de las posesiones francesas del Africa por las Fuerzas de Estados Unidos, el Grupo América, envió al Gobierno de esta Nación el siguiente mensaje:

América, que gracias a la tenacidad y hombría de hispanos, anglos, lusitanos y galos, fuera incorporada a la brillante cultura de Occidente, complacida paga hoy, como ayer, su deuda de gratitud a los pueblos de la vieja Europa que le hicieron el magnifico don, en momentos en que esa civilización por largos siglos elaborada se halla en duro y peligroso trance.

Así entendemos el paso franco y decidido dado por el hermano mayor de los países del Nuevo Mundo, los Estados Unidos de América, al ocupar las posesiones francesas del Norte Africano, punto de apoyo indispensable para la liberación de esa Europa que, por una de esas inexplicables repeticiones de la Historia, ha sido víctima otra vez de la implacable barbarie del mismo pueblo que hace quince siglos traspasara las vallas del Rhin.

En esta gigantesca cruzada, los Estados Unidos tienen el consenso y apoyo irrestrictos de todos sus hermanos de América.

El Secretario General,  
Isaac J. Barrera

El Secretario de Correspondencia,  
Francisco Terán

### EL "GRUPO AMERICA DE COLOMBIA"

Altamente honroso para nosotros, por la significación de solidaridad comprensiva y entusiasta con los ideales que propugna y mantiene nuestra entidad, es dar a conocer a las naciones que siguen el desarrollo de nuestros pasos, la creación de una nueva filial, organizada en Medellín, según la comunicación que transcribimos, juntamente con la contestación del Grupo:

Medellin, Julio 24 de 1942.

Señor don  
Isaac J. Barrera  
Casilla 75  
Quito Ecuador S. A.

Muy apreciado señor:

Me es grato comunicar a usted y, por su distinguido conducto, al Grupo América que usted dignamente preside, que el día 17 del que cursa quedó organizado en esta ciudad el Grupo América, sección de Colombia, con los siguientes miembros:

Presidente, el suscrito.—Vice-Presidente, doña Elena Ospina de Ospina.— Mantenedor, señor Guido Wilde.— Secretario Tesorero, señor Benigno Gutiérrez.

Vocales: doctor Alonso Restrepo M., doctor Emilio Robledo, doctor Julio César García, doctor Ricardo Uribe Escobar, doctor Juan de la Cruz Posada, doctor Pedro María Botero, doctor Manuel Mosquera Garcés, doctor Fernando Gómez Martínez, doctor Roberto Jaramillo Arango, doctor Germán Fernández.—Señores: Alfredo Martínez Orozco, señor Julio César Arroyave, señor Fabio Arango, señor Marcelliano Posada, señor Jaime Sanin, Jorge Montoya, Edy Torres y doctores: Carlos Checht y Erich Wohlgemuth y señoras Tulia Restrepo G., Elena Arango de Mejia, Enriqueta Cadavid de Barrientos y Teresa Santamaria de González.

Este centro, institución internacional de ideales americanistas, adoptó, en líneas generales, los estatutos elaborados por el Grupo América, sección del Brasil, de donde vino mi nombramiento, y se propone desarrollar toda clase de actividades en bien del desenvolvimiento e intensificación de los ideales americanistas y de la difusión de la cultura continental.

Me ofrezco incondicionalmente a las órdenes del Grupo de esa sección y le suplico, de la manera más encarecida que, al avisarme recibo de este oficio, se me den los nombres de las personas que forman el Grupo América de ese país.

Soy de usted atento seguro servidor, fraternalmente,

Alfonso Mora Naranjo,  
Presidente.

Quito, a 3 de Diciembre de 1942

Señor don  
Alfonso Mora Naranjo  
Medellín, Colombia

Muy apreciado amigo:

Con algún retardo hemos tenido el agrado de recibir su fina comunicación de 24 de julio pasado, en la que nos participa la organización del Grupo América de Colombia, cuya presidencia le ha sido encomendada con tanto acierto a Usted.

El Grupo América del Ecuador se siente grandemente impresionado con la fausta noticia, pues tiene el convencimiento de que la Institución colega de Colombia cooperará con entusiasmo y decisión a la realización de los ideales americanistas, que contribuirán al mejor entendimiento y comprensión de los pueblos del Continente.

Con la presente nos complacemos en enviarle dos ejemplares de los Estatutos de nuestro Grupo, con la lista de los socios que hoy lo integran, así como otras publicaciones de la Institución.

El ejemplar de "El Pueblo Antioqueño", que se ha dignado enviarnos y por el cual le agradecemos, ha venido a enriquecer la Sección Colombiana de nuestra Biblioteca.

Aprovechamos esta oportunidad para presentarle el testimonio de nuestra consideración más distinguida.

El Secretario General,  
Isaac J. Barrera

El Secretario de Correspondencia,  
Francisco Terán

#### ALREDEDOR DE "MUNDO LIBRE"

Por creerlas de interés público y ligadas a las actividades que, entre otras viene desarrollando el Grupo América, con respecto al movimiento por el triunfo de los ideales libertarios y democráticos, transcribimos a continuación, la nota del señor don Hugo Fernández Artucio, dirigida a nombre de "Mundo Libre" y la contestación de nuestra entidad:

Setiembre 8, 1942.  
Sr. Secretario General del Grupo América  
Quito, Ecuador.

Muy señor mío:

Me dirijo, por su intermedio, a la Institución de la que es Ud. digno Secretario General, en términos que ajusto a expresas instrucciones recibidas del escritor Jorge Icaza.

En el nombre de Free World Association, y debidamente autorizado para proceder oficialmente, invito al Grupo América a formar parte de la Asociación Internacional para un Mundo Libre, como Sección Nacional de la misma.

Semejante calidad extenderá al Grupo América (Asociación Ecuatoriana por un Mundo Libre) los beneficios de todas nuestras Secciones Nacionales, que son ayudadas en la medida de lo posible y aconsejable, por la organización internacional al propio cumplimiento de sus tareas.

Tengo el placer de adjuntar la Declaración de Principios y los Estatutos de Free World Association, que estoy seguro concuerdan, en los fines propuestos como en los medios estipulados para alcanzarlos, con los del Grupo América.

Como primer punto de colaboración concreta, deseo formular a Ud. una consulta acerca de la posibilidad de publicar en Ecuador una revista mensual "Mundo Libre" que, junto a nuestras ediciones de México y La Habana y las en idiomas inglés, francés y chino, acrecerá la difusión de las ideas básicas que informan nuestra lucha por un Mundo Libre.

Me complace, además, remitir a Ud. ejemplares del discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Vice-Presidente de los Estados Unidos, Mr. Henry A. Wallace en el banquete de Free World Association del día 8 de Mayo de 1942, con motivo de la celebración de nuestra Segunda Conferencia Internacional.

En espera de una muy pronta respuesta de Vd., y ansiando poder dar la bienvenida a vuestra organización por un Mundo Libre, lo saluda con su más distinguida consideración.

Hugo Fernández Artucio

Quito, 5 de Noviembre de 1942.

Señor don

Hugo Fernández Artucio

New York City, E. U.

Señor y amigo:

Desde que tuvimos el placer de conocer a usted, a su paso por esta ciudad, hemos seguido de cerca su tesonera labor en defensa de América y de la democracia, manifestada hoy de manera preferente en la organización y actividades de Free World Association, a la que deseamos el más cumplido éxito en la realización de sus elevados propósitos.

La amable invitación que el Grupo América del Ecuador ha recibido, con fecha 8 de Setiembre último, para formar parte de la Asocia-



ción Internacional por un Mundo Libre, nos honra sobre manera y la aceptamos, desde luego, en la forma más amplia y entusiasta, ofreciéndole poner al servicio de la gran causa de América y de la democracia todos nuestros esfuerzos y buena voluntad.

Respecto al primer punto de colaboración concreta formulada por usted, relacionado con la publicación de una revista mensual "Mundo Libre", por el estilo de las ediciones de México y La Habana —que desgraciadamente no conocemos y cuyo envío lo solicitamos de manera especial—, creemos que será fácil, siempre que contemos con el apoyo económico indispensable, tanto para la adquisición de papel como para el trabajo tipográfico. En lo que respecta a la colaboración intelectual de los escritores del Ecuador, esperamos encontrarla buena y encuadrada dentro de los lineamientos fijados por World Association, la cual, sumada a la que seguramente nos enviarían desde New York, constituiría el material básico para la proyectada publicación.

Con la apreciable carta que contestamos, recibimos también los Estatutos de la Institución y algunos ejemplares del discurso de Mr. Henry Wallace, que agradecemos cordialmente.

En espera de nuevas órdenes de usted, nos suscribimos muy atentamente.

El Secretario General,  
Isaac J. Barrera

El Secretario de Correspondencia,  
Francisco Terán

#### VALIOSO DONATIVO BIBLIOGRAFICO

El señor doctor don Carlos Salazar Flor, nuestro distinguido consocio, destacado catedrático de la Universidad Central, actual Jefe del Departamento Jurídico de la Cancillería, ha tenido a bien obsequiar a la Biblioteca del Grupo, para su servicio de canjes, algunos ejemplares de su valiosa obra: "Derecho Civil Internacional" tomo I, que ha merecido los más valiosos comentarios de la crítica nacional.

#### OTRO DONATIVO

Nos place dejar constancia asimismo del obsequio hecho por el joven escritor ecuatoriano César Espíndola Pino, de sus dos obras tituladas: "Fuego en la Ciudad", novela comentada en esta revista, y "Guijarros", y microgramas poéticos, últimamente publicado.

#### NUEVO CALENDARIO DE CONFERENCIAS DE SOCIOS DEL GRUPO AMERICA

Continuando su programa de difusión cultural, el Grupo América, con el decidido apoyo del señor Vicerrector de la Universidad Central, Dr. Ernesto Albán Mestanza, está desarrollando en el Salón

Máximo de ésta, el IV Ciclo de Conferencias, a partir de Diciembre a Enero próximo, según el orden siguiente:

Sr. Dn. Ignacio Laso: "Variaciones sobre la Angustia".—Diciembre 9.

Sr. Dr. Dn. Aurelio García: "La Naturaleza Política del Hombre y sus Formas de Organización".—Diciembre 14.

Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz Sanz: "Confrontación Americanista de la Post Guerra".—Diciembre 18

Sr. Dr. Dn. Carlos Salazar Flor: "Método Sociológico de Interpretación de la Historia".—15 de Enero.

Sr. Dr. Dn. Julio Endara: ..... 22 de Enero.

#### DISCULPAS A NUESTROS COLABORADORES

Por las mismas razones que no nos ha sido posible publicar la Sección de bibliografía, correspondiente al presente número, nos hemos privado también de publicar algunos trabajos que nos han sido enviados por nuestros colaboradores, los mismos que serán incluidos en el próximo número de esta Revista.

#### FELICITACION AL ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO

Nuestra Institución dirigió la siguiente nota de congratulación y simpatía al consocio señor Albornoz:

Quito, 21 de Noviembre de 1942.

Señor don

Miguel Angel Albornoz

Encargado del Poder Ejecutivo

Ciudad

Distinguido consocio:

El Grupo América que se honra en contarlo entre sus miembros, se complace en presentarle su más franca felicitación por la alta distinción a que sus virtudes y talentos le han hecho merecedor, en momentos en que la Patria necesita el concurso de los ciudadanos mejores. Nuestra Institución, que se honra con los triunfos de todos sus componentes y que de cerca sigue su labor para ayudarlos y alentarlos, nos ha encargado presentarle sus más cálidos votos porque en la delicada misión que se le ha encomendado, tenga el más cumplido éxito.

Con esta oportunidad, el Grupo América quiere también presentarle su agradecimiento cordial por las gentiles frases con que supo

recordarle en su brillante discurso pronunciado en la ciudad de Ambato, con motivo de la inauguración de la Feria Interprovincial, el 13 del presente.

Reiterándole el testimonio de nuestra alta consideración y aprecio, nos suscribimos atentamente.

El Secretario General,  
Isaac J. Barrera

El Secretario de Correspondencia,  
Francisco Terán

### LABOR AMERICANISTA

Por tratarse de un asunto americanista de alto valor cultural e ideológico, insertamos gustosos la nota cordial que ha recibido el Grupo América del señor don Rafael Larco Herrera, actual Vice-Presidente de la República del Perú:

Hacienda Chiclín, Trujillo, Perú, 26 de octubre de 1942.

Señor  
Grupo América  
Quito, Ecuador.

Distinguido señor:

En' esta hora de trascendencia excepcional para la historia del mundo, frente a las horas de la barbarie, que amenazan destruir el patrimonio de la civilización y del progreso humanos, cumple a todos los hombres de pensamiento unirse, hombro a hombro, en una cruzada espiritual, en defensa de los sagrados intereses de la Humanidad y las grandes conquistas de la Democracia.

Un pensador chileno ha dicho que "las tragedias de la humanidad, se deben principalmente a una incapacidad intelectual para solucionarlas", señalando así la misión de los escritores, en esta crisis dolorosa, donde se gesta el porvenir del mundo.

Respondiendo a esa idea esperanzada y generosa, nació el proyecto de organizar una Biblioteca Americanista, que, reuniendo las voces dispersas del continente, represente el espíritu libre de América, erguido, como un faro orientador, frente al eclipse de las viejas constelaciones que presidieron el destino del mundo. Dicha biblioteca llevará el título genérico de "Palabra Americana", y entregará mensualmente un volumen, rico de contenido y de trascendencia histórica.

Para la grata consecución de una empresa tan vasta como la que se proyecta, precisamos, la colaboración de todos los hombres de pensamiento, que sientan el imperativo del espíritu y estén dispuestos a compartir la responsabilidad de la hora. Pretendemos recoger la voz

de cada país americano, a través de sus intelectuales más representativos, que enfoquen, con clara visión, los diversos aspectos del problema continental, en una serie de artículos, que nosotros difundiremos en las sucesivas entregas de nuestra biblioteca.

Completando su misión de servir a toda elevada manifestación del espíritu, "Palabra Americana" aspira también a reflejar la realidad del minuto americano, a través de las diversas expresiones del arte y la cultura. Por lo tanto, contará también con diversas secciones poéticas, literarias, y de divulgación científica, cimentadas siempre en el aporte de los intelectuales de América.

En este plan de auténtico americanismo, cuidará así mismo de exaltar los valores indígenas, revelando aspectos interesantes del folklore americano, estampas de costumbres, leyendas, etc., prestando especial atención a todo aquello que nos individualice con un signo típicamente nuestro.

Contará también, con un álbum artístico, para difundir, a través de los múltiples recursos del arte fotográfico, las bellezas privilegiadas de nuestros paisajes, donde los ojos del artista sorprenden aún la huella de la Naturaleza.

Es así como, por intermedio de este órgano de cultura, aspiramos a sostener los altos ideales de la Democracia, del Arte y del Espíritu, ese triángulo de luz, por donde se asoma la promesa de un mundo más justo y más bello. Colaborar a la acertada realización del plan esbozado en estas líneas, es contribuir a la unidad espiritual del continente, sirviendo a una obra de paz, de amor y de justicia.

Muy reconocido al valioso concurso espiritual que, no dudo, se dignará Ud. prestar a "Palabra Americana", para bien de nuestro grandioso Continente, tengo el honor de suscribirme de Ud. obsecuente servidor.

**Rafael Larco Herrera**

Quito, 18 de Diciembre de 1942.

Señor

Rafael Larco Herrera

Hacienda Chiclin, Trujillo, Perú

Distinguido señor:

En nuestro poder su atenta nota circular fechada el 26 de octubre pasado, en la que con plausible entusiasmo se expone el bello propósito de la formación de la biblioteca "Palabra Americana", con la publicación mensual de los escritores del Continente, sobre temas que contribuyan al afianzamiento de las grandes conquistas del Espíritu

y de la Democracia, que en esta hora aciaga para la humanidad parecen naufragar.

Nada más grato para nuestra Institución que colaborar con decisión y entereza en esta cruzada de paz, de justicia y cultura, a la que gentilmente se le invita, porque cree, con usted, que sólo de la realización de estos postulados surgirá un mundo mejor.

Y ojalá, con esta oportunidad, podamos los intelectuales de Ecuador y Perú, iniciar también la obra de acercamiento y comprensión de nuestros dos pueblos, borrando las asperezas y recelos que hasta hoy subsisten, como resabio de una política poco americanista, incompatibles con los altos ideales preconizados en la comunicación que gustosos hemos contestado.

Presentándole el testimonio de nuestra consideración más distinguida, nos suscribimos atentamente.

El Secretario General,  
Issac J. Barrera

El Secretario de Correspondencia,  
Francisco Terán

#### SALUDO DE BIENVENIDA AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Quito, a 19 de Diciembre de 1942.  
Señor Doctor Don  
Carlos Alberto Arroyo del Río  
Presidente de la República del Ecuador  
Ciudad  
Señor Presidente:

El Grupo América cumple no sólo un deber de cortesía con el Magistrado y amigo, sino, y ante todo, de estricta justicia, al presentarle su saludo de bienvenida y su franco aplauso a su regreso a la Patria, después de la visita efectuada a algunos pueblos del Continente, caracterizada por su profundo sentido americanista, aspecto en el que ha coincidido con los ideales que ha venido propugnando nuestra Entidad, desde hace 18 años que fuera fundada la revista "América". En sus páginas pueden encontrarse el anhelo por hacer conocer los valores culturales ecuatorianos en todos los países del Continente, a la vez que los de éstos en el nuestro; el afán sin desmayos de laborar por la comprensión y mutuo conocimiento de los intelectuales americanos, en la seguridad de contribuir de alguna manera a la soñada solidaridad continental; la inquietud por presentar a nuestra América como un todo espiritual, llamado en el futuro a orientar los destinos del mundo; el propósito firme, por fin, de mostrar afuera un Ecuador grande por las excelencias de su cultura y por la fuerza de su espíritu.

Y Usted, señor Presidente, en su jira magnífica, ante auditorios que por razones diversas, poco o nada sabían de estos anhelos y propósitos ecuatorianos en relación con la solidaridad y entendimiento de América, ha confirmado en forma bella y en los momentos más oportunos, con la autoridad que dan el talento y la alta investidura del mando, esos mismos ideales que el Grupo América ha venido propugnando desde las páginas de su Revista, por la conferencia, o por la difusión del libro.

Por todo esto, reiteramos, señor Presidente, nuestra felicitación y aplauso, junto con el testimonio de nuestra consideración más distinguida.

El Secretario General,  
Issac J. Barrera

El Secretario de Correspondencia,  
Francisco Terán

#### HOMENAJE A MANUEL J. CALLE

A iniciativa del Comité "Manuel J. Calle", que funciona en la ciudad de Cuenca, se ha establecido en esta Capital un Subcomité, con el propósito de rendir cálido homenaje al escritor y periodista Manuel J. Calle. Este Subcomité está integrado por admiradores del gran periodista azuayo y por representantes de organismos culturales de Quito. El Grupo América designó su representante en la persona del consocio señor don Alfredo Martínez.

## LITERATURA GENERAL

por

AUGUSTO ARIAS

Texto para los Colegios de Enseñanza  
Secundaria de acuerdo con los programas  
vigentes.

Dirigir los pedidos a Abelardo Flores

Apartado N 52 — Plaza de la Merced — Quito

NO OLVIDE

## JABON MISTER

ES EL MEJOR JABON PARA LAVAR Y  
EL UNICO QUE OBSEQUIA A SUS  
CONSUMIDORES.

CADA PAN TIENE UNA FICHA DE  
CINCO PUNTOS.

ANSOLA Hnos. y Cía.

Quito — Guayaquil — Cuenca

## "LA LORENA"

FABRICA DE GALLETAS, CAMELOS,  
CONFITES DE FRUTAS, BOMBONES, GA-  
LLETITAS DE TE

Y EL EXQUISITO MANJAR "EL REY"

(Marca Registrada)

CHOCOLATE "SUPERIOR" PURO  
Y CHOCOLATINES.

FABRICA: Rocafuerte 88.

DEPOSITO: Avenida 24 de Mayo 93

Teléfono 832 — Apartado 575 — Quito

**SOCIEDAD COMERCIAL**

**ALGODONERA C. A.**

**Almacén en Quito**

Distribuidora de los artículos de las fábricas  
de La Industrial Algodonera.

Bramantes para sábanas, Alfombras, Telas  
para cortinas, Cotines para colchones, etc.

Calle Guayaquil N<sup>o</sup> 51      Teléfono 811



**FABRICA DE CERVEZAS**

**MALTA Y HIELO**

**LA CAMPANA**

No obstante las dificultades de la época hemos logrado montar últimamente poderosas maquinarias de la firma Norteamericana

**BARRY - WEHMILLER MACHINERY**

**COMPANY de St. Louis, Mo U. S. A.**

Además acabamos de instalar un potente horno eléctrico para la torrefacción de Malta, único en su clase en el país, producto de la famosa fábrica

**GALLAND - HENNING MANUFACTURING**

**COMPANY de Milwaukee. U. S. A.**

**CERVEZAS DE EXQUISITA CALIDAD**

**PILSENER**

**EXPORT**

**BAVARIA**

Casilla de Correos N° 4

**QUITO-ECUADOR**

# **CALZADO "ARTIGAS"**

Ofrecen el mayor surtido en calzado para  
señoras, señoritas, caballeros y niños

VEA USTED LOS ULTIMOS MODELOS  
EXPUESTOS EN NUESTROS ALMACENES:

Calle Venezuela y Sucre  
Calle Bolivia, bajo el Banco de Préstamos,  
Portal Municipal

LA MARCA QUE SE HA IMPUESTO  
EN EL PAIS POR SU GRAN CALIDAD  
Y PRECIOS LIMITADOS

Visite Ud. nuestros Almacenes  
y podrá apreciar la calidad  
de **NUESTRO CALZADO**

# RADIOS Y TUBOS R. C. A. VICTOR

NOS ES GRATO OFRECER EL  
SIGUIENTE SURTIDO DE RADIOS

## R. C. A. VICTOR

Modelo 25-X	- Radio de onda larga, 5 tubos	- \$ 680.00
Modelo 36-X	- Radio de onda larga, 6 tubos	- " 780.00
Modelo Q-11	Radio de recepción Mundial 3 bandas 5 tubos	\$ 1.000
Modelo Q-23	Radio de recepción mundial 5 " 6 " "	1.800
Modelo Q-B-9	Radio de recepción mundial 5 bandas 5 tubos	\$ 1.800
Modelo Q-33	Radio de recepción mundial 5 " 8 " "	2.700

y

Surtido completo de tubos para cualquier radio

SOLICITE UD. UNA DEMOSTRACION

### REED & REED

(Frente al Teatro Bolívar)

QUITO

# **LUCINDO ALMEIDA & CÍA.**

BANQUEROS

**Asociados al Banco Central del  
Ecuador**

Dirección Telegráfica: ALGAS.

Dirección Postal: Casilla 186

Quito—Ecuador, S. A.

**Toda Clase de Operaciones  
Bancarias**

EL BANCO PRIVADO

MÁS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

**CADA CLIENTE UN AMIGO**